







HISTORIA DE LA CONQUISTA

DE MÉJICO.

TOMO PRIMERO.

Se vende en la Librería de CORMON y BLANC.

En LYON, calle Sala, nº 30.

En PARIS, calle Montmartre, nº 167.

HISTORIA DE LA CONQUISTA
DE MÉJICO,

POBLACION Y PROGRESOS

DE LA AMÉRICA SEPTENTRIONAL,

CONOCIDA POR EL NOMBRE

DE NUEVA ESPAÑA.

ESCRIBÍALA

DON ANTONIO DE SOLIS,

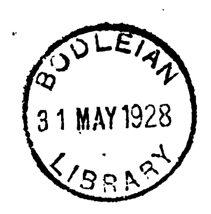
Secretario de S. M. y su cronista mayor
de las Indias.

TOMO I.

PARIS,

LIBRERÍA DE CORMON Y BLANC.

1827.



DEDICATORIA

QUE HIZO EL AUTOR

AL SEÑOR REY

DON CÁRLOS SEGUNDO.

SEÑOR:

LLAMÓ la venerable antigüedad libros de reyes á las historias, ó porque se componen de sus acciones y sucesos, ó porque su principal enseñanza mira derechamente á las artes del reinar; pues se colige de la variedad de sus ejemplos lo que puede rezelar la prudencia, y lo que debe abrazar la imitacion de cuyo principio nace, que la noble osadía de los escritores que dedican sus obras á los grandes reyes, sea menos culpable ó mas generosa en los historiadores que sin disputar su

estimacion á las demas facultades, tienen por suyo el magisterio de los mayores oyentes.

Estas congruencias, Señor, me han sido necesarias para vencer el miedo reverente con que pongo á los Reales Pies de V. M. esta primera conquista de la Nueva España, que andaba obscurecida ó maltratada en diferentes autores: siendo una empresa de inauditas circunstancias, que admiró entonces al mundo, y dura sin perder la novedad en la memoria de los hombres: hallándose tan aplaudida ó tan satisfecha de su fama, que se atreve hoy á no desmerecer la Real proteccion de V. M. como no desmereció entonces los favores del cielo, que alguna vez dispensó en su defensa los fueros del poder ordinario, mitigando al parecer lo imposible con lo milagroso.

Los sucesos de que se compone su narracion dan motivo á diferentes reflexio-

nes políticas y militares: una conquista que importó á V. M. no menos que un imperio, y se consiguió, dejando á la posteridad varios ejemplos de lo que pueden contra las dificultades el valor y el entendimiento; una monarquía de príncipes bárbaros, que se dilató sin otro derecho que el de la guerra, y se perdió á fuerza de tiranías, cuya desolacion, mirada como castigo de atrocidades, inclina la voluntad á las virtudes contrarias, pues habla tambien con los reyes justos la ruina de los tiranos. Y no faltan motivos que inducen á la imitacion para mayor ejercicio de la prudencia; pues hallará V. M. en la historia de Nueva España un campo muy dilatado en que seguir las huellas de sus gloriosos progenitores, que miráron siempre la conservacion de aquellos indios, y la conversion de aquella gentilidad, como la principal riqueza que se pudo esperar de las indias.

Pero no es mi ánimo que V. M. se digne de conceder el oido á las advertencias de una leccion, que habrá perdido parte de su grandeza en las negligencias de mi pluma : solo aspiro á que V. M. me permita su nombre para ilustrar la frente de mi libro ; y no sin algun título que da bastante razon á mi disculpa, pues se debe á V. M. cuanto escriben sus Cronistas ; y yo pago con este corto caudal de mis estudios la deuda de mi profesion : deuda en cuyo reconocimiento desea manifestarse mi humildad, y puede mal encubrirse mi ambicion, pues busco para mi desempeño la gloria de tan alto patrocinio, y hallo en la sombra de V. M. todo el esplendor que falta en mis escritos. Guarde Dios la Real Católica Persona de V. M. como la cristiandad ha menester.

Don Antonio de Solis.

HISTORIA DE LA CONQUISTA,

POBLACION Y PROGRESOS

DE

LA NUEVA ESPAÑA.

LIBRO PRIMERO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Motivos que obligan á tener por necesario que se divida en diferentes partes la historia de las Indias, para que pueda comprenderse.

Duró algunos dias en nuestra inclinacion el intento de continuar la historia general de las Indias occidentales, que dejó el cronista antonio de Herrera en el año de 1554 de la reparacion humana. Y perseverando en este animoso dictámen, lo que tardó en descubrirse la dificultad, hemos leido con diligente observacion lo que antes y despues de sus décadas escribiéron de aquellos descu-

brimientos y conquistas diferentes plumas naturales y extrangeras: pero como las regiones de aquel nuevo mundo son tan distantes de nuestro emisferio, hallamos en los autores extrangeros grande osadía y no menor malignidad, para inventar lo que quisiéron contra nuestra nacion, gastando libros enteros en culpar lo que erráron algunos, para deslucir lo que acertáron todos; y en los naturales poca uniformidad y concordia en la narracion de los sucesos: conociéndose en esta diversidad de noticias aquel peligro ordinario de la verdad, que suele desfigurarse cuando viene de lejos, degenerando de su ingenuidad todo aquello que se aparta de su orígen.

La obligacion de redargüir á los primeros, y el deseo de conciliar á los segundos, nos ha detenido en buscar papeles, y esperar relaciones, que den fundamento y razon á nuestros escritos: trabajo deslucido, pues sin dejarse ver del mundo, consume obscuramente el tiempo y el cuidado; pero trabajo necesario, pues ha de salir de esta confusion y mezcla de noticias pura y sencilla la verdad, que es el alma de la historia: siendo este cuidado en los escritores semejante al de los

arquitectos que amontonan primero que fabriquen, y forman despues la ejecucion de sus ideas del embrion de los materiales; sacando poco á poco de entre el polvo y la confusion de la oficina la hermosura y la proporcion del edificio.

Pero llegando á lo estrecho de la pluma, con mejores noticias, hallámos en la historia general tanta multitud de cabos pendientes, que nos pareció poco menos que imposible (culpa será de nuestra comprension) el atarlos sin confundirlos. Consta la historia de las Indias de tres acciones grandes, que pueden competir con las mayores que han visto los siglos: porque los hechos de cristóval Colon en su admirable navegacion, y en las primeras empresas de aquel nuevo mundo: lo que obró Hernan Cortes con el consejo y con las armas en la conquista de Nueva España, cuyas vastas regiones duran todavía en la incertidumbre de sus términos; y lo que se debió á francisco Pizarro, y trabajáron los que le sucediéron en sojuzgar aquel dilatadísimo imperio de la América meridional, teatro de varias tragedias y extraordinarias novedades, son tres argumentos de historias grandes, compuestas de aquellas

ilustres hazañas y admirables accidentes de ambas fortunas, que dan materia digna á los anales, agradable alimento á la memoria, y útiles ejemplos al entendimiento y al valor de los hombres. pero en la historia general de las Indias, como se hallan mezclados entre sí los tres argumentos, y cualquiera de ellos con infinidad de empresas menores; no es fácil reducirlos al contexto de una sola narracion, ni guardar la serie de los tiempos, sin interrumpir y despedazar muchas veces lo principal con lo accesorio.

Quieren los maestros del arte, que en las transiciones de la historia (así llaman el paso que se hace de unos sucesos á otros) se guarde tal conformidad de las partes con el todo, que ni se haga monstruoso el cuerpo de la historia con la demasía de los miembros, ni deje de tener los que son necesarios para conseguir la hermosura de la variedad: pero deben estar, segun su doctrina, tan unidos entre sí, que ni se vean las ataduras, ni sea tanta la diferencia de las cosas que se deje conocer la desemejanza, ó sentir la confusion. Y este primor de entretejer los sucesos, sin que parezcan los unos digresiones de los otros, es la mayor

dificultad de los historiadores; porque si se dan muchas señas del suceso que se dejó atrasado, cuando le vuelve á recoger la narracion, se incurre en el inconveniente de la repeticion y de la prolijidad, y si se dan pocas, se tropieza en la obscuridad y en la desunion: vicios que se deben huir con igual cuidado, porque destruyen los demas aciertos del escritor.

Este peligro comun de todas las historias generales, es mayor, y casi imposible de vencer en la nuestra; porque las Indias occidentales se componen de dos monarquías muy dilatadas, y estas de infinidad de provincias y de innumerables islas, dentro de cuyos límites mandaban diferentes régulos ó caciques: unos dependientes, y tributarios de los dos emperadores de Méjico y del Perú; y otros, que amparados en la distancia, se defendian de la sujecion. Todas estas provincias ó reinos pequeños eran diferentes conquistas, con diferentes conquistadores. Traíanse entre las manos muchas empresas á un tiempo: salian á ellas diversos capitanes de mucho valor, pero de pocas señas: llevaban á su cargo unas tropas de soldados, que se llamaban ejércitos, y no sin alguna propiedad, por lo que

intentaban, y por lo que conseguian: peleábase en estas expediciones con unos príncipes, y en unas provincias y lugares de nombres exquisitos, no solo dificultosos á la memoria, sino á la pronunciacion; de que nacia el ser frecuentes y obscuras las transiciones, y el peligrar en su abundancia la narracion: hallándose el historiador obligado á dejar y recoger muchas veces los sucesos menores, y el lector á volver sobre los que dejó pendientes, ó á tener en pesado ejercicio la memoria.

No negamos que antonio de Herrera, escritor diligente (á quien no solo procurarémos seguir, pero querríamos imitar), trabajó con acierto, una vez elegido el empeño de la historia general; pero no hallamos en sus décadas todo aquel desahogo y claridad de que necesitan para comprenderse; ni podria dársele mayor, habiendo de acudir con la pluma á tanta muchedumbre de acaecimientos, dejándolos y volviendo á ellos, segun el arbitrio del tiempo, y sin pisar alguna vez la línea de los años.

CAPÍTULO II.

Tócanse las razones que han obligado á escribir con separacion la historia de la América septentrional ó Nueva España.

Nuestro intento es sacar de este laberinto, y poner fuera de esta obscuridad la historia de Nueva España para poder escribirla separadamente, franqueándola (si cupiere tanto en nuestra cortedad) de modo, que en lo admirable de ella se deje hallar sin violencia la suspension, y en lo útil se logre sin desabrimiento la enseñanza. Y nos hallamos obligados á elegir este, de los tres argumentos que propusimos: porque los hechos de cristóval Colon, y las primeras conquistas de las islas y el Darien; como no tuviéron otros sucesos en que mezclarse, estan escritas con felicidad, y bastante distincion, en la primera y segunda década de antonio de Herrera; y la historia del Perú anda séparada en los dos tomos que escribió garcilaso Inga, tan puntual en las noticias, y tan suave y ameno en el estilo (segun la elegancia de su tiempo) que culparíamos de ambicioso al que intentase

mejorarle, alabando mucho al que supiese imitarle para proseguirle. Pero la Nueva España, ó está sin historia que merezca este nombre, ó necesita de ponerse en defensa contra las plumas, que se encargáron de su posteridad.

Escribióla primero francisco Lopez de Gómara con poco exámen y puntualidad, porque dice lo que oyó, y lo afirma con sobrada credulidad, fiándose tanto de sus oidos, como pudiera de sus ojos, sin hallar dificultad en lo inverisímil, ni resistencia en lo imposible.

Siguióle en el tiempo y en alguna parte de sus noticias antonio de Herrera, y á este bartolomé leonardo de Argensola, incurriendo en la misma desunion, y con menor disculpa; porque nos dejó los primeros sucesos de esta conquista entretejidos y mezclados en sus anales de Aragon, tratándolos como accesorios y traidos de lejos, al propósito de su argumento. Escribió lo mismo que halló en antonio de Herrera con mejor carácter; pero tan interrumpido y ofuscado con la mezcla de otros acaecimientos, que se disminuye en las digresiones lo heroico del asunto; ó no se conoce su grandeza, como se mira de muchas veces.

Salió despues una historia particular de Nueva España, obra póstuma de bernal diaz del Castillo, que sacó á luz un religioso de la orden de nuestra Señora de la Merced, habiéndola hallado manuscrita en la librería de un ministro grande y erudito, donde estuvo muchos años retirada, quizá por los inconvenientes que al tiempo que se imprimió se perdonáron, ó no se conociéron. Pasa hoy por historia verdadera, ayudándose del mismo desaliño y poco adorno de su estilo para parecerse á la verdad, y acreditar con algunos la sinceridad del escritor: pero aunque le asiste la circunstancia de haber visto lo que escribió, se conoce de su misma obra que no tuvo la vista libre de pasiones, para que fuese bien gobernada la pluma: muéstrase tan satisfecho de su ingenuidad, como quejoso de su fortuna; andan entre sus renglones muy descubiertas la envidia y la ambicion, y paran muchas veces estos afectos destemplados en quejas contra Hernan Cortes, principal héroe de esta historia, procurando penetrar sus designios para deslucir y enmendar sus consejos, y diciendo muchas veces como infalible, no lo que ordenaba y disponia su capitan, sino lo que mur-

muraban los soldados, en cuya república hay tanto vulgo como en las demas; siendo en todas de igual peligro que se permita el discurrir á los que naciéron para obedecer.

Por cuyos motivos nos hallamos obligados á entrar en este argumento, procurando desagraviarle de los embarazos, que se encuentran en su contexto, y de las ofensas que ha padecido su verdad. valdrémonos de los mismos autores que dejamos referidos, en todo aquello que no hubiere fundamento para desviarnos de lo que escribiéron; y nos servirémos de otras relaciones y papeles particulares que hemos juntado, para ir formando, con eleccion desapasionada, de lo mas fidedigno nuestra narracion, sin referir de propósito lo que se debe suponer ó se halla repetido; ni gastar el tiempo en las circunstancias menudas que, ó manchan el papel con lo indecente, ó le llenan de lo menos digno, atendiendo mas al volúmen que á la grandeza de la historia. Pero antes de llegar á lo inmediato de nuestro empeño, será bien que digamos en qué postura se hallaban las cosas de España cuando se dió principio á la conquista de aquel nuevo mundo, para que

se vea su principio primero que su aumento; y sirva esta noticia de fundamento al edificio que emprendemos.

CAPÍTULO III.

Refiérense las calamidades que se padecian en España, cuando se puso la mano en la conquista de Nueva España.

Corria el año de mil y quinientos y diez y siete, digno de particular memoria en esta monarquía, no menos por sus turbaciones, que por sus felicidades. Hallábase á la sazon España combatida por todas partes de tumultos, discordias y parcialidades, congojada su quietud con los males internos que amenazaban su ruina; y durando en su fidelidad, mas como reprimida de su propria obligacion, que como enfrenada y obediente á las riendas del gobierno; y al mismo tiempo se andaba disponiendo en las Indias occidentales su mayor prosperidad con el descubrimiento de otra Nueva España, en que no solo se dilatasen sus términos, sino se renovase y duplicase su nombre: asi juegan con el mundo la fortuna y el tiempo; y asi se suceden ó se mesclan

con perpetua alteracion los bienes y los males.

Murió en los principios del año antecedente el rey don Fernando el Católico; y desvaneciendo con la falta de su artífice las líneas que tenia tiradas para la conservacion y acrecentamiento de sus estados, se fué conociendo poco à poco, en la turbacion y desconcierto de las cosas públicas, la gran pérdida que hiciéron estos reinos: al modo que suele rastrearse por el tamaño de los efectos la grandeza de las causas.

Quedó la suma del gobierno á cargo del cardenal arzobispo de Toledo don fray francisco Ximenez de Cisneros, varon de espíritu resuelto, de superior capacidad, de corazon magnánimo, y en el mismo grado religioso, prudente y sufrido: juntándose en él, sin embarazarse con su diversidad, estas virtudes morales y aquellos atributos heroicos; pero tan amigo de los aciertos, y tan activo en la justificacion de sus dictámenes, que perdia muchas veces lo conveniente, por esforzar lo mejor; y no bastaba su zelo á corregir los ánimos inquietos, tanto como á irritarlos su integridad.

La reina doña Juana, hija de los reyes

don Fernando y doña Isabel, á quien tocaba legítimamente la sucesion del reino, se hallaba en Tordesillas, retirada de la comunicacion humana, por aquel accidente lastimoso que destempló la armonía de su entendimiento; y el sobrado aprender, la trajo á no discurrir, ó á discurrir desconcertadamente en lo que aprendia.

El príncipe don Carlos, primero de este nombre en España, y quinto en el imperio de Alemania, á quien anticipó la corona el impedimento de su madre, residia en Flandes; y su poca edad, que no llegaba á los diez y siete años, el no haberse criado en estos reinos, y las noticias que en ellos habia de cuan apoderados estaban los ministros flamencos de la primera inclinacion de su adolescencia, eran unas circunstancias melancólicas, que le hacian poco deseado aun de los que le esperaban como necesario.

El infante D. Fernando, su hermano, se hallaba, aunque de menos años, no sin alguna madurez; desabrido de que el rey D. Fernando, su abuelo, no le dejase en su último testamento nombrado por principal gobernador de estos reinos, como lo estuvo en el antecedente que se otorgó en Burgos: y aunque se esforzaba

á contenerse dentro de su propia obligacion, ponderaba muchas veces, y oia ponderar lo mismo á los que le asistian, que el no nombrarle pudiera pasar por disfavor hecho á su poca edad; pero que el excluirle despues de nombrado, era otro género de inconfidencia que tocaba en ofensa de su persona y dignidad: con que se vino á declarar por mal satisfecho del nuevo gobierno; siendo sumamente peligroso para descontento, porque andaban los ánimos inquietos; y por su afabilidad, y ser nacido y criado en Castilla, tenia de su parte la inclinacion del pueblo, que dado el caso de la turbacion como se rezelaba, le habia de seguir, sirviéndose para sus violencias del movimiento natural.

Sobrevino á este embarazo otro de no menor cuerpo en la estimacion del cardenal; porque el Dean de Lovaina adriano Florencio, que fué despues sumo pontífice, sexto de este nombre, habia venido desde Flandes con título y apariencias de embajador al rey don Fernando; y luego que sucedió su muerte, manifestó los poderes que tenia ocultos del príncipe don Carlos, para que en llegando este caso tomase posesion del reino en su nombre,

y se encargase de su gobierno : de que resultó una controversia muy reñida, sobre si este poder habia de prevalecer, y ser de mejor calidad que el que tenia el cardenal. En cuyo punto discurrian los políticos de aquel tiempo con poco recato, y no sin alguna irreverencia, vistiéndose en todos el discurso del color de la intencion. Decian los apasionados de la novedad, que el cardenal era gobernador nombrado por otro gobernador; pues el rey don Fernando solo tenia este título en Castilla despues que murió la reina doña Isabel. Replicaban otros, de no menor atrevimiento, porque caminaban á la exclusion de entrambos, que el nombramiento de Adriano padecia el mismo defecto; porque el príncipe don Carlos, aunque estaba asistido de la prerogativa de heredero del reino, solo podia viviendo la reina doña Juana su madre usar de la facultad de gobernador, de la misma suerte que la tuvo su abuelo: con que dejaban á los dos príncipes incapaces de poder comunicar á su magistrados aquella suprema potestad que falta en el gobernador, por ser inseparable de la persona del rey.

Pero reconociendo los dos goberna-

dores que estas disputas se iban encendiendo con ofensa de la magestad y de su misma jurisdiccion, tratáron de unirse en el gobierno: sana determinacion si se conformaran los genios; pero discordaban ó se compadecian mal la entereza del cardenal con la mansedúmbre de Adriano: inclinado el uno á no sufrir compañero en sus resoluciones, y acompañándolas el otro con poca actividad, y sin noticia de las leyes y costumbres de la nacion. Produjo este imperio dividido la misma division en los súbditos; con que andaba parcial la obediencia, y desunido el poder: obrando esta diferencia de impulsos en la república lo que obrarian en la nave dos timones, que aun en tiempo de bonanza formarian de su proprio movimiento la tempestad.

Conociéronse muy presto los efectos de esta mala constitucion, destemplándose enteramente los humores mal corregidos, de que abundaba la república. Mandó el cardenal (y necesitó de poca persuasion para que viniese en ello su compañero) que se armasen las ciudades y villas del reino, y que cada una tuviese alistada su milicia, ejercitando la gente en el manejo de las armas y en la obediencia

de sus cabos; para cuyo fin señaló sueldos á los capitanes, y concedió exenciones á los soldados. Dicen unos que miró á su propria seguridad, y otros que á tener un nervio de gente con que reprimir el orgullo de los grandes: pero la experiencia mostró brevemente que en aquella sazon no era conveniente este movimiento; porque los grandes y señores heredados (brazo dificultoso de moderar en tiempos tan revueltos) se diéron por ofendidos de que se armasen los pueblos, creyendo que no carecia de algun fundamento la voz que habia corrido de que los gobernadores querian examinar con esta fuerza reservada el orígen de sus señoríos y el fundamento de sus alcabalas. Y en los mismos pueblos se experimentáron diferentes efectos, porque algunas ciudades alistáron su gente, hiciéron sus alardes, y formáron su escuela militar: pero en otras se miráron estos remedos de la guerra como pension de la libertad y como peligros de la paz, siendo en unas y otras igual el inconveniente de la novedad: porque las ciudades que se dispusiéron á obedecer, supiéron la fuerza que tenian para resistir; y las que resistiéron se halláron con la que habian menester,

para llevarse tras sí á las obedientes, y ponerlo todo en confusion.

CAPÍTULO IV.

Estado en que se hallaban los reinos distantes, y las islas de la América, que ya se llamaban Indias occidentales.

No padecian á este tiempo menos que Castilla los demas dominios de la corona de España, donde apenas hubo piedra que no se moviese, ni parte donde no se temiese, con alguna razon, el desconcierto de todo el edificio.

Andalucía se hallaba oprimida y asustada con la guerra civil que ocasionó don pedro Giron, hijo del conde de Ureña, para ocupar los estados del duque de Medina-Sidonia, cuya sucesion pretendia por doña Mencía de Guzman su muger: poniendo en el juicio de las armas la interpretacion de su derecho, y autorizando la violencia con el nombre de la justicia.

En Navarra se volviéron á encender impetuosamente aquellas dos parcialidades Beamontesa y Agramontesa, qúe hiciéron insigne su nombre á costa de su patria.

Los Beamonteses, que seguian la voz del

rey de Castilla, trataban como defensa de la razon la ofensa de sus enemigos. Y los Agramonteses que, muerto juan de Labrit y la reina doña Catalina, aclamaban al príncipe de Bearne su hijo, fundaban su atrevimiento en las amenazas de Francia; siendo unos y otros dificultosos de reducir, porque andaba en ambos partidos el odio envuelto en apariencias de fidelidad; y mal colocado el nombre del rey, servia de pretexto á la venganza y á la sedicion.

En Aragon se moviéron cuestiones poco seguras sobre el gobierno de la corona, que por el testamento del rey D. Fernando quedó encargado al arzobispo de Zaragoza don alonso de Aragon su hijo, á quien se opuso, no sin alguna tenacidad, el justicia D. juan de Lanuza, con dictámen, ó verdadero ó afectado, de que no convenia para la quietud de aquel reino que residiese la potestad absoluta en persona de tan altos pensamientos: de cuyo principio resultáron otras disputas, que corrian entre los nobles como sutilezas de la fidelidad; y pasando á la rudeza del pueblo, se convirtiéron en peligros de la obediencia y de la sujecion.

Cataluña y Valencia se abrasaban en la

natural inclemencia de sus bandos; que no contentos con la jurisdiccion de la campaña, se apoderaban de los pueblos menores, y se hacian temer de las ciudades, con tal insolencia y seguridad, que turbado el órden de la república, se escondian los magistrados, y se celebraba la atrocidad, tratándose como hazañas los delitos, y como fama la miserable posteridad de los delincuentes.

En Nápoles se oyéron con aplauso las primeras aclamaciones de la reina doña Juana y del príncipe don Carlos; pero entre ellas mismas se esparció una voz sediciosa de incierto orígen, aunque de conocida malignidad.

Decíase que el rey D. Fernando dejaba nombrado por heredero de aquel reino al duque de Calabria, detenido entonces en el castillo de Játiva. Y esta voz, que se desestimó dignamente á los principios, bajó como despreciada á los oidos del vulgo, donde corrió algunos dias con recato de murmuracion, hasta que tomando cuerpo en el misterio con que se fomentaba, vino á romper en alarido popular y en tumulto declarado, que puso en congoja mas que vulgar á la nobleza, y á todos los que tenian la parte de la razon y de la verdad.

En Sicilia tambien tomó el pueblo las armas contra el virey don hugo de Moncada con tanto arrojamiento, que le obligó á dejar el reino en manos de la plebe, cuyas inquietudes llegáron á echar mas hondas raices que las de Nápoles, porque las fomentaban algunos nobles, tomando por pretexto el bien público, que es el primer sobrescripto de las sediciones, y por instrumento al pueblo, para ejecutar sus venganzas, y pasar con el pensamiento á los mayores precipicios de la ambicion.

No por distantes se libráron las Indias de la mala constitucion del tiempo, que á fuer de influencia universal alcanzó tambien á las partes mas remotas de la monarquía. Reducíase entonces todo lo conquistado de aquel nuevo mundo á las cuatro islas de santo Domingo, Cuba, s. juan de Puerto Rico, y Jamaica, y á una pequeña parte de tierra firme que se habia poblado en el Darien, á la entrada del golfo de Uraba, de cuyos términos constaba lo que se comprendia en este nombre de las Indias occidentales. Llamáronlas asi los primeros conquistadores, solo porque se parecian aquellas regiones en la riqueza y en la distancia á las orien-

tales, que tomáron este nombre del rio Indo que las baña. Lo demas de aquel imperio consistia, no tanto en la verdad, como en las esperanzas que se habian concebido de diferentes descubrimientos y entradas que hiciéron nuestros capitanes con varios sucesos, y con mayor peligro que utilidad: pero en aquello poco que se poseia, estaba tan olvidado el valor de los primeros conquistadores, y tan arraigada en los ánimos la codicia, que solo se trataba de enriquecer, rompiendo con la conciencia y con la reputacion, dos frenos, sin cuyas riendas queda el hombre á solas con su naturaleza, y tan indómito y feroz en ella como los brutos mas enemigos del hombre. Ya solo venian de aquellas partes lamentos y querellas de lo que allí se padecia: el zelo de la religion y la causa pública cedian enteramente su lugar al interes y al antojo de los particulares: y al mismo paso se iban acabando aquellos pobres indios que gemian debajo del peso, anhelando por el oro para la avaricia agena, obligados á buscar con el sudor de su rostro lo mismo que despreciaban, y á pagar con su esclavitud la ingrata fertilidad de su patria.

Pusiéron en gran cuidado estos desór-

denes al rey don Fernando, y particularmente la defensa y conversion de los indios, que fué siempre la principal atencion de nuestros reyes; para cuyo fin formó instrucciones, promulgó leyes, y aplicó diferentes medios que perdian la fuerza en la distancia; al modo que la flecha se deja caer á vista del blanco cuando se aparta sobradamente del brazo que la encamina. Pero sobreviniendo la muerte del rey antes que se lograse el fruto de sus diligencias, entró el cardenal con grandes veras en la sucesion de este cuidado, deseando poner de una vez en razon aquel gobierno; para cuyo efecto se valió de cuatro religiosos graves de la órden de san Gerónimo, enviándolos con título de visitadores; y de un ministro de su eleccion que los acompañase, con despachos de juez de residencia, para que unidas estas dos jurisdicciones lo comprendiesen todo: pero apenas llegáron á las islas, cuando halláron desarmada toda la severidad de sus instrucciones, con la diferencia que hay entre la prática y la especulacion: y obráron poco mas que conocer y experimentar el daño de aquella república, poniéndose de peor condicion la enfermedad con la poca eficacia del remedio.

CAPÍTULO V.

Cesan las calamidades de la monarquía con la venida del rey don Carlos : dáse principio en este tiempo á la conquista de Nueva España.

Este estado tenian las cosas de la monarquía, cuando entró en la posesion de ella el rey don Carlos, que llegó á España por setiembre de este año : con cuya venida empezó á serenar la tempestad, y se fué poco á poco introduciendo el sosiego, como influido de la presencia del rey; sea por virtud oculta de la corona, ó porque asiste Dios con igual providencia tanto á la magestad del que gobierna, como á la obligacion ó al temor natural del que obedece. Sintiéronse los primeros efectos de esta felicidad en Castilla, cuya quietud se fué comunicando á los demas reinos de España, y pasó á los dominios de afuera, como suele en el cuerpo humano distribuirse el calor natural, saliendo del corazon en beneficio de los miembros mas distantes. Llegáron brevemente á las islas de la América las influencias del nuevo rey obrando en ellas su nombre, tanto como en España su presen-

cia. Dispusiéronse los ánimos á mayores empresas, creció el esfuerzo en los soldados, y se puso la mano en las primeras operaciones que precediéron á la conquista de Nueva España, cuyo imperio tenia el cielo destinado para engrandecer los principios de este augusto monarca.

Gobernaba entonces la isla de Cuba el capitan diego Velazquez, que pasó á ella como teniente del segundo almirante de las Indias don diego Colon, con tan buena fortuna, que se le debió toda su conquista, y la mayor parte de su poblacion. Habia en aquella isla, por ser la mas occidental de las descubiertas, y mas vecina al continente de la América septentrional, grandes noticias de otras tierras no muy distantes, que se dudaba si eran islas; pero se hablaba en sus riquezas con la misma certidumbre que si se hubieran visto, fuese por lo que prometian las experiencias de las descubiertas hasta entonces, ó por lo poco que tienen que andar las prosperidades en nuestra aprehension, para pasar de imaginadas á creidas.

Creció por este tiempo la noticia y la opinion de aquella tierra con lo que referian de ella los soldados que acompañá-

ron á francisco Fernandez de Córdova en el descubrimiento de Yucatan, península situada en los confines de Nueva España: y aunque fué poco dichosa esta jornada, y no se pudo lograr entonces la conquista, porque muriéron valerosamente en ella el capitan y la mayor parte de su gente, se logró por lo menos la evidencia de aquellas regiones; y los soldados que iban llegando á esta sazon, aunque heridos y derrotados, traian tan poco escarmentado el valor, que entre los mismos encarecimientos de lo que habian padecido se les conocia el ánimo de volver á la empresa, y le infundian en los demas españoles de la isla; no tanto con la voz y con el ejemplo, como con mostrar algunas joyuelas de oro que traian de la tierra descubierta, bajo de ley y en corta cantidad; pero de tan crecidos quilates en la ponderacion y en el aplauso, que se empezáron todos á prometer grandes riquezas de aquella conquista, volviendo á levantar sus fábricas la imaginacion, fundadas ya sobre esta verdad de los ojos.

Algunos escritores no quieren pasar este primer oro ó metal con mezcla del que vino entonces de Yucatan: fúndanse en

que no le hay en aquella provincia, ó en lo poco que es menester para contradecir á quien no se defiende. Nosotros seguimos á los que escriben lo que viéron, sin hallar gran dificultad en que pudiese venir el oro de otra parte á Yucatan, pues no es lo mismo producirle que tenerle. Y el no haberse hallado, segun lo refieren, sino en los adoratorios de aquellos indios, es circunstancia que da á entender que le estimaban como exquisito, pues le aplicaban solamente al culto de sus dioses, y á los instrumentos de su adoracion.

Viendo pues diego Velazquez tan bien acreditado con todos el nombre de Yucatan, empezó á entrar en pensamientos de mayor gerarquía, como quien se hallaba embarazado con reconocer por superior en aquel gobierno al almirante diego Colon: dependencia que consistia ya mas, en el nombre que en la substancia; pero que á vista de su condicion y de sus buenos sucesos le hacia interior disonancia, y tenia como desairada su felicidad. Trató con este fin de que se volviese á intentar aquel descubrimiento; y concibiendo nuevas esperanzas del fervor con que se le ofrecian los soldados, se publicó la jornada, se alistó la gente y se previ

niéron tres bajeles y un bergantin, con todo lo necesario para la faccion y para el sustento de la gente. Nombró por cabo principal de la empresa á juan de Grijalva, pariente suyo; y por capitanes á pedro de Alvarado, francisco Montejo, y alonzo Dávila, sugetos de calidad conocida, y mas conocidos en aquellas islas por su valor y proceder; segunda y mayor nobleza de los hombres. Pero aunque se juntáron con facilidad hasta doscientos y cincuenta soldados, incluyéndose en este número los pilotos y marineros, y andaban todos solícitos contra la dilacion, procurando tener parte en adelantar el viage, tardáron finalmente en hacerse á la mar hasta los ocho de abril del año siguiente de mil y quinientos y diez y ocho.

Iban con ánimo de seguir la misma derrota de la jornada antecedente; pero decayendo algunos grados por el impulso de las corrientes, diéron en la isla de Cosumel, primer descubrimiento de este viage, donde se reparáron sin contradiccion de los naturales. Y volviendo á su navegacion, cobráron el rumbo, y se halláron en pocos dias á la vista de Yucatan; en cuya demanda dobláron la punta

de Cotoche por lo mas oriental de aquella provincia; y dando las proas al poniente, y el costado izquierdo á la tierra, la fuéron costeando hasta que arribáron al parage de Potonchan ó Champoton, donde fué desbaratado Francisco Fernandez de Córdova; cuya venganza, aun mas que su necesidad, los obligó á saltar en tierra; y dejando vencidos y amedrentados aquellos indios, determináron seguir su descubrimiento.

Navegáron de comun acuerdo la vuelta del poniente sin apartarse de la tierra mas de lo que hubiéron menester para no peligrar en ella, y fuéron descubriendo en una costa muy dilatada y al parecer deliciosa, diferentes poblaciones con edificios de piedra, que hiciéron novedad, y que á vista del alborozo con que se iban observando parecian grandes ciudades. señalábanse con la mano las torres y capiteles que se fingian con el deseo, creciendo esta vez los objetos en la distancia: y porque alguno de los soldados dijo entonces que aquella tierra era semejante á la de España, agradó tanto á los oyentes esta comparacion, y quedó tan impresa en la memoria de todos, que no se halla otro principio de haber que-

dado aquellas regiones con el nombre de Nueva España; palabras dichas casualmente con fortuna de repetidas, sin que se halle la propiedad ó la gracia de que se valiéron para cautivar la memoria de los hombres.

CAPÍTULO VI.

Entrada que hizo juan de Grijalva en el rio de Tabasco, y sucesos de ella.

Siguiéron la costa nuestros bajeles hasta llegar al parage donde se derrama por dos bocas en el mar el rio Tabasco, uno de los navegables, que dan el tributo de sus aguas al golfo Mejicano. Llamóse desde aquel descubrimiento rio de Grijalva; pero dejó su nombre á la provincia que baña su corriente, situada en el principio de Nueva España, entre Yucatan y Guazacoalco. Descubriánse por aquella parte grandes arboledas y tantas poblaciones en las dos riberas, que no sin esperanza de algun progreso considerable, resolvió juan de Grijalva, con aplauso de los suyos, entrar por el rio á reconocer la tierra; y hallando con la sonda en la

mano que solo podia servirse para este intento de los dos navíos menores, embarcó en ellos la gente de guerra, y dejó sobre las áncoras con parte de la marinería los otros dos bajeles.

Empezaban á vencer no sin dificultad el impulso de la corriente, cuando reconociéron á poca distancia considerable número de canoas guarnecidas de indios armados, y en la tierra algunas cuadrillas inquietas, que al parecer intimaban la guerra: y con las voces y los movimientos que ya se distinguian, daban á entender la dificultad de la entrada; ademanes que suele producir el temor en los que desean apartar el peligro con la amenaza. Pero los nuestros enseñados á mayores intentos, se fuéron acercando en buen órden, hasta ponerse en parage de ofender y ser ofendidos. Mandó el general que ninguno disparase, ni hiciese demostracion que no fuese pacífica; y á ellos les debió de ordenar lo mismo su admiracion: porque extrañando la fábrica de las naves, y la diferencia de los hombres y de los trages, quedáron sin movimiento, impedidas violentamente las manos en la suspension natural de los ojos. Sirvióse Juan de Grijalva de esta oportuna y ca-

sual diversion del enemigo para saltar en tierra; siguióle parte de su gente con mas diligencia que peligro: púsola en escuadron, arbolóse la bandera real; y hechas aquellas ordinarias solemnidades, que siendo poco mas que ceremonias se llamaban actos de posesion, trató de que entendiesen aquellos indios que venia de paz y sin ánimo de ofenderles. Lleváron este mensage dos indios muchachos, que se hiciéron prisioneros en la primera entrada de Yucatan, y tomáron en el bautismo les nombres de julian y melchor. Entendian aquella lengua de Tabasco por ser semejante á la de su patria, y habian aprendido la nuestra, de manera que se daban á entender con alguna dificultad; pero donde se hablaba por señas, se tenia por elocuencia su corta explicacion.

Resultó de esta embajada el acerçarse con recatada osadía hasta treinta indios en cuatro canoas. Eran las canoas unas embarcaciones que formaban de los troncos de sus árboles; labrando en ellos el vaso y la quilla con tal disposicion, que cada tronco era un bajel, y los habia capaces de quince y de veinte hombres: tal es la corpulencia de aquellos árboles,

y tal la fecundidad de la tierra que los produce. Saludáronse unos y otros cortesmente; y juan de Grijalva despues de asegurarlos con algunas dádivas, les hizo un breve razonamiento, dándoles á entender, por medio de sus intérpretes, como él y todos aquellos soldados eran vasallos de un poderoso monarca, que tenia su imperio donde sale el sol; en cuyo nombre venian á ofrecerles la paz y grandes felicidades, si trataban de reducirse á su obediencia. Oyéron esta proposicion con señales de atencion desabrida; y no es de omitir la natural discrecion de uno de aquellos bárbaros, que poniendo silencio á los demas, respondió á Grijalva con entereza y resolucion: *Que no le parecia buen género de paz la que se quiere introducir, envuelta en la sujecion y en el vasallage; ni podia dejar de extrañar como cosa intempestiva el hablarles de nuevo señor, hasta saber si estaban descontentos con el que tenian; pero que en el punto de la paz ó la guerra, pues allí no habia otro en que discurrir, hablarian con sus mayores, y volverian con la respuesta.*

Despidiéronse con esta resolucion, y quedáron los nuestros igualmente admi-

rados, que cuidadosos: mezclándose el gusto de haber hallado indios de mas razon y mejor discurso, con la imaginacion de que serian mas dificultosos de vencer, pues sabrian pelear los que sabian discurrir; ó por lo menos se debia temer otro género de valor en otro género de entendimiento: siendo cierto que en la guerra pelea mas la cabeza que las manos. Pero estas consideraciones del peligro, en que discurrian variamente los capitanes y los soldados, pasaban como avisos de la prudencia, que ó no tocaban ó tocaban poco en la region del ánimo. Desengañáronse brevemente; porque volviéron los mismos indios con señales de paz, diciendo: *Que sus caciques la admitian no porque temiesen la guerra, ni porque fuesen tan fáciles de vencer como los de Yucatan (cuyo suceso habia llegado ya á su noticia), sino porque dejando los nuestros en su arbitrio la paz ó la guerra, se hallaban obligados á elegir lo mejor.* Y en señas de la nueva amistad que venian á establecer, trajéron un regalo abundante de bastimentos y frutos de la tierra. Llegó poco despues el cacique principal con moderado acompañamiento de gente desarmada, dando á entender la confianza que

hacia de sus huéspedes, y que venia seguro en su propia sinceridad. Recibióle Grijalva con demostraciones de agrado y cortesía; y él correspondió con otro género de sumisiones á su modo, en que no dejaba de reconoscerse alguna gravedad afectada ó verdadera: y despues de los primeros cumplimientos, mandó que llegasen sus criados con otro presente que traian de diversas alhajas de mas artificio que valor, plumages de varios colores, ropas sutiles de algodon, y algunas figuras de animales para su adorno, hechas de oro sencillo y ligero, ó formadas de madera primorosamente, con engastes y láminas de oro sobrepuesto. Y sin esperar el agradecimiento de Grijalva, le dió á entender el cacique por medio de los intérpretes: *Que su fin era la paz; y el intento de aquel regalo despedir á los huéspedes, para poder mantenerla.* Respondióle *que hacia toda estimacion de su liberalidad, y que su ánimo era pasar adelante sin detenerse ni hacerles disguto:* resolucion à que ya se hallaba inclinado, parte por corresponder generosamente á la confianza y buen término de aquella gente, y parte por la conveniencia de tener retirada, y dejar amigos á las espaldas para cual-

quier accidente que se le ofreciese; y así se despidió, y volvió á embarcarse, regalando primero al cacique y á sus criados con algunas bujerías de Castilla, que siendo de cortísimo valor llevaban el precio en la novedad: menos lo extrañarán hoy los españoles, hechos á comprar como diamantes los vidrios extrangeros.

Antonio de Herrera y los que le siguen, ó los que escribiéron despues, afirman que este cacique presentó á Grijalva unas armas de oro fino, con todas las piezas de que se compone un cumplido arnes; que le armó con ellas diestramente, y que le viniéron tan bien como si se hubieran hecho á su medida: circunstancias notables para omitidas por los autores mas antiguos. Pudo tomarlo de francisco Lopez de Gómara, á quien suele refutar en otras noticias: pero bernal Diaz del Castillo, que se halló presente, y gonzalo Fernandez de Oviedo que escribió por aquel tiempo en la isla de santo Domingo, no hacen mencion de estas armas, refiriendo menudamente todas las alhajas que se trujéron de Tabasco. Quede á discrecion del lector la fe que se debe á estos autores, y séanos permitido el referirlo, sin hacer desvío á la razon de dudarlo.

CAPÍTULO VII.

Prosigue juan de Grijalva su navegacion, y netra en el rio de Banderas, donde se halló la primera noticia del rey de Méjico Motezuma.

Prrosiguiéron su viage Grijalva y sus compañeros por la misma derrota, descubriendo nuevas tierras y poblaciones sin suceso memorable, hasta que llegáron á un rio que llamáron de Banderas, porque en su márgen y por la costa vecina á él andaban muchos indios con banderas blancas pendientes de sus astas; y en el modo de tremolarlas, acompañado con las señas, voces y movimientos que se distinguian, daban á entender que estaban de paz, y que llamaban al parecer mas que despedian á los pasageros. Ordenó Grijalva que el capitan francisco de Montejo se adelantase con alguna gente repartida en dos bateles, para reconocer la entrada, y examinar el intento de aquellos indios; el cual hallando buen surgidero, y poco que rezelar en el modo de la gente, avisó á los demas que podian acercarse. Desembarcáron todos, y fuéron

recibidos con grande admiracion y agasajo de los indios; entre cuyo numeroso concurso se adelantáron tres, que en el adorno parecian los principales de la tierra; y deteniéndose lo que hubiéron menester, para observar en el respeto de los otros cual era el superior, se fuéron derechos á Grijalva haciéndoles grandes reverencias, y él los recibió con igual demostracion. No entendian aquella lengua nuestros intérpretes, y así se redujéron los cumplimientos á señas de urbanidad, ayudadas con algunas palabras de mas sonido que significacion.

Ofrecióse luego á la vista un banquete que tenian prevenido de mucha diferencia de manjares, puestos ó arrojados sobre algunas esteras de palma, que ocupaban las sombras de los árboles: rústica y desaliñada opulencia; pero nada ingrata al apetito de los soldados: despues de cuyo refresco mandáron los tres indios á su gente que manifestase algunas piezas de oro que tenian reservadas; y en el modo de mosrarlas y de tenerlas se conoció que no trataban de presentarlas, sino de comprar con ellas la mercadería de nuestras naves, cúya fama habia llegado ya á su noticia. Pusiéronse luego en feria

aquellas sartas de vidrio, peines, cuchillos y otros instrumentos de hierro y de alquímia, que en aquella tierra podian llamarse joyas de mucho precio; pues el engaño con que se codiciaban era ya verdad en lo que valian. Fuéronse trocando estas bujerías á diferentes alhajas y preseas de oro no de muchos quilates; pero en tanta abundancia, que en seis dias que se detuviéron aquí los españoles, importáron los rescates mas de quince mil pesos.

No sabemos con que propriedad se dió el nombre de rescates á este género de permutaciones, ni por qué se llamó rescatado el oro, que en la verdad pasaba á mayor cautiverio, y estaba con mas libertad donde le estimaban menos: pero usarémos de este mismo término, por hallarle introducido en nuestras historias y primero en las de la India oriental; puesto que en los modos de hablar con que se explican las cosas no se debe buscar tanto la razon como el uso que, segun el sentir de Horacio, es árbitro legítimo de los aciertos de la lengua, y pone ó quita como quiere aquella congruencia que halla el oido entre las voces y lo que significan.

Viendo pues juan de Grijalva que ha-

bian cesado ya los rescates, y que las naves estaban con algun peligro, descubiertas á la travesía de los nortes, se despidió de aquella gente; dejándola gustosa y agradecida; y trató de volver á su descubrimiento, llevando entendido á fuerza de preguntas y de señas, que aquellos tres indios principales eran súbditos de un monarca que llamaban Motezuma: que las tierras en que dominaba eran muchas y muy abundantes de oro y de otras riquezas, y que habian venido de órden suya á examinar pacíficamente el intento de nuestra gente, cuya vecindad le tenia al parecer cuidadoso. Á otras noticias se alargáron los escritores; pero no parece posible que se adquiriesen entonces, ni fué poco percibir esto, donde se hablaba con las manos y se entendia con los ojos que usurpaban necesariamente el oficio de la lengua y de los oidos.

Prosiguiéron su navegacion sin perder la tierra de vista: y dejando atras dos ó tres islas de poco nombre, hiciéron pie en una que llamáron de sacrificios: por qué entrando á reconocer unos edificios de cal y canto que sobresalian á los demas, halláron en ellos diferentes ídolos de

horrible figura, y mas horrible culto; pues cerca de las gradas donde estaban colocados habia seis ó siete cadáveres de hombres recien sacrificados, hechos pedazos, y abiertas las entrañas: miserable espectáculo, que dejó á nuestra gente suspensa y atemorizada, vacilando entre contrarios afectos, pues se compadecia el corazon de lo que se irritaba el entendimiento.

Detuviéronse poco en esta isla; porque los habitadores de ella andaban amedrentados, con que no rendian considerable fruto los rescates; y así pasáron á otra que estaba poco apartada de la tierra firme, y en tal disposicion, que entre ella y la costa se halló parage capaz y abrigado para la seguridad de las naves. Llamáronla isla de S. Juan por haber llegado á ella dia del Bautista, y por tener su nombre el general, en que andaria la devocion mezclada con la lisonja: y un indio, que señalando con la mano hácia la tierra firme, y dando á entender que la nombraba, repetia mal pronunciada la voz *Culúa*, *Culúa*, dió la ocasion del sobrenombre, con que la diferenciáron de S. Juan de Puerto-Rico, llamándola San Juan de Ulúa, isla pequeña de mas arena que

terreno; cuya campaña, tenia sobre las aguas tan moderada superioridad, que algunas veces se dejaba dominar de las inundaciones del mar: pero de estos humildes principios pasó despues á ser el puerto mas frecuentado y mas insigne de la Nueva España en todo lo que mira al mar del norte.

Aquí se detuviéron algunos dias, porque los indios de la tierra cercana acudian con algunas piezas de oro, creyendo que engañaban con trocarle á cuentas de vidrio. Y viendo juan de Grijalva que su instruccion era limitada, para que solo descubriese y rescatase sin hacer poblacion, cuyo intento se le prohibia expresamente, trató de dar cuenta á diego Velazquez de las grandes tierras que habia descubierto; para que en caso de resolver que se poblase en ellas, le enviase la órden, y le socorriese con alguna gente y otros pertrechos de que necesitaba. Despachó con esta noticia al capitan pedro de Alvarado en uno de los cuatro navíos, entregándole todo el oro, y las demas albajas que hasta entonces se habian adquirido, para que con la muestra de aquellas riquezas fuese mejor recibida su embajada, y se facilitase la proposicion de

poblar, á que estuvo siempre inclinado, por mas que la niegue francisco Lopez de Gómara, que le culpa en esto de pusilánime.

CAPÍTULO VIII.

Prosigue juan de Grijalva su descubrimiento, hasta costear la provincia de Panuco. Sucesos del rio de Canoas, y resolucion de volverse á la isla de Cuba.

Apenas tomó pedro de Alvarado la vuelta de Cuba, cuando partiéron los demas navíos de San Juan de Ulúa en seguimiento de su derrota; y dejándose guiar de la tierra; fuéron volviendo con ella hácia la parte del septentrion, llevando en la vista las dos sierras de Tuspa y de Tusta, que corren largo trecho entre el mar y la provincia de Tlascala: despues de cuya travesía entráron en la ribera de Panuco, última region de Nueva España, por la parte que mira al golfo mejicano. y surgiéron en el rio de Canoas, que tomó entonces este nombre, porque á poco rato que se detuviéron en reconocerle, fuéron asaltados de diez y seis canoas armadas y guarnecidas de indios guerreros, que

ayudados de la corriente embistiéron el navío que gobernaba alonzo Dávila; y disparando sobre él la lluvia impetuosa de sus flechas, intentáron llevársele, y tuviéron cortada una de las amarras: bárbara resolucion, que si la hubiera favorecido el suceso, pudiera merecer el nombre de hazaña; pero acudiéron luego al socorro los otros dos navíos, y la gente que se arrojó apresuradamente en los bateles, cargando sobre las cánoas con tanto ardor, que sin que se conociese el tiempo que hubo entre el embestir y el vencer, quedáron algunas de ellas echadas á pique, muertos muchos indios, y puestos en fuga los que fuéron mas avisados en conocer el peligro, ó mas diligentes en apartarse de él.

No pareció conveniente seguir esta victoria, por el poco fruto que se podia esperar de gente fugitiva y escarmentada; y así levantáron las áncoras y prosiguiéron su viage, hasta que llegáron á un promontorio ó punta de tierra introducida en la jurisdiccion del mar, que al parecer se enfurecia con ella sobre cobrar lo usurpado, y estaba en continua inquietud porfiando con la resistencia de los peñascos. Grandes diligencias se hiciéron para

doblar este cabo; pero siempre retrocedian las naves al arbitrio del agua, no sin peligro de zozobrar ó embestir con la tierra; cuyo accidente dió ocasion á los pilotos para que hiciesen sus protestas, y á la gente para que las prosiguiese con repetidos clamores; melancólica ya de tan prolija navegacicn, y mas discursiva en la aprehension de los riesgos. Pero juan de Grijalva, hombre en quien se daban las manos la prudencia y el valor, convocó á los pilotos y á los capitanes, para que se discurriese en lo que se debia obrar, segun el estado en que se hallaban. Consideróse en esta junta la dificultad de pasar adelante, y la incertidumbre de la vuelta: que una de las naves venia maltratada, y necesitaba de repararse: que los bastimentos empezaban á padecer corrupcion; que la gente venia desabrida y fatigada; y que el intento de poblar tenia contra sí la instruccion de diego Velazquez; y la poca seguridad de poderlo conseguir sin el socorro que habian pedido, y últimamente se resolvió sin controversia que se tomase la vuelta de Cuba, para rehacerse de los medios con que se debia emprender tercera vez aquella grande faccion que dejaban imperfecta. Ejecu-

tóse luego esta resolucion, y volviendo las naves á desandar los rumbos que habian traido, y á reconocer otros parages de la misma costa con poca detencion, y alguna utilidad en los rescates, arribáron últimamente al puerto de santiago de Cuba en quince de noviembre de mil y quinientos y diez y ocho.

Habia llegado pocos dias antes al mismo puerto pedro de Alvarado, y fué muy bien recibido del gobernador diego Velazquez, que celebró con increible alborozo la noticia de aquellas grandes tierras que se habian descubierto; y sobre todo los quince mil pesos de oro que apoyaban su relacion sin necesitar de su encarecimiento.

Miraba el gobernador aquellas riquezas, y no acertando á creer á sus ojos, volvia á soccorerse de los oidos, preguntando segunda y tercera vez á pedro de Alvarado lo que le habia referido, y hallando novedad en lo mismo que acababa de oir, como el músico que se deleita en las cláusulas repetidas. No tardó mucho este alborozo en descubrir sus quilates, mezclándose con el desabrimientó; porque luego empezó á sentir con impaciencia que juan de Grijalva no hubiese fundado alguna

poblacion en aquellas tierras donde le hiciéron buena acogida; y aunque pedro de Alvarado intentaba disculparle, fué de los que sintiéron que se debia poblar en el rio de Banderas; y siempre se dice flojamente lo que se procura esforzar contra el proprio dictámen. Acusábale diego Velazquez de poco resuelto, y enojándose con su eleccion, confesaba la culpa de haberle enviado, proponiendo encargar aquella faccion á persona de mayor actividad, sin reparar en el desaire de su pariente, á quien debia aquella misma felicidad que ponderaba: pero lo primero que hace la fortuna en los ambiciosos es cautivar la razon, para que no se ponga de parte del agradecimiento. Ya nada le hacia fuerza, sino el conseguir apriesa y á cualquiera costa toda la prosperidad que se prometia de aquel descubrimiento, elevando á grandes cosas la imaginacion, y llegando con las esperanzas adonde antes no llegaba con los deseos.

Trató luego de prevenir los medios para la nueva conquista, accreditándola con el nombre de Nueva España, que daba grande recomendacion y sonido á la empresa. Comunicó su resolucion á los religiosos de san Gerónimo que residian

en la isla de santo Domingo, con palabras, que se inclinaban mas á pedir aprobacion que licencia: y envió persona á la corte con larga relacion y encarecidas señas de lo descubierto, y un memorial en que no iban obscurecidos de mal ponderados sus servicios: por cuya recompensa pedia algunas mercedes, y el título de Adelantado de las tierras que conquistase.

Ya tenia comprados algunos bajeles y empezado el apresto de nueva armada, cuando llegó juan de Grijalva, y le halló tan irritado como pudiera esperarle agradecido. Reprehendióle con aspereza y publicidad, y él desayudaba con su modestia sus disculpas, aunque le puso delante de los ojos su misma instruccion, en que le ordenaba que no se detuviese á poblar: pero estaba ya tan fuera de los términos razonables con la novedad de sus pensamientos, que confesaba la órden, y trataba como delito la obediencia.

CAPÍTULO IX.

Dificultades que se ofreciéron en la eleccion de cabo para la nueva armada, y quien era Hernan Cortes que últimamente la llevó á su cargo.

Pero conociendo entonces diego Velazquez cuanto importa la celeridad en las resoluciones, y que si se deja perder el tiempo suele desazonarse la ocasion, ordenó luego que se diese carena á los cuatro bajeles que sirviéron en la jornada de Grijalva, con los cuales, y con los que se habian comprado, se juntáron diez de ochenta hasta cien toneladas, y caminando al mismo paso en el cuidado de armarlos, pertrecharlos y abastecerlos, se halló brevemente indeciso y rezeloso en la dificultad de nombrar Cabo que los gobernase. Era su intento buscar persona tan resuelta, que supiese desembarazarse de las dificultades, y tomar partido con los accidentes; pero tan apagada, que no supiese dar unos zelos, ni tener otra ambicion que de la gloria agena. Lo cual, en su modo de discurrir, era lo mismo

que buscar un hombre de mucho corazon y de poco espíritu; pero no siendo fáciles de juntar estos extremos, tardó la resolucion algunos dias. La gente se inclinaba á juan de Grijalva, y la voz comun suele hacer justicia en sus elecciones, porque le asistian sus buenas partes, lo qne habia trabajado en aquel descubrimiento, y la noticia con que se hallaba de la navegacion y de la tierra.

Saliéron á la pretension antonio y bernardino Velazquez, parientes mas cercanol del gobernador, baltasar Bermudez, Vasco Porçallo, y otros caballeros que habia en aquella isla capaces de aspirar á mayores empleos: y cada uno discurria en este como si estuviera sola su razon: que ordinariamente quien dilata la provision de los cargos convida pretendientes, y pareée que trata de atesorar quejosos.

Pero diego Velazquez duraba en su irresolucion; hallando en unos que temer y en otros que desear, hasta que aconsejándose con amador de Lariz, contador del rey, y con andres de Duero, su secretario, que era toda su confianza, y conocian su condicion, le propusiéron á Hernan Cortes, grande amigo de los dos, alabándole con moderacion por n

hacer sospechoso el consejo : y dando á entender que hablaban por el acierto de la eleccion mas que por la conveniencia de su amigo. Fué bien oida la proposicion y ellos se contentáron con verle inclinado, dándole tiempo para que lo meditase, y volviese persuadido á la plática, ó mejor dispuesto para dejarse persuadir.

Pero antes que pasemos adelante, será bien que digamos quien era Hernan Cortes, y por cuantos rodeos vino á ser de su valor y de su entendimiento aquella grande obra de la conquista de Nueva España, que puso en sus manos la felicidad de su destino : llamamos destino, hablando cristianamente, aquella soberana y altísima disposicion de la primera causa, que deja obrar á las segundas, como dependientes suyas, y medianeras de la naturaleza en órden á que suceda con la eleccion del hombre lo que permite ó lo que ordena Dios. Nació en Medellin, villa de Extremadura , hijo de martin Cortes de Monroy, y doña catilina Pizarro Altamirano, cuyos apellidos no solo dicen sino encarecen lo ilustre de su sangre. Dióse á las letras en su primera edad, y cursó en Salamanca dos años, que le bastáron para conecer que iba contra su natural

y que no covenia con la viveza de su espíritu aquella diligencia perezosa de los estudios. Volvió á su casa resuelto á seguir la guerra; y sus padres le encamináron á la de Italia, que entonces era la de mas pundonor, por estar calificada con el nombre del gran capitan; pero al tiempo de embarcarse le sobrevino una enfermedad que le duró muchos dias, de cuyo accidente resultó el hallarse obligado á mudar de intento aunque no de profesion. Inclinóse á pasar á las Indias; que como entonces duraba su conquista, se apetecian con el valor mas que con la codicia. Ejecutó su pasage con gusto de sus padres el año de mil quinientos y cuatro, y llevó cartas de recomendacion par Don nicolas de Obando, comendador mayor de la órden de Alcántara, que era su deudo, y gobernaba en esta sazon la isla de santo Domingo. Luego que llegó á ella y se dió á conocer, halló grande agasajo y estimacion en todos, y tan agradable acogida en el gobernador, que le admitió desde luego entre los suyos, y ofreció cuidar de sus aumentos con particular aplicacion. Pero no hastáron estos favores para divertir su inclinacion, porque se hallaba tan violento en la ociosidad

de aquella isla, ya pacificada y poseida sin contradiccion de sus naturales, que pidió licencia para empezar á servir en la de Cuba, donde se traian por entonces las armas en las manos: y haciendo este viage con beneplácito de su pariente, trató da acreditar en las ocasiones de aquella guerra su valor y su obediencia, que son los primeros rudimentos de esta facultad. Consiguió brevemente la opinion de valeroso, y tardó poco mas en darse á conocer su entendimiento; porque sabiendo adelantarse entre los soldados, sabia tambien dificultar y resolver entre los capitanes,

Era mozo de gentil presencia y agradable rostro, y sobre estas recomendaciones comunes de la naturaleza, tenia otras de su proprio natural que le hacian amable, porque hablaba bien de los ausentes, era festivo y discreto en las conversaciones, y partia con sus compañeros cuanto adquiria, con tal generosidad, que sabia ganar amigos sin buscar agradecidos. Casò en aquella isla con doña catalina Suarez Pacheco, doncella noble y recatada; sobre cuyo galanteo tuvo muchos embarazos, en que se mezcló diego Velazquez, y le tuvo presò, hasta que

ajustado el casamiento, fué su padrino, y quedáron tan amigos, que se trataban con familiaridad; y le dió brevemente repartimiento de indios, y la vara de alcalde en la misma villa de Santiago: ocupacion que servian entonces la personas de mas cuenta, y que solia andar entre los conquistadores mas calificados.

En este parage se hallaba Hernan Cortes, cuando amador de Lariz y andres de Duero le propusiéron para la conquista de Nueva España, y fué con tanta destreza, que cuando volviéron á verse con diego Velazquez, prevenidos de nuevas razones para esforzar su intento, le halláron delarado por Hernan Cortes, y tan discursivo en las conveniencias de fiarle aquella empresa, que se les convirtió en lisonja la persuasion que llevaban meditada, y tratáron solo de obligarle con asentir á lo mismo que deseaban. Discurrióse en la conveniencia de que se hiciese luego el nombramiento, para desarmar de una vez á los pretendientes; y no se descuidó andres de Duero en pasar por diligencia de su profesion la brevedad del despachó, cuya substancia fué. *Que diego Velazquez, como gobernador de la isla de Cuba, y promovedor de los*

descubrimientos de Yucatan y Nueva España, nombraba á Hernan Cortes por capitan general de la armada, y tierras descubiertas y que se descubriesen, con todas aquellas extensiones de jurisdiccion y cláusulas honoríficas, que la amistad del secretario puede ingerir, como primores de la formalidad.

CAPÍTULO X.

Tratan los émulos de Cortes vivamente de descomponerle con diego Velazquez, no lo consiguen, y sale con la armada del puerto de Santiago.

Aceptó Cortes el nuevo cargo con todo rendimiento y estimacion, agradeciendo entonces la confianza que se hacia de su persona, con las mismas veras que sintió despues la desconfianza. Publicóse la resolucion, y fué bien recibida entre los que deseaban el acierto; pero murmurada de los que deseaban el cargo: entre los cuales sacáron la cara con mayor osadía los parientes de diego Velazquez, que hiciéron grandes esfuerzos para desconfiarle de Hernan Cortes. Decíanle: *Que fiaba mucho de un hombre poco arrai-*

gado en su obligacion: que si volvia los ojos á su modo de obrar y discurrir, le hallaria de ánimo poco seguro, porque no solian andar juntas su intencion y sus palabras: que su agrado y liberalidad tenian mucho de astucia, y le hacian sospechoso á los que no se gobiernan por las apariencias de la virtud: porque cuidaba demasiadamente de ganar voluntades; y los amigos cuando son muchos, suelen abultar como parciales: que se acordase de que le tuvo preso y disgustado, y que pocas veces salen buenos los confidentes que se hacen de los quejosos: porque en las heridas del ánimo quedan cicatrices como en las demas, y suelen estas acordar la ofensa, cuando se mira como posible la venganza. A que añadian otras razones de mas ruido que substancia, sin acertar con el camino de la sinceridad, porque querian parecer zelozos para disimular que lo estaban.

Cuentan que saliendo un dia á pasearse diego Velazquez con Hernan Cortes, y con sus parientes y amigos, le dijo un loco gracioso, de cuyos delirios gustaba: *Buena la has hecho, amigo diego: presto será menester otra armada para salir*

á caza de Cortes. Y hay quien lo refiera como vaticinio, ponderando lo que suelen acertar los locos, y la impresion que hizo esta profecía (así se resuelven á llamarla) en el ánimo de diego Velazquez. Dejemos á los filósofos el discurrir sobre si cabe el acierto de las cosas futuras entre los errores de la imaginacion, ó si es posible á la destemplenza del juicio el encontrar con la adivinacion: que ellos gastarán el ingenio en fingir habilidades a la melancolía, y nosotros creerémos que lo dijo el loco porque le impusiéron en ello los émulos de Cortes; y que andaba pobre de medios la malicia, cuando se llegaba á socorrer de la locura.

Pero diego Velazquez mantuvo á rostro firme su resolucion, y Hernan Cortes trató de ganar el tiempo en sus prevenciones. Fué la primera arbolar su estandarte, poniendo en él por empresa la señal de la cruz, con una letra latina, cuya version era: *SIGAMOS LA CRUZ, QUE EN ESTA SEÑAL VENCERÉMOS*. Dejóse ver con galas de soldado, que parecian bien en su talle, y venian mejor á su inclinacion: empezó á gastar liberalmente el caudal con que se hallaba, y el dinero que pudo juntar entre sus

amigos, en comprar vituallas, y prevenirse de armas y municiones para ayudar al apresto de la armada, cuidando al mismo tiempo de atraer y ganar la gente que le habia de seguir : en que fué menester poca diligencia, porque el ruido de las cajas tenia sus ecos en el nombre de la empresa y en la fama del capitan. Alistáronse en pocos dias trescientos soldados, y entre ellos sentáron plaza diego de Ordaz, criado principal del gobernador, francisco de Morla, Bernal Diaz del Castillo, escritor de nuestra historia, y ortros hidalgos que se irán nombrando en su lugar.

Llegó el tiempo de la partida, y se ordenó á la gente con bando público que se embarcase; lo cual se ejecutó de dia, concurriendo el pueblo : y aquella misma noche fué Hernan Cortes acompañado de sus amigos á la casa del Gobernador, donde se despidiéron los dos dándose los brazos y las manos con amigable sinceridad; y la mañana siguiente le accompañó diego Velazquez hasta la marina, y asistió á la embarcacion : circunstancias menores, que hacen poco en la narracion, y se pudieran omitir, si no fueran necesarias para borrar la

temprana ingratitud con que manchan á Cortes los que dicen que salió del puerto alzado con la armada. Así lo refieren antonio de Herrera y todos los que lo trasladan; afirmando con poca razon que en el medio silencio de la noche convocó á los soldados por sus casas, y se embarcó furtivamente con ellos; y que saliendo al amanecer diego Velazquez en siguimento de esta novedad, se acercó á él en un barco guarnecido de gente armada, y le dió á entender con despego y libertad su inobediencia. Nosotros seguimos à Bernal Diaz del Castillo, que dice lo que vió, y lo mas semejante á la verdad: pues ne cabe en humano discurso que un hombre tan avisado como Hernan Cortes, cuando tuviera entonces esta resolucion, se adelantase à desconfiar descubiertamente á diego Velazquez, hasta salir de su jurisdiccion, pues habia de tocar con la armada en otros lugares de la misma isla, para recoger los bastimentos y la gente que le aguardaba en ellos: ni cuando diéramos en su entendimiento y sagacidad esta inadvertencia, parece creible que en un lugar de tan corta poblacion como era entonces la villa de Santiago, se pu-

diesen embarcar tescientos hombres llamados de noche por sus casas, y entre ellos diego de Ordaz y otros familiares del gobernador, sin que hubiese uno entre tantos que le avisase de aquella novedad, ó despertasen los que observaban sus acciones al ruido de tanta conmocion: admirable silencio en los unos, y extraordinario descuido en los otros. No negarémos que Hernan Cortes se apartó de la obedieneia de diego Velazquez, pero fué despues, y con la causa que verémos.

CAPÍTULO XI.

Pasa Cortes con la armada á la villa de la Trinidad, donde la refuerza con número considerable de gente: consiguen sus émulos la desconfianza de Velazquez, que hace vivas diligéncias para detenerle.

PARTIÓ la armada del puerto de Santiago de Cuba en diez y echo de noviembre del año de mil quinientos y diez y ocho; y costeando la isla por la banda del norte, hácia el oriente, llegó en pocos dias á la villa de la Trinidad, donde tenia Cortes algunos amigos que le hiciéron grata acogida. Publicó luego su jornada, y se ofreciéron á seguirle en ella juan de Esca

lante, pedro Sanchez Farfan, gonzalo Mejía, y otras personas principales de aquella poblacion. Llegáron poco despues en seguimiento pedro de Alvarado y alonso Dávila, que fuéron capitanes en la entrada de juan de Grijalva, y cuatro hermanos de pedro de Alvarado que se llamaban gonsalo, jorge, Gomez y juan de Alvarado. Pasó la noticia á la villa de Sancti Spíritus, que estaba poco distante de la Trinidad, y de ella viniéron con el mismo intento de seguir á Cortes alonso Hernandez Portocarrero, gonzalo de Sandoval, rodrigo Rangel, juan Velazquez de Leon, pariente del gobernador, y otras personas de calidad, cuyos nombres tendrán mejor lugar cuando se refieran sus hazañas. Con este refuerzo de gente noble, y con otros cien soldados que se juntáron de ambas poblaciones, iba tomando considerable cuerpo la armada; y al mismo tiempo se compraban bastimentos, municiones, armas y algunos caballos, ayudando todos á Cortes con su caudal y con sus diligencias; porque sabia grangear los ánimos con el agrado y con las esperanzas, y ser superior sin dejar de ser compañero.

Pero apenas volvió las espaldas al puerto

de Santiago, cuando sus émulos empezáron à levantar la voz contra él, hablando ya en su inobediencia con aquel atrevimiento cobarde que suele facilitar los cargos del ausente. Oyólos diego Velazquez; y aunque fué con desagrado, reconociéron en su ánimo una seguridad inclinada al rezelo, y fácil de llevar hácia la desconfianza; para cuyo fin se ayudáron de un viejo, que llamaban juan Millan, hombre que sin dejar de ser ignorante profesaba la astrología; loco de otro género, y loçura de otra especie. Este, inducido de los demas, le dijó con grandes prevenciones del secreto algunas palabras misteriosas de la incierta seguridad de aquella armada, dándole á entender que hablaban en su lengua las estrellas: y aunque diego Velazquez tenia entendimiento para conocer la vanidad de estos pronósticos, pudo tanto el hablarle à propósito de lo que temia, que el despreciar al astrólogo fué principio de creer á los demas.

De tan débiles principios como estos nació la primera resolucion que tomó diego Velazquez de romper con Hernan Cortes, quitàndole el gobierno de la armada. Despachó luego dos correos á la

villa de la Trinidad, con cartas para todos sus confidentes, y una órden expresa para que francisco Verdugo, su cuñado, que entonces era su alcalde mayor en aquella villa, le desposeyese judicialmente de la capitanía general; suponiendo que ya estaba revocado el título con que la servia; y nombrada persona en su lugar. Llegó brevemente á noticia de Cortes este contratiempo; y sin rendir el ánimo á la dificultad del remedio, se dejó ver de sus amigos y soldados, para saber como tomaban el agravio de su capitan, y conocer si podia fiarse de su razon en el juicio que hacian de ella los demas. Hallólos à todos no solo de su parte, sino resueltos á defenderle de semejante injuria, sin negarse al último empeño de las armas. Y aunque diego de Ordaz y juan Velazquez de Leon estuviéron algo remisos, como mas dependientes del gobernador, se redujéron fácilmente á lo que no pudieran resistir: con cuya seguridad pasó despues á verse con el alcalde mayor, sabiendo ya lo que llevaba en su queja. Ponderóle cuanto aventuraba en ponerse de parte de aquella sinrazon, disgustando à tanta gente principal como le seguia, y cuanto se podia temer la irrita-

cion de los soldados, cuya voluntad habia grangeado para servir mejor oon ellos á diego Velazquez, y le embarazaba ya para poder obedecerle: hablando en uno y otro con un genero de resolucion, que sin dejar de ser modestia, estaba lejos de parecer humildad ó falta de espíritu. Conoció francisco Verdugo la razon que le asistia, y poco inclinado por su misma generosidad à ser instrumento de semejante violencia, le ofreció no solamente suspenderla órden, sino replicar à ella, y escribir á diego Velazquez para que desistiese de aquella resolucion: que ya no era practicable por el disgusto de los soldados, ni se podria ejecutar sin graves inconvenientes. Ofreciéron lo mismo diego de Ordaz, y los demas que tenian con él alguna autoridad; cuyo medio se ejecutó luego, y Hernan Cortes le escribió tambien, doliéndose amigablemente de su desconfianza, sin ponderar su desaire, ni olvidar el rendimiento, como quien se hallaba obligado á quejarse, y deseaba no tener razon de parecer quejoso, ni ponerse en términos de agraviado.

CAPITULO XII.

Pasa Hernan Cortes desde la Trinidad á la Habana, donde consigue el último refuerzo de la armada, y padece segunda persecucion de diego Velazquez.

HECHA esta diligencia, que pareció entonces bastante para sosegar el ánimo de diego de Velazquez, trató Hernan Cortes de proseguir su navegacion: y enviando por tierra á pedro de Alvarado con parte de los soldados, para que cuidase de conducir los caballos, y hacer alguna gente en las estancias del camino, partió con la armada al puerto de la Habana, último parage de aquella isla, por donde empieza lo mas occidental de ella á dejarse ver del septentrion. Saliéron los navios de la Trinidad con viento favorable: pero sobreviniendo la noche se desviáron de la capitana donde iba Cortes, sin observar como debian su derrota, ni echarle menos hasta qne la luz del dia les puso á la vista el error de sus pilotos: y empeñados ya en proseguirle, continuáron su viage, y llegáron al puerto, donde saltó la gente en tierra. Hospedóla con agasajo y liberalidad pedro de

Barba, que á la sazon era gobernador de la Habana por diego Velazquez, y andaban todos pesarosos de no haber esperado á su capitan ó vuelto en su demanda; sin pasar entonces con el discurso à mas que prevenir sus disculpas para cuando llegase.

Pero viendo que tardaba mas de lo que parecia posible, sin haberle sucedido algun fracaso, empezáron á inquietarse divididos en varias opiniones: porque unos clamaban que volviesen dos ó tres bajeles á buscarle por las islas de aquella vecindad; otros proponian que se nombrase gobernador en su ausencia; y algunos tenian por intempestiva ó sospechosa esta proposicion: y como no habia quien mandase, resolvian todos, y ninguno ejecutaba. El que mas insistia en la opinion de que se nombrase Gobernador era diego de Ordaz, que como primero en la confianza de diego Velazquez, queria preferirse á todos y hallarse con el ínterin para estar mas cerca de la propriedad: pero despues de siete dias que duráron estas diferencias, llegó á salvamento Hernan Cortes con su capitana.

Fué la causa de su detencion, que aquella noche navegando la armada so-

bre unos bajos, que estan entre el puerto de la Trinidad y el cabo de san Anton, poco distantes de la isla de Pinos, tocó en ellos la capitana, como navío de mayor porte, y quedó encallada en la arena, de suerte que estuvo á pique de zozobrar: accidente de gran cuidado, en que se empezó á descubrir y acreditar el espíritu y la actividad de Cortes; porque animando á todos á vista del peligro, supo templar la diligencia con el sosiego, y obrar lo que convenia sin detenerse ni apresurarse. Su primer cuidado fué que se echase el esquife á la mar; y luego ordéno que en él se fuese transportando la carga del navío á una isleta ó arrecife de arena que estaba à la vista: por cuyo medio le aligeró hasta que pudo nadar sobre los bajíos; y scándole despues al agua, volvió á cobrar la carga, y prosiguió su derrota; habiendo gastado en esta obra los dias de su detencion, y salido de aquel aprieto con tanto crédito como felicidad.

Alojóle Pedro de Barba en su misma casa; y fué notable la aclamacion con que le recibió la gente; cuyo número empezó luego á crecer, alistándose por sus soldados algunos vecinos de la Habana, y

entre ellos francisco de Montejo, que fué despues adelantado de Yucatan, diego de Soto el de Toro, Garci Caro, juan Sedeño, y otras personas de calidad y acomodadas que autorizáron la empresa, y ayudáron con sus haciendas al último apresto de la armada. Gastáronse en estas prevencionos algunos dias; pero no sabia Cortes perder el tiempo que se detenia; y así ordenó que se sacase á tierra la artillería, que se limpiasen y probasen las piezas, observando los artilleros el alcance de las balas: y por haber en aquella tierra copia de algodon, mandó hacer cantidad de armas defensivas de unos colchados en forma de casacas que llamaban escaupiles: invencion de la necesidad, que aprobó despues la experiencia, dando à conocer que un poco de algodon flojamente punteado y sujeto entre dos lienzos, era mejor defensa que el acero para resistir á las flechas y dardos arrojadizos de que usaban los indios; porque perdian la fuerza entre la misma flojedad del reparo, y quedab an sin actividad para ofender á otro con la resulta del golpe.

Al mismo tiempo hacia que los soldados se habilitasen en el uso de los arcabuces

y las ballestas, y se enseñasen á manejar la pica, á formar y desfilar en escuadron, á dar una carga, y á ocupar un puesto, adiestrándolos él mismo con la voz y con el ejemplo en estos ensayos ó rudimentos del arte militar, como lo observaban los antiguos capitanes, que fingian las batallas y los asaltos para enseñar á los visoños la verdad de la guerra; cuya disciplina practicada cuidadosamente en el tiempo de la paz, tuvo tanta estimacion entre los romanos, que de este ejercicio tomáron el nombre los ejércitos.

Al mismo paso y con el mismo fervor se iba caminando en las demas prevenciones; pero cuando estaban todos mas gustosos con la vecindad del dia señalado para la partida, llegó á la Habana gaspar de Garnica, criado de diego Velazquez, con nuevos despachos para pedro de Barba, en que le ordenaba, sin dejarle arbitrio, que quitase luego la armada á Cortes, y se le enviase preso con toda seguridad: ponderándole cuan irritado quedaba con francisco Verdugo, porque le dejó pasar de la Trinidad; y dándole à entender con este enojo lo que aventuraba en no obedecerle con mayor reso-

lucion. Escribió tambien à diego de Ordaz y á juan Velazquez de Leon, que asistiesen á pedro de Barba en la ejecucion de esta órden. Pero no faltó quien avisase á Cortes con el mismo Garnica de todo lo que pasaba, exhortandole á que mirase por sí, pues el que le hizo el beneficio de fiarle aquella empresa, trataba de quitársela con tanto desdoro suyo, y le libraba del riesgo de ingrato, arrojándole violentamente de la obligacion en que le habia puesto.

CAPÍTULO XIII.

Resuélvese Hernan Cortes á no dejarse atropellar de diego Velazquez: motivos justos de esta resolucion, y lo demas que pasó hasta que llegó el tiempo de partir de la Habana.

Aunque Hernan Cortes era hombre de gran corazon, no pudo dejar de sobresaltarse con esta noticia, que traia de mas sensible todo aquello que tuvo de menos esperada; porque estaba creyendo que diego Velazquez se habria dado por satisfecho de lo que escribiéron y aseguráron todos en respuesta de la primera órden que llegó á la villa de la Trinidad. Pero viendo que esta nueva órden venia ya

con señales de obstinacion irremediable, empezó á discurrir con menos templanza en el modo de volver por sí. Considerábase por una parte aplaudido y aclamado de todos los que le seguian, y por otra abatido y condenado á una prision como delincuente. Reconoció que diego Velazquez tenia empleado algun dinero en la primera formacion de aquella armada; pero que tambien era suya y de sus amigos la mayor parte del gasto, y todo el nervio de la gente. Revolvia en su imaginacion todas las circunstancias de su agravio: y poniendo los ojos en los desaires que habia sufrido hasta entonces, se volvia contra sí, llegando á enojarse con su paciencia, y no sin alguna causa; porque esta virtud se deja irritar y afligir dentro de los límites de la razon: pero en pasando de ellos declina en bajeza de ánimo y en falta de sentido. Congojábale tambien el mal logro de aquella empresa, que se perderia enteramente si él volviese las espaldas: y sobre todo le apretaba en lo mas vivo del corazon él ver aventurada su honra; cuyos riesgos en quien sabe lo que vale tienen el primer lugar en la defensa natural.

Sobre estos discursos, á esto tiempo y

con esta irritacion, tomó Hernan Cortes la primera resolucion de romper con diego Velazquez; de que se convence lo poco que le favoreció antonio de Herrera, poniendo este rompimiento en la ciudad de Santiago, y en un hombre acabado de obligar. Estamos á lo que refiere Bernal Diaz del Castillo en esta noticia; y no es el autor mas favorable, porque gonzalo Fernandez de Oviedo asienta que se mantuvo en la dependencia del gobernador diego Velazquez, hasta que ya dentro de Nueva España llegó el caso de obrar por sí, dando cuenta al emperador de los primeros sucesos de su conquista.

No parezca digresion agena del asunto el habernos detenido en preservar de estos primeros deslucimientos á nuestro Hernan Cortes. Tan lejos tenemos las causas de la lisonja en lo que defendemos, como las del odio en lo que impugnamos: pero cuando la verdad abre camino para desagraviarlos principios de un hombre que supo hacerse tan grande con sus obras, debemos seguir sus pasos, y complacernos de que sea lo mas cierto lo que está á su fama.

Bien conocemos que no se debe callar

en la historia lo que se tuviere por culpable, ni omitir lo que fuere digno de reprension, pues sirven tanto en ella los ejemplos que hacen aborrecible el vicio, como los que persuaden á la imitacion de la virtud; pero esto de inquirir lo peor de las acciones, y referir como verdad lo que se imaginó, es mala inclinacion del ingenio, y culpa conocida en algunos escritores que leyéron á cornelio Tácito con ambicion de imitar lo inimitable; y se persuaden à que le beben el espíritu en lo que malician ó interpretan con menos artificio que veneno.

Volviendo pues à nuestra narracion, resuelto ya Hernan Cortes á que no le convenia disimular su queja, ni era tiempo de consejos, medios que ordinariamente son enemigos de las resoluciones grandes, trató de mirar por sí, usando de la fuerza con que se hallaba segun la hubiese menester: y antes que pedro de Barba se determinase á publicar la órden que tenia contra él, puso toda su diligencia en apartar de la Habana á diego de Ordaz, de quien se rezelaba mas, despues que supo los intentos que tuvo de hacerse nombrar por gobernador en su ausencia: y así le ordenóque se embarca-

se luego en uno de los bajeles, y fuese á Guanicano, poblacion situada de la otra parte del cabo de S. anton; para recoger unos bastimentos que se habian encaminado por aquel parage mientras él llegaba con el resto de la armada; y asistiendo á la ejecucion de esta órden con sosegada actividad, se halló brevemente desembarazado del sujeto que podia hacerle alguna oposicion, y pasó á verse con juan Velazquez de Leon, à quien redujo fácilmente á su partido, porque estaba algo desabrido con su pariente, y era hombre de mas docilidad y menos artificio que diego de Ordaz.

Con estas prevenciones se dejó ver de sus soldados, publicando la nueva persecucion de que estaba amenazado: corrió la voz, y viniéron todos á ofrecérsele, conformes en la resolucion de asistirle, aunque diferentes en el modo de darse á entender, porque los nobles manifestaban su ánimo como efecto natural de su obligacion; pero los demas tomáron su causa con sobrado fervor, rompiendo en voces descompuestas que llegáron á poner en cuidado al mismo que favorecian, verificándose en su inquietud y en sus amenazas lo que suele perder la

razon cuando se deja tratar de la muchedumbre.

Pero antes que tomase cuerpo este primer movimiento de la gente, conociendo pedro de Barba lo que aventuraba en la dilacion, buscó á Hernan Cortes, y entró desarmando todo aquel aparato con decir á voces que no trataba de poner en ejecucion la órden de diego Velazquez, ni queria que por su mano se obrase una sinrazon tan conocida; con que se convirtiéron las amenazas en aplausos: y aseguró luego la sinceridad de su ánimo, despachando públicamente á gaspar de Garnica con una carta para diego Velazquez, en que le decia que ya no era tiempo de detener à Cortes, porque se hallaba con mucha gente para dejarse maltratar, ó reducirse á obedécer; y le ponderaba no sin encarecimiento la inquietud que ocasionó su órden en aquellos soldados, y el peligro en que se vió aquel pueblo de alguna turbacion: concluyendo la carta con aconsejarle que llevase á Cortes por el camino de la confianza, cobrando el beneficio pasado con nuevos beneficios, y se aventurase á fiar de su agradecimiento lo que ya no se podia esperar de la persuasion ni de la fuerza.

Hecha esta diligencia, se puso todo el cuidado en abreviar la partida; y fué necesario para sosegar la gente, que mal hallada al parecer sin la cólera que habia concebido, volvia nuevamente á inquietarse con una voz qne corrió, de que diego Velazquez trataba de venir á ejecutar personalmente aquella violencia, como dicen que lo tuvo resuelto; pero aventurara mucho, y no lo hubiera conseguido, porque suele ser flaco argumento el de la autoridad para disputar con los que tienen la razon y la fuerza de su parte.

CAPÍTULO XIV.

Distribuye Cortes los cargos de su armada: parte de la Habana, y llega á la isla de Cozumel, donde pasa muestra, y anima á sus soldados á la empresa.

HABÍASE agregado un bergantin de mediano porte á los diez bajeles que estaban prevenidos; y asi formó Cortes de su gente once compañías dando una á cada bajel: para cuyo gobierno nombró por capitanes á juan Velazquez de Leon, alonzo Hernandez Portocarrero, francisco de Montejo, cristoval de Olid, juan

de Escalante, francisco de Moral, pedro de Alvarado, francisco Saucedo y diego de Ordaz, que no le apartó para olvidarle, ni se resolvió á tenerle ocioso dejándolo desobligado: y reservando para sí el gobierno de la capitana, encargó el bergantin á gines de Nortes. Dió tambien el cuidado de la artillería á francisco de Orozco, soldado de reputacion en las guerras de Italia, y el cargo de piloto mayor á anton de Alaminos, diestro en aquellos mares, por haber tenido esta misma ocupacion en los dos viages de francisco Fernandez de Córdova y juan de Grijalva. Formó sus instrucciones, previniendo con cuidadosa prolijidad las contingencias; y llegado el dia de la embarcacion, se dijo con solemnidad una misa del Espíritu santo, que oyéron todos con devocion, poniendo á Dios en el principio, para asegurar los progresos de la obra que emprendian; y Hernan Cortes en el primer acto de su jurisdiccion dió para el regimiento de la armada el nombre de san Pedro; que fué lo mismo que invocarle y reconocerle por patron de aquella empresa, como lo habia sido de todas sus acciones desde sus primeros años. Ordenó luego á pedro de Alvarado

que adelantándose por la banda del norte, buscase en Guanicanico á diego de Ordaz, para que juntos le esperasen en el cabo de san Anton, y á los demas que siguiesen la capitana; y en caso que el viento ó algun accidente los apartase, tomasen el rumbo de la isla de Cozumel, que descubrió juan de Grijalva, poco distante de la tierra que buscaban, donde se habia de tratar y resolver lo que conviniese para entrar en ella y proseguir el intento de su jornada.

Partiéron últimamente del puerto de la Habana en diez de febrero del año de mil y quinientos y diez y nueve, favorecidos al principio del viento; pero tardó poco en declararles su inconstancia; porque al caer del sol se levantó un recio temporal que los puso en grande turbacion; y al cerrar de la noche fué necesario que los bajeles se apartasen para no ofenderse, y corriesen impetuosamente dejándose llevar del viento, y eligiendo como voluntaria la velocidad que no podian resistir. El navío que gobernaba francisco de Moral padeció mas que todos; porque un embate de mar le llevó de traves el timon, y le dejó á pique de perderse. Hizo diferentes llamadas, con que puso

en nuevo cuidado á los compañeros, que atentos al peligro ageno, sin olvidar el propio, hiciéron cuanto les fué posible para mantenerse cerca forcejando á veces, y á veces contemporizando con el viento. Cesó la tormenta con la noche; y cuando se pudiéron distinguir con la primera luz los bajeles, acudió Cortes, y se acercáron todos al que zozobraba; y á costa de algúna detencion se remedió el daño que habia padecido.

En este tiempo pedro de Alvarado, que como vimos se adelantó en busca de diego de Ordaz, se halló con el dia arrojado de la tempestad mas dentro del golfo, que pensaba: porque el mismo cuidado de apartarse de la tierra que iba costeando le obligó à correr sin reserva, tomando como seguridad el peligro menor. Reconoció el piloto por la brújula y carta de marear que habian decaido tanto del rumbo que traian, y se hallaban ya tan distantes del cabo de S. anton, que seria temeridad el volver atras; y propuso como conveniente el pasar de una vez á la isla de Cozumel. Dejólo á su arbitrio pedro de Alvarado, acordándole con flojedad la órden que traia de Hernan Cortes, que fué lo mismo que dispen

sarla; y así continuáron su viage, y surgiéron en la isla dos dias antes que la armada. Saltáron en tierra con ánimo de alojarse en un pueblo vecino á la costa, que el capitan y algunos de los soldados conocian ya desde el viage de juan de Grijalva; pero le halláron despoblado, porque los indios que le habitaban al reconocer el desembarco de los extrangeros dejáron sus casas, retirándose la tierra adentro con sus pobres alhajas: pequeño estorbo de la fuga.

Era pedro de Alvarado mozo de espíritu y valor, hecho á obedecer con resolucion; pero nuevo en el mandar para tomarla por sí. Engañóse creyendo que mientras llegase la armada seria virtud en un soldado todo lo que no fuese ociosidad; y así ordenó que marchase la gente á reconocer lo interior de la isla; y á poco mas de una legua halláron otro lugar despoblado tambien, poro no tan desproveido como el primero, porque habia en él alguna ropa, gallinas y otros bastimentos que se aplicáron los soldados, como bienes sin dueño, ó como despojos de la guerra que no habia: y entrando en un adoratorio de aquellos sus ídolos abominables, halláron algunas joyuelas ó pen-

dientes que servian á su adorno; y algunos instrumentos del sacrificio hechos de oro con mezcla de cobre, que aun siendo baladí, se les hacia ligero: jornada sin utilidad ni consejo, que solo sirvió de escarmentar á los naturales de la isla, y embarazar el intento que se llevaba de pacificarlos. Conoció aunque tarde pedro de Alvarado, que era licencia lo que tuvo por actividad; y asi se retiró con su gente al primer alojamiento, haciendo en el camiuo tres prisioneros, dos indios y una india, desgraciados en huir, que se diéron sin resistencia.

Llegó la armada el dia siguiente, habiendo recogido el bajel de diego de Ordaz; porque Hernan Cortes le avisó desde el cabo de San anton que viniese á incorporarse con ella, temiendo la contingencia de que se hubiese descaminado con la tempestad pedro de Alvarado, que la traia cuidadoso; y aunque se alegró interiormente de hallarle ya en salva mento, mandó prender al piloto, y reprehendió ásperamente al capitan porque no habia guardado y hecho guardar su órden, y por el atrevimiento de hacer entrada en la isla, y permitir á sus soldados que saqueasen el lugar donde llegáron:

sobre lo cual le dijo algunos pesares en público, y con toda la voz, como quien deseaba que su reprehension fuese doctrina para los demas. Llamó luego á los tres prisioneros, y por medio de Melchor el intérprete (que venia solo en esta jornada, porque habia muerto su compañero) les dió á entender lo que sentia el mal pasage que hiciéron á su pueblo aquellos soldados; y mandando que se les restituyese el oro y la ropa que ellos mismos eligiéron, los puso en libertad, y les dió algunas bujerías que llevasen de presente á sus caciques, para que á vista de estas señales de paz perdiesen el miedo que habian concebido.

Alojóse la gente en el puerto mas vecino á la costa; y descansó tres dias sin pasar adelante por no aumentar la turbacion de los isleños. Pasó muestra en escuadron el ejército, y se halláron quinientos y ocho soldados, diez y seis caballos, y ciento y nueve, entre maestres, pilotos, y marineros, sin los dos capellanes, el licenciado juan Diaz, y el padre fray bartolomé de Olmedo, religioso de la órden de nuestra señora de la Merced, que asistiéron á Cortes hasta el fin de la conquista.

Pasada la muestra volvió á su alojamiento acompañado de los capitanes y soldados mas principales; y tomando entre ellos lugar poco diferente, les habló en esta substancia: *Cuando considero, amigos y compañeros mios, como nos ha juntado en esta isla nuestra felicidad, cuantos estorbos y persecuciones dejamos atras, y como se nos han deshecho las dificultades, conozco la mano de dios en esta obra que emprendemos; y entiendo que en su altísima providencia es lo mismo favorecer los principios, que prometer los sucesos. Su causa nos lleva, y la de nuestro rey, que tambien es suya, á conquistar regiones no conocidas; y ella misma volverá por sí, mirando por nosotros. No es mi ánimo facilitaros la empresa que acometemos: combates nos esperan sangrientos, facciones increibles, batallas desiguales, en que habréis menester socorreros de todo vuestro valor: miserias de la necesidad, inclemencias del tiempo y asperezas de la tierra, en que os será necesario el sufrimiento, que es el segundo valor de los hombres, y tan hijo del corazon como el primero: que en la guerra mas veces sirve la paciencia que las manos; y quizá por esta razon*

tuvo Hércules el nombre de invencible, y se llamáron trabajos sus hazañas. Hechos estais á padecer, y hechos á pelear en esas islas que dejais conquistadas: mayor es nuestra empresa, y debemos ir prevenidos de mayor osadía, que siempre son las dificultades del tamaño de los intentos. La antigüedad pintó en lo mas alto de los montes el templo de la Fama y su simulacro en lo mas alto del templo: dando á entender que para hallarla, aun despues de vencida la cumbre, era menester el trabajo de los ojos. Pocos somos, pero la union multiplica los ejércitos, y en nuestra conformidad está nuestra mayor fortaleza: uno, amigos, ha de ser el consejo en cuanto se resolviere, una la mano en la ejecucion, comun la utilidad, y comun la gloria en lo que se conquistare. Del valor de cualquiera de nosotros se ha de fabricar y componer la seguridad de todos. Vuestro caudillo soy, y seré el primero en aventurar la vida por el menor de los soldados: mas tendréis que obedecer á mi ejemplo, que á mis órdenes; y puedo aseguraros de mí, que me basta el ánimo á conquistar un mundo entero, y aun me lo promete el corazon con no sé qué mo-

vimiento extraordinario, que suele ser el mejor de los presagios. Alto pues á convertir en obras las palabras; y no os parezca temeridad esta confianza mia, pues se funda en que os tengo á mi lado, y dejo de fiar de mí todo lo que espero de vosotros.

Asi los persuadia y animaba, cuando llegó noticia de que se habian dejado ver algunos indios á pequeña distancia, y aunqne al parecer venian desunidos y sin aparato de guerra, mandó Cortes que se previniese la gente sin ruido de cajas, y que estuviese encubierta al abrigo del mismo alojamiento, hasta ver si se acercaban, y con qué determinacion.

CAPÍTULO XV.

Pacifica Hernan Cortes los isleños de Cozumel, hace amistad con el cacique, derriba los ídolos, da principio á la introduccion del evangelio, y procura cobrar unos españoles que estaban prisioneros en Yucatan.

Estaban los indios en paqueñas tropas discurriendo al parecer entre sí, como quien observaba el movimiento, y se animaba en la quietud de nuestra gente. Ibanse acercando los mas atrevidos,

como estos no recibian daño, se atrevian los cobardes, con que en breve rato llegáron algunos al cuartel, y halláron en Cortes y en los demas tan favorable acogida, que convocáron á sus compañeros. Viniéron muchos aquel dia, y andaban entre los soldados con alegre familiaridad, tan hallados con sus huéspedes que apenas se les conocia la admiracion: antes se portaban como gente enseñada á tratar con forasteros. Habia en esta isla un ídolo muy venerado entre aquellos bárbaros, cuyo nombre tenia inficionada la devocion de diferentes provincias de la tierra firme, que frecuentaban su templo en continuas peregrinaciones; y así estaban los isleños de Cozumel hechos á comerciar con naciones extrangeras, de diversos trages y lenguas; por cuya causa, ó no extrañarian la novedad de nuestra gente, ó la extrañarian sin encogimiento. Aquella noche se retiráron todos á sus casas, y el dia siguiente vino el cacique principal de la isla á visitar á Cortes con grande aunque deslucido acompañamiento, trayendo él mismo su embajada y su regalo. Recibióle con agasajo y cortesía, y por medio del intérprete le aseguró de su benevolencia, y le ofreció

su amistad y la de su gento; á que respondió que la admitia, y que era hombre que la sabria mantener. Oyóse entre los indios que le acompañaban uno que al parecer repetia mal pronunciado el nombre de Castilla; y Hernan Cortes, en quien nunca el divertimiento llegaba á ser descuido, reparó en ello, y mandó al intérprete que averiguase la significacion de aquella palabra; cuya advertencia, aunque pareció entonces casual, fué de tanta consideracion para facilitar la conquista de Nueva España, como verémos despues.

Decia el indio que nuestra gente se parecia mucho á unos prisioneros que estaban en Yucatan, naturales de una tierra que se llamaba Castilla; y apenas lo oyó Cortes cuando resolvió ponerlos en libertad, y traerlos en su compañíá. Informóse mejor; y hallando que estaban en poder de unos indios principales, que residian dos jornadas la tierra adentro de Yucatan, comunicó su intento al cacique, para que le dijese si eran indios guerrerós los que tenian en su dominio aquellos cristianos; y con qué fuerza se podria conseguir el sacarlos de la esclavitud? Respondióle con pronta y notable ad-

vertencia, que seria lo mas suguro tratar de rescatarlos á trueque de algunas dádivas; porque entrando de guerra, se expondria á que matasen los esclavos, y á no quedar airoso con el castigo de sus dueños. Abrazó Hernan Cortes su consejo, admirándose de hallar tan buena política en el cacique, á quien debió de enseñar algo de la razon que llaman de estado aquello poco que tenia de príncipe.

Dispuso luego que diego de Ordaz pasase con su bajel y con la gente de su cargo á la costa de Yucatan por la parte mas vecina á Cozumel, que serian cuatro leguas de travesía, y que echase en tierra los indios que señaló el mismo cacique para esta diligencia; los cuales lleváron carta de Cortes para los prisioneros, con algunas bujerías que sirviesen de precio á su rescate; y diego de Ordaz órden para esperarlos ocho dias, en cuyo término efreciéron los indios volver con la respuesta.

Entretanto Cortes marchó con su gente unida á reconocer la isla, no porque le pareciese necesario ir en defensa, sino porque no se desmandasen los soldados, y recibiesen algun daño los naturales. Decíales: *que aquella era una pobre*

gente sin resistencia, cuya sinceridad pedia como deuda el buen tratamiento, y cuya pobreza ataba las manos à la codicia : qùe de aquel pequeño pedazo de tierra no se habia de sacar otra riqueza que la buena fama. Y no penséis, proseguia, *que la opinion que aquí se ganare se estrecha á los cortos límites de una isla miserable; pues el concurso de los peregrinos que suelen acudir á ella, como habeis entendido, llevará vuestro nombre à otras regiones, donde habrémos menester despues el crédito de piadosos y amigos de la razon, para facilitar nuestros intentos, y tener menos que pelear donde haya mas que adquirir.* Con estas y otras amigables pláticas los llevaba contentos y reprimidos. Iban siempre acompañados del cacique y de muchos indios que acudian con bastimentos, y pasaban cuentas de vidrio por buena moneda, creyendo que hacian á los compradores el mismo engaño que padecian.

Á poco trecho de la costa se halláron en el templo de aquel ídolo tan venerado, fábrica de piedra en forma cuadrada, y de no despreciable arquitectura. Era el ídolo de figura humana, pero de horrible

aspecto y espantosa fiereza, en que se dejaba conocer la semejanza de su original. Observóse esta misma circunstancia en todos los ídolos que adoraba aquella gentilidad diferentes en la hechura y en la significacion, pero conformes en lo feo y abominable, ó acertasen aquellos bárbaros en lo que fingian, ó fuese que el demonio se les aparecia como es, y dejaba en su imaginacion aquellas especies; con que seria primorosa imitacion del artífice la fealdad del simulacro.

Dicen que se llamaba este ídolo Cozumel, y que dió á la isla el nombre que se conserva hoy en ella, mal conservado si es el mismo que el demonio tomó para sí: falta de advertencia que se ha vinculado en los mapas contra toda razon. Habia gran concurso de indios cuando llegáron los españoles, y en medio de ellos estaba un sacerdote, que se diferenciaba de los demas en no sé que ornamento ó media vestidura, de que tenia mal cubiertas las carnes, y al parecer les predicaba ó inducia con voces y ademanes dignos de risa; porque desvariaba en tono de sermon, y con toda aquella gravedad y ponderacion que cabe en un hombre desnudo. Interrumpióle Cortes,

y vuelto al cacique, le dijo: *que para mantener la amistad, que entre los dos tenian asentada, era necesario que dejase la falsa adoracion de sus ídolos, y que á su ejemplo hiciesen lo mismo sus vasallos*. Y apartándose con él y con el intérprete, le dió á entender su engaño, y la verdad de nuestra religion, con argumentos manuales, acomodados á la rudeza de sus oidos; pero tan eficaces que el indio quedó asombrado sin acertar á responder, como quien tenia entendimiento para conocer su ignorancia. Cobróse, y pidió licencia para comunicar aquel negocio á los sacerdotes; porque en puntos de religion les dejaba ó les cedia la suprema autoridad. De cuya conferencia resultó el venir aquel venerable predicador, acompañado de otros de su profesion, y el dar todos grandes voces; que descifradas por el intérprete, contenian diferentes protestas de parte del cielo contra cualquiera que se atreviese á turbar el culto de sus dioses; intimando que se veria el castigo al mismo instante que se intentase el atrevimiento. Irritóse Cortes de oir semejante amenaza, y los soldados hechos á observar su semblante, conociéron su determinacion, y embis

tiéron con el ídolo, arrojándole del altar hecho pedazos, y ejecutando lo mismo con otros ídolos menores que ocupaban diferentes nichos. Quedáron atónitos los indios de ver posible aquel destrozo; y como el cielo se estuvo quedo, y tardó la venganza que esperaban, se fué convirtiendo en desprecio la adoracion, y empezáron á correrse de tener dioses tan sufridos: siendo esta vergüenza el primer esfuerzo que hizo la verdad en sus corazones. Corriéron la misma fortuna otros adoratorios; y en el principal de ellos, limpio ya de aquellos fragmentos inmundos, se fabricó un altar, y se colocó una imágen de nuestra Señora; fijando á la entrada una cruz grande, que labráron con piadosa diligencia los carpinteros de la armada. Díjose misa en aquel altar el dia siguiente, y asistiéron á ella mezclados con los españoles el cacique y mucho número de indios con un silencio que parecia devocion; y pudo ser efecto natural del respeto que infunden aquellas santas ceremonias, ó sobrenatural del mismo inefable misterio.

Así ocupáron el tiempo Cortes y sus soldados, hasta que pasados los ocho dias que llevó de término diego de Ordaz para

esperar á los españoles que estaban cautivos en Yucatan, volvió á la isla sin traer noticia de ellos ni de los indios que se encargáron de buscarlos. Sintiólo mucho Hernan Cortes; pero en la duda de que le hubiesen engañado aquellos bárbaros por quedarse con los rescates que tanto codiciaban, no quiso detener su viage, ni dar á entender su rezelo al cacique, antes se despidió de él con urbanidad y agasajo, encargándole mucho la cruz, y aquella santa imágen que dejaba en su poder, cuya veneracion fiaba de su amistad, entretanto que mejor instruido pudiese abrazar la verdad con el entendimiento.

CAPÍTULO XVI.

Prosigue Hernan Cortes su viage, y se halla obligado de un accidente á volver á la misma isla: recoge con esta detencion á gerónimo de Aguilar, que estaba cautivo en Yucatan; y se da cuenta de su cautiverio.

Volvió Cortes á su navegacion con ánimo de seguir el mismo rumbo que abrió juan de Grijalva, y buscar aquellas tierras de donde le retiró su demasiada obediencia. Iba la armada viento en popa, y

todos alegres de verse ya en viage; pero á pocas horas de prosperidad se halláron en un accidente que los puso en cuidado. Disparó una pieza el navío de juan de Escalante; y volviendo todos á mirarle, reparáron al principio en que seguia con dificultad, y despues en que tomaba la vuelta de la isla. Conoció Hernan Cortes lo que aquellas señas daban á entender, y sin detener en el discurso la resolucion, mandó que toda la armada volviese en su seguimiento. Fué bien necesaria la diligencia de juan de Escalante para escapar el bajel, porque se iba llenando de agua tan irremediablemente, que llegó á la isla en términos de anegarse, aunque tardáron poco los que venian en su socorro. Desembarcó la gente, y acudiéron luego á la costa el cacique y algunos de sus indios, que al parecer no dejaban de extrañar con algun rezelo la brevedad de la vuelta; pero luego que entendiéron la causa ayudáron con alegre solicitud á la descarga del bajel, y asistiéron despues á los reparos y á la carena de que necesitaba; siendo en uno y en otro de mucho servicio sus canoas, y la destreza con que las manejaban.

Entretanto que esto se disponia fué

Hernan Cortes, acompañado del cacique y de algunos de sus soldados, á visitar y reconocer el templo; y halló la cruz y la imágen de nnestra Señora en el mismo lugar donde quedáron colocadas: notando con gran consuelo suyo algunas señales de veneracion, que se reconocian en la limpieza y perfumes del templo, y en diferentes flores y ramos con que tenian adornado el altar. Dió las gracias al cacique de que se hubiese tenido en su ausencia aquel cuidado; y él las admitia, y se congratulaba con todos, encareciendo como hazaña de su buen proceder aquellas dos ó tres horas de constancia.

Digno es de particular reparo este accidente que detuvo el viage de Cortes, obligándole á desandar aquellas leguas que habia navegado. Algunos sucesos, aunque caben en la posibilidad y en la contingencia, se hacen advertir como algo mas que casuales. Quien vió interrumpida la navegacion de la armada, y aquel navío que se anegaba, pudo tener este embarazo por una desgracia fácil de suceder; pero quien viere que aquel mismo tiempo que fué necesario para reparar el navío, lo fué tambien para que llegase á la isla uno de los cautivos cristianos que

estaban en Yucatan, y que se hallaba este con bastante noticia de aquellas lenguas para suplir la falta del intérprete, y que fué despues uno de los principales instrumentos de aquella conquista, no se contentará con poner todo este suceso en la jurisdiccion de los acasos, ni dejará de buscar á mayores fines superior providencia.

Cuatro dias tardáron en el aderezo del bajel; y el último de ellos, cuando ya se trataba de la embarcacion, se dejó ver á larga distancia una canoa, que venia atravesando el golfo de Yucatan en derechura de la isla. Conocióse á breve rato que traia indios armados, y pareció novedad la diligencia con que se aprovechaban de los remos, y se iban acercando á la isla sin rezelarse de nuestra armada. Llegó esta novedad á noticia de Hernan Cortes, y ordenó que andres de Tapia se alargase con algunos soldados hácia el parage donde se encaminaba la canoa, y procurase examinar el intento de aquellos indios. Tomó andres de Tapia puesto acomodado para no ser descubierto, pero al reconocer que saltaban en tierra con prevencion de arcos y flechas, los dejó que se apartasen de la costa, y los embistió con

la mar á las espaldas porque no se le pudiesen escapar. Quisiéron huir luego que le descubriéron; pero uno de ellos sosegando á los demas, se detuvo á tres ó cuatro pasos, y dijo en voz alta algunas palabras castellanas, dándose á conocer por el nombre de cristiano. Recibióle andres de Tapia con los brazos, y gustoso de su buena suerte le llevó á la presencia de Hernan Cortes acompañado de aquellos indios que segun lo que se conoció despues eran los mensageros que dejó diego de Ordaz en la costa de Yucatan. Venia desnudo el cristiano, aunque no sin algun género de ropa que hacia decente la desnudez: ocupado el un hombro con el arco y el carcax, y terciada sobre el otro una manta á manera de capa, en cuyo extremo traia atadas unas horas de nuestra Señora, que manifestó luego, enseñándolas á todos los españoles, y atribuyendo á su devocion la dicha de verse con los cristianos: tan bosal en las cortesías, que no acertaba á desasirse de la costumbre, ni á formar cláusulas enteras sin que tropezase la lengua en palabras que no se dejaban entender. Agasajóle mucho Hernan Cortes, y cubriéndole entonces oon su mismo capote, se informó por mayor de quien era,

y ordenó que le vistiesen y regalasen; celebrando entre todos sus soldados como felicidad suya y de su jornada el haber redimido de aquella esclavitud á un cristiano de que por entonces solo se habian descubierto los motivos de la piedad.

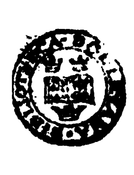
Llamábase gerónimo de Aguilar, natural de Ecija: estaba ordenado de evangelio; y segun lo que despues refirió de su fortuna y sucesos, habia estado cerca de ocho años en aquel miserable cautiverio. Padeció naufragio en los bajos que llaman de los Alacranes una carabela en que pasaba del Darien á la isla de santo Domingo: y escapando en el esquife con otros veinte compañeros, se halláron todos arrojados del mar en la costa de Yucatan donde los prendiéron, y lleváron á una tierra de indios Caribes, cuyo cacique mandó apartar luego á los que venian mejor tratados, para sacrificarlos á sus ídolos, y celebrar despues un banquete con los miserables despojos del sacrificio. Uno de los que se reserváron para otra ocasion (defendidos entonces de su misma flaqueza) fué gerónimo de Aguilar; pero le prendiéron rigurosamente, y le regalaban con igual inhumanidad, pues le iban disponiendo para el segundo ban-

quete. Rara bestialidad, horrible á la naturaleza y á la pluma! Escapó como pudo de una jaula de madera en que le tenian; no tanto porque le pareciese posible salvar la vida, como para buscar otro género de muerte: y caminando algunos dias apartado de las poblaciones, sin otro alimento que el que le daban las yerbas del campo, cayó despues en manos de unos indios, que le presentáron á otro cacique enemigo del primero, á quien hizo menos inhumano la oposicion á su contrario, y el deseo de afectar mejores costumbres. Sirvióle algunos años, experimentando en esta nueva esclavitud diferentes fortunas, porque al principio le obligó á trabajar mas de lo que alcanzaban sus fuerzas; pero despues le hizo mejor tratamiento, pagado al parecer de su obediencia, y particularmente de su honestidad: para cuya experiencia le puso en algunas ocasiones, menos decentes en la narracion, que admirables en su continencia: que no hay tan bárbaro entendimiento donde no se deje conocer alguna inclinacion á las virtudes. Dióle ocupacion cerca de su persona, y en breves dias tuvo su estimacion y su confianza.

Muerto este cacique, le dejó recomen-

dado á un hijo suyo, con quien se hizo el mismo lugar, y le favoreciéron mas las ocasiones de acreditarse, porque le moviéron guerra los caciques comarcanos, y en ella se debiéron á su valor y consejo diferentes victorias : con que ya tenia el valimiento de su amo, y la veneracion de todos, hallándose con tanta autoridad, que cuando llegó la carta de Cortes pudo fácilmente disponer su libertad, tratándola como recompensa de sus servicios, y ofrecer como dádiva suya las preseas que se le enviáron para su rescate.

Asi lo referia él, y que de los otros españoles que estaban cautivos en aquella tierra, solo vivia un marinero, natural de Palos de Moguer, que se llamaba gonzalo Guerrero; pero que habiéndole manifestado la carta de Hernan Cortes, y procurado traerle consigo, no lo pudo conseguir, porque se hallaba casado con una india bien acomodada, y tenia de ella tres ó cuatro hijos, á cuyo amor atribuia su ceguedad : fingiendo estos afectos naturales para no dejar aquella lastimosa comodidad, que en sus cortas obligaciones pesaba mas que la honra y que la religion. No hallamos que se refiera de otro español en estas conquistas seme-



jante maldad; indigno por cierto de esta memoria que hacemos de su nombre: pero no podemos borrar lo que escribiéron otros, ni dejan de tener su enseñanza estas miserias á que está sujeta nuestra naturaleza, pues se conoce por ellas á lo que puede llegar el hombre si le deja Dios.

CAPÍTULO XVII.

Prosigue Hernan Cortes su navegacion, y llega al rio de Grijalva, donde halla resistencia en los Indios, y pelea con ellos en el mismo rio y en la desembarcion.

PARTIÉRON segunda vez de aquella isla en cuatro de marzo del mismo año de mil y quinientos y diez y nueve; y sin que se les ofreciese acaecimiento digno de memoria, dobláron la punta de Cotoche, que como vimos está en lo mas oriental de Yucatan; y siguiendo la costa llegáron al parage de Champoton, donde se disputó si convenia salir á tierra; opinion á que se inclinaba Hernan Cortes, por castigar en aquellos indios la resistencia que hiciéron á juan de Grijalva, y antes á francisco Fernandez de Córdova: y algunos soldados de los que se halláron en

ambas ocasiones fomentaban con espíritu de venganza esta resolucion; pero el piloto mayor y los demas de su profesion se opusiéron á ella con evidente demostracion, porque el viento que favorecia para pasar adelante, era contrario para acercase por aquella parte á la tierra; y así continuáron su viage, y llegáron al rio de Grijalva, donde hubo menos que discurrir, porque el buen pasage que hiciéron á su armada los indios de Tabasco, y el oro que entonces se llevó de aquella provincia, eran dos incentivos poderosos, que llamaban los ánimos a la tierra. Y Hernan Cortes condescendió con el voto comun de sus soldados, mirando á la conveniencia de conservar aquellos amigos, aunque no pensaba detenerse muchos dias en Tabasco, y siempre llevaba la mira en los dominios del príncipe Motezuma, cuyas noticias tuvo juan de Grijalva en aquella provincia: siendo su dictámen, que en este género de conquistas se debia ir primero á la cabeza que á los miembros, para llegar con las fuerzas enteras á lo mas dificultoso.

Sirvióse de la experiencia que ya se tenia de aquel parage para disponer la entrada: y dejando aferrados los navíos

de mayor porte, hizo pasar á los que podian navegar por el rio, y á los esquifes, toda la gente, prevenida de sus armas, y empezó á caminar contra la corriente, observando el órden con que gobernó su faccion juan de Grijalva. Reconociéron á breve rato considerable número de canoas de indios armados que ocupaban las dos riberas, al abrigo de diferentes tropas que se descubrian en la tierra. Fuése acercando Hernan Cortes con su fuerza unida, y ordenó que ninguno disparase, ni diese á entender que se trataba de ofenderlos: imitando tambien en esto á Grijalva, como quien deseaba sin vanidad el acierto, y sabia cuanto se aventuraban los que se precian de abrir sendas, y tiran solo a diferenciarse de sus antecesores. Eran grandes las voces con que los indios procuraban detener a los forasteros; y luego que se pudiéron distinguir, se conoció que gerónimo de Aguilar entendia la lengua de aquella nacion, por ser la misma ó muy semejante á la que se hablaba en Yucatan: y Hernan Cortes tuvo por obra del cielo el hallarse con intérprete de tanta satisfaccion. Dijo Aguilar, que las voces que se percibian eran amenazas, y que aquellos indios

estaban de guerra: por cuya causa se fué deteniendo Cortes, y le ordenó que se adelantase en uno de los esquifes, y los requiriese con la paz, procurando ponerlos en razon. Ejecutólo así, y volvió brevemente con noticia de que era grande el número de indios que estaban prevenidos para defender la entrada del rio: tan obstinados en su resolucion, que negáron con insolencia los oidos á su embajada. No quisiera Hernan Cortes dar principio en aquella tierra á su conquista, ni embarazar el curso de su navegacion; pero considerando que se hallaba ya en el empeño, no le pareció conveniente volver atras, ni de buena consecuencia el dejar consentido aquel atrevimiento.

Ibase acercando la noche, que en tierra no conocida trae sobre los soldados segunda obscuridad; y asi determinó hacer alto para esperar el dia; y dando al mayor acierto de la faccion aquel tiempo que la dilataba, dispuso que se trujese la artillería de los bajeles mayores, y que se armase toda la gente con aquellos escaupiles ó capotes de algodon que resistian á las flechas, y dió las demas órdenes que tuvo por necesarias, sin encarecer el riesgo ni desestimarle. Puso gran cuidado en esta

primera empresa de su armada, conociendolo que importa siempre el empezar bien; y particularmente en la guerra, donde los buenos principios sirven al crédito de las armas y al mismo valor de los soldados: siendo como propiedad de la primera ocasion el influir en las que vienen despues, ó el tener no sé que fuerza oculta sobre los demas sucesos.

Luego que llegó la mañana se dispusiéron los bajeles en forma de media luna, que se iba disminuyendo en su mismo tamaño, y remataba en los esquifes; para cuya ordenanza daba sobrado término la grandeza del rio, y se prosiguió la entrada con un género de sosiego, que iba convidando con la paz: pero á breve rato se descubriéron las canoas de los indios, que esperaban en la misma disposicion, y con las mismas amenazas que la tarde antes. Ordenó Cortes que ninguno de los suyos se moviese hasta que diesen la carga, diciendo á todos, que allí se debia usar primero de la rodela que de la espada, por ser aquella una guerra cuya justicia consistia en la provocacion: y deseoso de hacer algo mas por la razon para tenerla de su parte, dispuso que se adelantase Aguilar segnnda vez, y los volviese

á requerir con la paz, dándoles á entender que aquella armada era de amigos, que solo entraban á tratar de su bien, en fe de la confederacion que tenian hecha con Juan de Grijalva; y que el no admitirlos seria faltar á ella, y ocasionarlos á que se abriesen el paso con las armas, quedando por su cuenta el daño que recibiesen.

Respondiéron á este segundo requerimiento con hacer la seña de embestir, y se fuéron mejorando ayudados de la corriente, hasta que puestos en distancia proporcionada con el alcance de sus flechas, disparáron á un tiempo tanta multitud de ellas desde las canoas, y desde la márgen mas vecina del rio, que anduvo algo apresurada en los españoles la necesidad de cubrirse, y cuidar de su defensa: pero recibida la primera carga, conforme á la órden que llevaban, usáron luego de sus armas y de sus esfuerzos con tanta diligencia, que los indios de las canoas desembarazáron el paso puestos en confusion, arrojándose muchos al agua con el espanto que concibiéron del mismo daño que conocian en los suyos. Prosiguiéron nuestros bajeles su entrada sin otra oposicion: y acostándose á la ribera sobre el lado izquierdo, tratáron de salir

á tierra; pero en parage tan pantanoso y cubierto de malezas, qne se viéron en segundo conflicto; porque los indios que estaban emboscados, y los que escapáron del rio, se uniéron á repetir sus cargas con nueva obstinacion; cuyas flechas, dardos y piedras hacian mayor la dificultad del pantano. Pero Hernan Cortes fué doblando su gente sin dejar de pelear, en tal disposicion, que las hileras que formaba detenian el ímpetu de los indios, y cubrian á los menos diligentes en la desembarcacion.

Formado su escuadron á vista de los enemigos, cuyo número crecia por instantes, ordenó al capitan alonso Dávila que con cien soldados se adelantase por el bosque á ocupar la villa principal de aquella provincia, que tambien se llamaba Tabasco, y distaba poco de aquel parage, segun las noticias que se tenian de la primera entrada. Cerró luego con la multitud enemiga, y la fué retirando con igual ardimiento que dificultad; porque se peleaba muchas veces con el lodo á la rodilla; y se refiere de Hernan Cortes, que forcejando para vencer aquel impedimento, perdió en el lodo uno de los zapatos, y peleó mucho rato con el pie descalzo sin

conocer la falta ni el desabrigo: generoso divertimiento, dejar de estar en sí para estar mejor en lo que hacia.

Vencido el pantano, se conoció flaqueza en los indios, que en un instante desapareciéron entre la maleza, parte atemorizados de verse ya sin las ventajas del terreno, y parte cuidadosos de acudir á Tabasco, de cuyo riesgo tuviéron noticia por haberse descubierto la marcha de alonso Dávila, como se verificó despues en la multitud de gente que acudió á la defensa de aquella poblacion.

Teníanla fortificada con un género de muralla que usaban casi en todas las indias, hecha de troncos robustos de árboles, fijos en la tierra, al modo de nuestras estacadas; pero apretados entre sí con tal disposicion, que las junturas les servian de troneras para despedir sus flechas. Era el recinto de figura redonda, sin traveses ni otras defensas, y al cerrarse el círculo dejaba hecha la entrada, cruzando por algun espacio las dos líneas que componian una calle angosta en forma de caracol, donde acomodaban dos ó tres garitas ó castillejos de madera, que estrechaban el paso, y servian de ordinario á sus centinelas: bastante fortaleza para las armas

de aquel nuevo mundo, donde no se entendian, con feliz ignorancia, las artes de la guerra, ni aquellas ofensas y reparos que enseñó la malicia, y aprendió la necesidad de los hombres.

CAPÍTULO XVIII.

Ganan los españoles Tabasco: salen despues doscientos hombres á reconocer la tierra, los cuales vuelven rechazados de los indios, mostrando su valor en la resistencia y en la retirada.

A ESTA villa, corte de aquella provincia, y de esta suerte fortificada, llegó Hernan Cortes algo antes que alonso Dávila, á quien detuviéron otros pantanos y lagunas, donde le llevó engañosamente el camino; y sin dar tiempo á los indios para que se reparasen, ni á los suyos para que discurriesen en la dificultad, incorporó con su gente los cien hombres que venian de refresco: y repartiendo algunos instrumentos, que pareciéron necesarios para deshacer la estacada, dió la señal de acometer, deteniéndose á decir solamente: *aquel pueblo, amigos, ha de ser esta noche nuestro alojamiento: en él se han retraido los mismos que acabais de vencer en la campaña. Esa frágil muralla*

que los defiende, sirve mas á su temor que á su seguridad. Vamos pues á seguir la victoria comenzada, antes que pierdan esos bárbaros la costumbre de huir, ó sirva nuestra detencion á su atrevimiento. Esto acabó de pronunciar con la espada en la mano: y diciendo lo demas con el ejemplo, se adelantó á todos, infundiendo en todos el deseo de adelantarse.

Embistiéron á un tiempo con igual resolucion: y desviando con las rodelas y con las espadas la lluvia de flechas que cegaba el camino, se halláron brevemente al pie de aquella rústica fortificacion que cercaba el lugar. Sirviéron entonces sus mismas troneras á los arcabuces y ballestas de nuestra gente; con que se apartó el enemigo, y tuviéron lugar los que no peleaban de echar en tierra parte de la estacada. No hubo dificultad en la entrada, porque los indios se retiráron á lo interior de la villa; pero á pocos pasos se reconoció que tenian atajadas las calles con otras estacadas del mismo género, donde iban haciendo rostro y dando sus cargas, aunque con poco efecto, porque se embarazaban en su muchedumbre, y los que se retiraban huyendo de un reparo

en otro, desordenaban á los que acometian.

Habia en el centro de la villa una gran plaza, donde los indios hiciéron el último esfuerzo; pero á breve resistencia volviéron las espaldas, desamparando el lugar, y corriendo atropelladamente á los bosques. No quiso Hernan Cortes seguir el alcance por dar tiempo á sus soldados para que descansasen, y á los fugitivos para que se inclinasen á la paz, dejándose aconsejar de su escarmiento.

Quedó entonces Tabasco por los españoles poblacion grande, y con todas las prevenciones de puesta en defensa; porque habian retirado sus familias y haciendas, y tenian hecha su provision de bastimentos, con que faltó el pillage á la codicia; pero se halló lo que pedia la necesidad. Quedáron heridos catorce ó quince de nuestros soldados, y con ellos nuestro historiador Bernal Diaz del Castillo: sigámosle tambien en lo que dice de sí, pues no se puede negar que fué valiente soldado, y en el estilo de su historia se conoce que se explicaba mejor con la espada. Muriéron de los indios considerable número, y no se averiguó el de sus heridos, porque cuidaban mucho de re-

tirarlos; teniendo á gran primor en su milicia que el enemigo no se alegrase de ver el daño que recibian.

Aquella noche se alojó nuestro ejército en tres adoratorios que estaban dentro de la misma plaza donde sucedió el último combate; y Hernan Cortes echó su ronda, y distribuyó sus centinelas, tan cuidadoso y tan desvelado como si estuviera en la frente de un ejército enemigo y veterano; que nunca sobran en la guerra estas prevenciones, donde suelen nacer de la seguridad los mayores peligros, y sirve tanto el rezelo como el valor de los capitanes.

Hallóse con el dia la campaña desierta, y al parecer segura, porque en todo lo que alcanzaban la vista y el oido, ni habia señal, ni se percibia rumor del enemigo: reconociéronse y se halláron con la misma soledad los bosques vecinos al cuartel: pero no se resolvió Hernan Cortes á desampararle, ni dejó de tener por sospechosa tanta quietud; entrando en mayor cuidado cuando supo que el intérprete Melchor, que vino de la isla de Cuba, se habia escapado aquella misma noche, dejando pendientes de un árbol los vestidos de cristiano, cuyos informes podian hacer

daño entre aquellos bárbaros; como se verificó despues, siendo él quien los indujo á que prosiguiesen la guerra, dándoles á entender el corto número de nuestros soldados, y que no eran inmortales como creian, ni rayos las armas de fuego que manejaban; cuya aprehension los tenia en términos de rogar con la paz. Pero no tardó mucho en pagar su delito, pues aquellos mismos que tomáron las armas á su persuasion, hallándose vencidos segunda vez se vengáron de su consejo, sacrificándole miserablemente á sus ídolos.

Resolvió Hernan Cortes en esta incertidumbre de indicios, que pedro de Alvarado y francisco de Lugo, cada uno con cien hombres, marchasen por dos sendas que se descubrian algo distantes á reconocer la tierra; y que si hallasen gente de guerra, procurasen retirarse al cuartel sin entrar en empeño superior á sus fuerzas. Ejecutóse luego esta resolution; y francisco de Lugo, á poco mas de una hora de marcha, dió en una emboscada de innumerables indios, que le acometiéron por todas partes, cargándole con tanta ferocidad, que se halló necesitado á formar de sus cien hombres un escua-

droncillo pequeño con cuatro frentes, donde peleaban todos á un tiempo, y no habia parte que no fuese vanguardia. Crecia el número de los enemigos y la fatiga de los españoles, cuando permitió Dios que pedro de Alvarado, á quien iba apartando de su compañero la misma senda que seguia, encontrase con unos pantanos que le obligáron á torcer el camino, poniéndole este accidente en parage donde pudo oir las respuestas de los arcabuces, con cuyo aviso aceleró la marcha, dejándose llevar del rumor de la batalla, y llegó á descubrir los escuadrones del enemigo á tiempo que los nuestros andaban forcejando con la última necesidad. Acercóse cuanto pudo, amparado entre la maleza de un bosque; y avisando á Cortes de aquella novedad con un indio de Cuba que venia en su compañía, puso en órden su gente, y cerró con el escuadron de su banda tan determinadamente, que los indios atemorizados del repentino asalto, le abriéron la entrada, huyendo á diversas partes, sin darle lugar para que los rompiese.

Respiráron con este socorro los soldados de francisco de Lugo; y luego que los dos capitanes tuviéron unida su

gente y dobladas sus hileras, embistiéron con otro escuadron que cerraba el camino del cuartel, para ponerse en disposicion de ejecutar la órden que tenian de retirarse.

Halláron resistencia, pero últimamenté se abriéron el paso con la espada, y empezáron su marcha, siempre combatidos, y alguna vez atropellados. Peleaban los unos mientras los otros se mejoraban, y siempre que alargaban el paso para ganar algun pedazo de tierra, cargaba sobre todos el grueso de los enemigos, sin hallar a quien ofender cuando volvian el rostro, porque se retiraban con la misma velocidad que acometian, moviéndose á una parte y otra estas avenidas de gente, con aquel ímpetu al parecer que obedecen las olas del mar á la oposicion de los vientos.

Tres cuartos de legua habrian caminado los españoles, teniendo simpre en ejercicio lar armas y el cuidado, cuando se dejó ver á poca distancia Hernan Cortes que con el aviso que tuvo de pedro de Alvarado, venia marchando al socorro de estas dos compañías con todo el resto de la gente; y luego que le descubriéron los indios, se detuviéron, dejando

alejar á los que le perseguian, y estuviéron un rato á la vista, dando á entender que amenazaban, á que no temian; aunque despues se fuéron deshaciendo en varias tropas, y dejáron á sus enemigos la campaña. Pero Hernan Cortes se volvió à su cuartel sin entrar en mayor empeño porque instaba la necesidad de que se curásen los que venian heridos, que fuéron once de ambas compañías, de los cuales muriéron dos, que en esta guerra era número de mayor sonido; y se ponderó entre todos como pérdida que hizo costosa la jornada.

CAPÍTULO XIX.

Pelean los Españoles con un ejército poderoso de los indios de Tabasco y su comarca: descríbese su modo de guerrear, y como quedó por Hernan Cortes la victoria.

Hiciéronse en esta ocasion algunos prisioneros, y Hernan Cortes ordenó que Gerónimo de Aguilar los fuese examinando separadamente para saber en qué fundaban su obstinacion aquellos indios, y con qué fuerzas se hallaban para mantenerla. Respondiéron con alguna variedad en las circunstancias; pero concordáron en decir que estaban convocados todos

los caciques de la comarca para asistir à los de Tabasco; y que el dia siguiente se habia de juntar un ejército poderoso para acabar con los españoles; de cuya prevencion era un pequeño trozo el que peleó con francisco de Lugo y pedro de Alvarado. Pusiéron en algun cuidado á Hernan Cortes estas noticias; y sin dudar en lo que convenia, resolvió preguntarlo á sus capitanes, y obrar con su consejo lo que se habia de ejecutar con sus manos. Propúsoles *la dificultad en que se hallaban, el corto número de su gente, y la prevencion grande que tenian hecha los indios para deshacerlos:* sin encubrirles circunstancia alguna de lo que decian los prisioneros. Y pasó despues á considerar por otra parte *el empeño de sus armas, poniéndoles delante su mismo valor, la desnudez y flaqueza de sus contrarios, y la facilidad con que los habian vencido en Tabasco y en la desembarcacion.* Y sobre todo cargó la consideracion *en la mala consecuencia de volver las espaldas á la amenaza de aquellos bárbaros cuya jactancia podria llevar la voz á la misma tierra donde caminaban: siendo de tanto peso este des-*

crédito. que en su modo de entender, ó se debia dejar enteramente la empresa de Nueva España, ó no pasar de allí sin que se consiguiese la paz, ó la sujecion de aquelle provincia: pero que este dictámen suyo se quedaba en términos de proposicion, porque su ánimo era ejecutar lo que tuviesen por mejor,

Bien sabian todos que no era afectada en él esta docilidad, porque se preciaba mucho de amigo del consejo, y de conocer el acierto aunque le hallase en opinion agena: siendo esta una de sus mejores propiedades, y bastante argumento de su prudencia: pues no sobresale tanto el entendimiento en la razon que forma como en la que reconoce. Votáron con esta seguridad, y concordáron todos en que ya no era practicable el salir de aquella tierra sin que sus habitadores quedasen reducidos ó castigados; con que pasá Cortes ó los prevenciones de su empresa. Hizo luego que se llevasen los heridos á los bajeles, que se sacasen á la tierra los caballos, y que se previniese la artillería, y estuviese todo á punto para la mañana siguiente, que fué dia de la anunciacion de nuestra Señora:

memorable hasta hoy en aquella tierra por el suceso de esta batalla.

Luego que amaneció dispuso que oyese misa toda la gente; y encargando el gobierno de la infantería á diego de Ordaz, montáron á caballo él y los demas capitanes, y empezáron su marcha al pazo de la artillería, que caminaba con dificultad por ser la tierra pantanosa y quebrada. Fuéronse acercando al parage donde, segun las noticias de los prisioneros, se habia de juntar la gente del enemigo, y no halláron persona de quien poder informarse, hasta que llegando cerca de un lugar que llamaban Cinthla, poco menos de una legua del cuartel, descubriéron á larga distancia un ejército de indios tan numeroso y tan dilatado, que no se hallaba el término con lo que alcanzaba la vista.

Describirémos como venian, y su modo de guerrear, cuya noticia servirá para las demas ocasiones de esta conquista, por ser uno en casi todas las naciones de Nueva España el arte de la guerra. Eran arcos y flechas la mayor parte de sus armas: sujetaban el arco con nervios de animales ó correas torcidas de piel de venado, y en las flechas suplian la falta del hierro con puntas de hueso

y espinas de pescados. Usaban tambien un género de dardos, que jugaban ó despedian segun la necesidad, y unas espadas largas que esgrimian á dos manos, al modo que se manejan nuestros montantes, hechas de madera, en que ingerian para formar el corte agudos pedernales. Servíanse de algunas mazas de pesado golpe, con puntas de pedernal en los extremos, que encargaban á los mas robustos: y habia indios pedreros, que revolvian y disparaban sus ondas con igual pujanza que destreza. Las armas defensivas de que usaban solamente los capitanes y personas de cuenta, eran colchados de algodon . . . al aplicados al pecho; petos y rodelas de tabla ó conchas de tortuga, guarnecidas con láminas del metal que alcanzaban; y en algunos era el oro lo que en nosotros el hierro. Los demas venian desnudos, y todos afeados con varias tintas y colores, de que se pintaban el cuerpo y el rostro: gala militar de que usaban, creyendo que se hacian horribles á sus enemigos, y sirviéndose de la fealdad para la fiereza, como se cuenta de los Arios de la Germania; por cuya costumbre, semejante á la de estos indios, dice Tácito,

que son los ojos los primeros que se han de vencer en las batallas. Ceñian la cabezás con unas como coronas, hechas de diversas plumas levantadas en alto; persuadidos tambien á que el penacho los hacia mayores y daba cuerpo á sus ejércitos. Tenian sus instrumentos y toques de guerra, con que se entendian y animaban en las ocasiones: flautas de gruesas cañas; caracoles marítimos y un género de cajas que labraban de troncos huecos y adelgazados por el cóncavo, hasta que respondiesen á la baqueta con el sonido: desapacible música, que debia de ajustarse con la desproporcion de sus ánimos.

Formaban sus escuadrones amontonando mas que distribuyendo la gente, y dejaban algunas tropas de reten que socorriesen á los que peligraban. Embestian con ferocidad, espantosos en el estruendo con que peleaban, porque daban grandes alaridos y voces para amedrentar al enemigo: costumbre que refieren algunos entre las barbaridades y rudezas de aquellos indios: sin reparar en que la tuviéron diferentes naciones dè la antigüedad, y no la despreciáron los romanos; pues Julio César alaba los clamores de

sus soldados, culpando el silencio en los de Pompeyo: y Caton el mayor solia decir que debia mas victórias á las voces que á las espadas: creyendo unos y otros que se formaba el grito del soldado en el aliento del corazon. No disputamos sobre el acierto de esta costumbre; solo decimos que no era tan bárbara en los indios que no tuviese algunos ejemplares. Componíanse aquellos ejércitos de la gente natural, y diferentes tropas auxiliares de las provincias comarcanas, que acudian á sus confederados, conducidas por sus caciques, ó por algun indio principal de su parentela, y se dividian en compañías, cuyos capitanes guiaban; pero apenas gobernaban su gente, porque en llegando la ocasion mandaba la ira, y á veces el miedo: batallas de muchedumbre, donde se llegaba con igual impetu al acometimiento que á la fuga.

De este género era la milicia de los indios; y con este género de aparato se iba acercando poco á poco á nuestros españoles aquel ejército ó aquella inundacion de gente, que venia al parecer anegando la campaña. Reconoció Hernan Cortes la dificultad en que se hallaba pero no desconfió del suceso, antes

animó con alegre semblante á sus soldados; y poniéndolos al abrigo de una eminencia que les guardaba las espaldas; y la artillería en sitio que pudiese hacer operacion, se emboscó con sus quince caballos, alargándose entre la maleza, para salir de traves cuando lo dictase la ocasion. Llegó el ejército de los indios á distancia proporcionada; y dando primero la carga de sus flechas, embistiéron con el escuadron de los españoles tan impetuosamente y tan de tropel, que no bastando los arcabuces y las ballestas á detenerlos, se llegó brevemente á las espadas. Era grande el estrago que se hacia en ellos, y la artillería, como veian tan cerrados, derribaba tropas enteras; péro estaban obstinados y tan en sí, que en pasando la bala se volvian á cerrar, y encubrian á su modo el daño que padecian, levantando el grito, y arrojando al aire puñados de tierra, para que no se viesen los que caian, ni se pudiesen percibir sus lamentos.

Acudia diego de Ordaz á todas partes, haciendo el oficio de capitan sin olvidar el de soldado; pero como eran tantos los enemigos, no se hacia poco en resistir: y ya se empezaba á conocer la desigualdad

de las fuerzas, cuando Hernan Cortes, que no pudo acudir antes al socorro de los suyos por haber dado en unas acequias, salió á la campaña, y embistió con todo aquel ejército, rompiendo por lo mas denso de los escuadrones, y haciéndose tanto lugar con sus caballos, que los indios heridos y atropellados cuidaban solo de apartarse de ellos, y arrojaban las mas para huir, tratándolas ya como impedimento de su ligereza.

Conoció diego de Ordaz que habia llegado el socorro que esperaba, por la flaqueza de la vanguardia enemiga, que empezó á remolinar con la turbacion que tenia á las espaldas; y sin perder tiempo avanzó con su infantería, cargando á los que le oprimian con tanta resolucion que los obligó á ceder, y fué ganando la tierra que perdian, hasta que llegó al parage que tenian despejado Hernan Cortes y sus capitanes. Uniéronse todos para hacer el último esfuerzo, y fué necesario alargar el paso, porque los indios se iban retirando con diligencia, aunque caminaban haciendo cara, y no dejaban de pelear á lo largo con las armas arrojadizas; en cuya forma de apartarse, y excusar concertadamente el combate, perseveráron

hasta que estrechándose el alcance, y viéndose otra vez acometidos, volviéron las espaldas, y se declaró en fuga la retirada.

Mandó Hernan Cortes que hiciese alto su gente, sin permitir que se ensangrentase mas la victoria: solo dispuso que se trujesen algunos prisioneros, porque pensaba servirse de ellos para volver á las pláticas de la paz, único fin de aquella guerra, que se miraba solo como circunstancia del intento principal. Quedáron muertos en la campaña mas de ochocientos indios, y fué grande el número de los heridos. De los nuestros muriéron dos soldados, y saliéron heridos setenta.

Constaba el ejército enemigo de cuarenta mil hombres, segun lo que hallamos escrito: que aunque bárbaros, y desnudos, como ponderan algunos extrangeros tenian manos para ofender y cuando les faltase el valor que es propio de los hombres, no les faltaria la ferocidad, de que son capaces los brutos.

Fué la faccion de Tabasco, diga lo que quisiere la envidia verdaderamente digna de la demonstracion que se hizo despues, edificando en memoria de ella y del dia en que sucedio, un templo con la advo-

cacion de nuestra señora de la Victoria; y dando el mismo nombre á la primera villa que se pobló de españoles en esta provincia. Débese atribuir al valor de los soldados la mayor parte del suceso, pues supliéron la desigualdad del número con la constancia y con la resolucion, aunque tuviéron de su parte la ventaja de pelear bien ordenados contra un ejército sin disciplina. Hizo Hernan Cortes posible la victoria rompiendo con sus caballos la batalla del ejército enemigo: accion en que luciéron igualmente las manos y el consejo del capitan: siendo tanto el discurrirlo antes, como el ejecutarlo despues: y no se puede negar que tuviéron su parte los mismos caballos, cuya novedad atemorizó totalmente á los indios, porque no los habian visto hasta entonces, y aprendiéron con el primer asombro que eran monstruos feroces, compuestos de hombre y bruto, al modo que con menor disculpa creyó la otra gentilidad sus centauros.

Algunos escriben que anduvo en esta batalal el apóstol Santiago peleando en un caballo blanco por sus españoles; y añaden que Hernan Cortes fiado en su devocion, aplicaba este socorro el após-

tol S. pedro: pero Bernal Diaz del Castillo niega con aseveracion este milagro, diciendo que ni le vió, ni oyó hablar de él á sus compañeros. Exceso es de la piedad el atribuir al cielo estas cosas que suceden contra la esperanza, ó fuera de la opinion: á que confesamos poca inclinacion, y que en cualquier acontecimiento extraordinario dejamos voluntariamente su primera instancia á las causas naturales: pero es cierto que los que leyeren la historia de las indias, hallarán muchas verdades que parecen encarecimientos; y muchos sucesos que para hacerse creibles, fué necesario tenerlos por milagrosos.

CAPÍTULO XX.

Efectúase la paz con el cacique de Tabasco; y celebrándose en esta provincia la festividad del domingo de Ramos, se vuelven á embarcar los españoles para continuar su viage.

El dia siguiente mandó Hernan Cortes que se trajesen á su presencia los prisioneros, entre los cuales habia dos ó tres capitanes. Venian temerosos, creyendo hallar en el vencedor la misma crueldad

que usaban ellos con sus rendidos; pero Hernan Cortes los recibió con grande benignidad: y animándolos con el semblante y con los brazos, los puso en libertad, dándoles algunas bujerías, y diciéndoles solamente *que él sabia vencer, y sabria perdonar*. Pudo tanto esta piadosa demonstracion, que dentro de pocas horas viniéron al cuartel algunos indios cargados de maiz, gallinas y otros bastimentos, para facilitar con este regalo la paz, que venian á proponer de parte del cacique principal de Tabasco. Era gente vulgar y deslucida la que traia esta embajada: reparo que hizo gerónimo de Aguilar, por ser estilo de aquella tierra el enviar à semejantes funciones indios principales con el mejor adorno de sus galas. Y aunque Hernan Cortes deseaba la paz, no quiso admitirla sin que viniese la proposicion como debia; antes mandó que los despidiesen: y sin dejarse ver respondió al cacique por medio del intérprete: *Que si deseaba su amistad, enviase personas de mas razon y mas decentes á solicitarla* Siendo de opinion, que no se debia dispensar en estas exterioridades de que se compone la autoridad, ni sufrir inadvertencias en el respeto del

que viene á rogar: porque en este género de negocios suele andar el modo muy cerca de la substancia.

Enmendó el cacique su falta de reparo, enviando el dia despues treinta indios de mayor porte, con aquellos adornos de plumas y pendientes, á que se reducia toda su ostentacion. Traian estos su acompañamiento de indios cargados con otro regalo del mismo género, pero mas abundante, Admitiólos Hernan Cortes à su presencia asistido de todos sus capitanes, afectando alguna gravedad y entereza, porque le pareció conveniente suspender en aquel acto su agrado natural. Llegáron con grandes sumisiones: y hecha la ceremonia de incensarle con unos braserillos en que se administraba el humo del anime copal y otros perfumes, obsequio de que usaban en las ocasiones de su mayor veneracion, propusiéron su embajada, que empezó en disculpas frívolas de la guerra pasada, y paró en pedir rendidamente la paz. Respondió Hernan Cortes ponderando su irritacion, para que se hiciese mas estimable lo que concedia á vista de las ofensas que olvidaba; y últimamente se asentó la paz con grande aplauso de los emba-

que y con los principales de su séquito, y les hizo un razonamiento con la voz de su intérprete, dándoles á entender, *como era vasallo y ministro de un poderoso monarca, y que su intento era hacerlos felices poniéndolos en la obediencia de su príncipe, reducirlos á la verdadera religion, y destruir los errores de su idolatría.* Esforzó estas dos proposiciones con su natural elocuencia y con su autoridad, de modo que los indios quedáron persuadidos, ó por lo menos inclinados á la razon. Su respuesta fué *que tendrian á gran conveniencia suya el obedecer á un monarca, cuyo poder y grandeza se dejaba conocer en el valor de tales vasallos.* Pero en el punto de la religion anduviéron mas detenidos.

Hacíales fuerza el ver deshecho su ejército por tan pocos españoles, para dudar si estaban asistidos de algun dios superior á los suyos; pero no se resolvian á confesarlo: ni en admitir entonces la duda, haciendo poco por la verdad.

Instaban los pilotos en que se abreviase la partida, porque segun sus observaciones, se aventuraba la armada en la detencion. Y aunque Hernan Cortes sentia el apartarse de aquella gente hasta dejarla

mejor instruida, se halló obligado á tratar del viage. Y por venir cerca el domingo de Ramos. señaló este dia para la embarcacion: disponiendo que se celebrase primero su festividad, ségun el rito de la iglesia, observantísimo siempre en estas piedades religiosas, para cuyo efecto se fabricó un altar en el campe, y se cubrió de una enramada en forma de capilla: rústico, pero decente edificio, que tuvo la felicidad de segundo templo en Nuvea España: y al mismo tiempo se iban em barcando bastimentos, y caminando en las demas prevenciones del viage. Ayudaban á todo los indios con oficiosa actividad, y el cacique asistia á Cortes con sus capitanes; durando todos en su veneracion, y convidando siempre con su obediencia : de cuya ocasion se valiéron algunas veces el padre fr. bartolomé de Olmedo y el licenciado juan Diaz, para intentar reducirlos al camino de la verdad prosiguiendo los buenos principios que dió Cortes á esta plática, y aprovechándose de los deseos de acertar que manifestáron en su respuesta : pero solo se encontraba en ellos una docilidad de rendidos, mas inclinada á recibir otro dios, que á dejar alguno de los suyos.

Oian con agrado, y deseaban al parecer hacerse capaces de lo que oian; pero apenas se hallaba la razon admitida de la voluntad, cuando volvia arrojada del entendimiento. Lo mas que pudiéron conseguir entonces los dos sacerdotes fué dejarlos bien dispuestos, y conocer que pedia mas tiempo la obra de habilitar su rudeza, para entenderse mejor con su ceguedad.

El domingo por la mañana acudiéron inumerables indios de toda aquella comarca á ver la fiesta de los cristianos; y hecha la bendicion de los ramos con la solemnidad que se acostumbra, se distribuyéron entre los soldados, y se ordenó la procesion, á que asistiéron todos con igual modestia y devocion: digno espectáculo de mejor concurso, y que tendria algo de mayor realce á vista de aquella infidelidad, como sobresale ó resalta la luz en la oposicion de las sombras: pero no dejó de influir algun género de edificacion en los mismos infieles; pues decian á voces, segun lo refirió despues Aguilar: *gran dios debe de ser este, á quien se rinden tanto unos hombres tan valerosos*. Erraban el motivo, y sentian la verdad.

Acabada la misa se despidió Cortes del cacique y de todos los indios principales, y volviendo á renovar la paz con mayores ofertas y demonstraciones de amistad, ejecutó su embarcacion, dejando aquella gente en cuanto al rey mas obediente que sujeta; y en cuanto á la religion con aquella parte de salud, que consiste en desear, ó no resistir al remedio.

CAPÍTULO XXI.

Prosigue Hernan Cortes su viage; llegan los bajeles à san juan de Ulúa, salta la gente en tierra y reciben embajada de los gobernadores de Motezuma: dase noticia de quien era doña Marina.

El lúnes siguiente al domingo de Ramos se hiciéron á la vela nuestros españoles; y siguiendo la costa con las proas al poniente, diéron vista á la provincia de Guazacoalco, y reconociéron, sin detenerse en el rio de Banderas, la isla de sacrificios, y los demas parages que descubrió y desamparó juan de Grijalva, cuyos sucesos iban refiriendo con presuncion de noticiosos los soldados que le acompañáron; y Cortes aprendiendo en la infelicidad de aquella jornada lo que

debia enmendar en la suya, con aquel género de prudencia que se aprovecha del error ageno. Llegáron finalmente á san juan de Ulúa el juéves santo á medio dia; y apenas aferráron las naves entre la isla y la tierra buscando el resguardo de los nortes, cuando viéron salir de la costa mas vecina dos canoas grandes, que en aquella tierra se llamaban piraguas, y en ellas algunos indios, que se fuéron acercando con poco rezelo á la armada; y daban á entender con esta seguridad y con algunos ademanes, que venian de paz, y con necesidad de ser oidos.

Puestos á poca distancia de la capitana, empezáron á hablar en otro idioma diferente, que no entendió gerónimo de Aguilar; y fué grande la confusion en que se halló Hernan Cortes; sintiendo como estorbo capital de sus intentos el hallarse sin intérprete cuando mas le habia menester; pero no tardó el cielo en socorrer esta necesidad (grande artífice de traer como casuales las obras de su providencia). Hallábase cerca de los dos aquella india, que llamarémos ya doña Marina; y conociendo en los semblantes de entrambos lo que discurrian ó lo que ignoraban, dijo en lengua de Yucatan á geróni-

mo de Aguilar, que aquellos indios hablaban la mejicana, y pedian audiencia al capitan de parte del gobernador de aquella provincia. Mandó con esta noticia Hernan Cortes que subiesen á su navío y cobrándose del cuidado antecedente, volvió el corazon á dios, conociendo que venia de su mano la felicidad de hallarse ya con instrumento tan fuera de su esperanza, para darse á entender en aquella tierra tan deseada.

Era doña Marina, segun Bernal Diaz del Castillo, hija de un cacique de Guazacoalco, una de las provincias sujetas al rey de Méjico, que partia sus términos con la de Tabasco; y por ciertos accidentes de su fortuna, que refieren con variedad los autores, fué transportada en sus primeros años á Xicalango, plaza fuerte, que se conservaba entonces en los confines de Yucatan, con presidio mejicano. Aquí se crió pobremente, desmentida en paños vulgares su nobleza, hasta que declinando mas su fortuna, vino á ser por venta ó por despojo de guerra, esclava del cacique de Tabasco, cuya liberalidad la puso en el dominio de Cortes. Hablábase en Guazacoalco y en Xicalango el idioma general de Méjico,

y en Tabasco el de Yucatan, que sabia gerónimo de Aguilar; con que se hallaba Doña Marina capaz de ambas lenguas, y decia á los indios en la mejicana lo que Aguilar à ella en la de Yucatan; durando Hernan Cortes en este rodeo de hablar con dos intérpretes, hasta que doña Marina aprendió la castellana, en que tardó pocos dias, porque tenia rara viveza de espíritu, y algunos dotes naturales que acordaban la calidad de su nacimiento. Antonio de Herrera dice que fué natural de Xalisco, trayéndola desde muy lejos á Tabasco, pues está Xalisco sobre el otro mar, en lo último de la Nueva Galicia. Pudo hallarlo así en francisco Lopez de Gomara; pero no sabemos por qué se aparta en esto y en otras noticias mas substanciales, de Bernal Diaz del Castillo, cuya obra manuscrita tuvo á la mano, pues le sigue y le cita en muchas partes de su historia. Fué simpre doña Marina fidelísima intérprete de Hernan Cortes, y el la estrechó en esta confidencia por términos menos decentes que debiera; pues tuvo en ella un hijo, que se llamó don martin Cortes; y se puso el hábito de Santiago, calificando la nobleza de su madre: reprehensible medio de

asegurarla en su fidelidad, que dicen alguno tuvo parte de política; pero nosotros creeríamos antes que fué desacierto de una pasion mal corregida, y que no es nuevo en el mundo el llamarse razon de estado la flaqueza de la razon.

Lo que dijéron aquellos indios cuando llegáron á la presencia de Cortes fué, *que Pilpatoe y Teutile, gobernador el uno, y el otro capitan general de aquella provincia por el grande emperador Motezuma, los enviaban á saber del capitan de aquella armada con qué intento habia surgido en sus costas, y à ofrecerle el socorro y la asistencia de que necesitase para continuar su viage.* Hernan Cortes los agasajó mucho, diòles algunas bujerías, hizo que los regalasen con manjares y vino de Castilla: y teniéndolos antes obligados que atentos, les respondió: *que su venida era á tratar, sin género de hostilidad, materias muy importantes á su príncipe y á toda su monarquía para cuyo efecto se veria con sus gobernadores, y esperaba hallar en ellos la buena acogida que el año antes experimentáron los de su nacion.* Y tomando algunas

noticias por mayor de la grandèza de Montezuma, de sus riquezas, y forma de gobierno, los despidió contentos y asegurados.

El dia siguiente viérnes Santo por la mañana desembarcáron todos en la playa mas vecina, y mandó Cortes que se sacasen á tierra los caballos y la artillería, y que los soldados repartidos en tropas hiciesen fagina sin descuidarse con las avenidas, y fabricasen número suficiente de barracas en que defenderse del sol, que ardia con bastante fuerza. Plantóse la artillería en parte que mandase la campaña, y tardáron poco en hallarse todos debajo de cubierto, porque acudiéron al trabajo muchos indios que envió Teutile con bastimentos, y órden para que ayudasen en aquella obra; loscuales fuéron de grade alivio, porque traian sus instrumentos de pedernal con que cortaban las estacas, y fijándolas en tierra, entretejian con ellas ramos y hojas de palma, formando las paredes y el techo con presteza y facilidad: maestros en este género de arquitectura: que usaban en muchas partes para sus habitaciones, y menos bárbaros en medir sus edificios con la necesidad de la naturaleza, que los que fabri-

can grandes palacios, para que viva estrechamente su vanidad. Traian tambien algunas mantas de algodon, que acomodáron sobre las barracas principales, para que estuviesen mas defendidas del sol; y en la mejor de ellas ordenó Hernan Cortes que se levantase un altar; sobre cuyos adornos se colocó una imágen de nuestra Señora, y se puso una cruz grande á la entrada: prevencion para celebrar la Pascua, y primera atencion de Cortes, en que andoba siempre su cuidado compitiendo con el de los sacerdotes. Bernal Diaz del Castillo asienta que se dijo misa en este altar el mismo dia de la desembarcacion: no creemos que el padre fray bartolomé de Olmedo y el licenciado juan Diaz ignorasen que no se podia decir en viérnes Santo. Fíase muchas veces de su memoria con sobrada celeridad; pero mas se debe extrañar que le siga ó casi le traslade en esto antonio de Herrera: seria en ambos inadvertencia, cuyo reparo nos obliga menos á la correccion agena, que á temer para nuestra enseñanza las facilidades de la pluma.

Súpose de aquellos indios que el general Teutile se hallaba con número con-

siderable de gente militar, y andaba introduciendo con las armas el dominio de Motezuma en unos lugares recien conquistados de aquel paragé, cuyo gobierno político estaba á cargo de Pilpatoe: y la demonstracion de enviar bastimentos, y aquellos paisanos que ayudasen en la obra de las barracas, tuvo, segun lo que se pudo colegir, algo de artificio, porque se hallaban asombrados, y rezelosos de haber entendido el suceso de Tabasco, cuya noticia se habia divulgado ya por todo el contorno. y considerándose con menores fuerzas, sé valiéron de aquellos presentes y socorros, para obligar á los que no podian resistir: diligencias del temor, que suele hacer ligerales á los que no se atreven á ser enemigos.

HISTORIA DE LA CONQUISTA,

POBLACION Y PROGRESOS

DE

LA NUEVA ESPAÑA.

LIBRO SEGUNDO.

CAPÍTULO PRIMERO.

Vienen el general Teutile y el gobernador Pilpatoe á visitar á Cortes en nombre de Motezuma. Dase cuenta de lo que paso con ellos, y con los pintores que andaban dibujando el ejército de los españoles.

Pasáronse aquella noche y el dia siguiente con mas sosiego que descuido, acudiendo siempre algunos indios al trabajo del alojamiento, y á traer víveres á trueco de bujerías sin que hubiese novedad; hasta que el primer dia de la pascua por la mañana viniéron Teutíle y Pilpatoe con grande acompañamiento á visitar á Cortes, que los recibió con igual aparato, adornándose del respeto

de sus capitanes y soldados; porque le pareció conveniente crecer en la autoridad para tratar con ministros de mayor príncipe. Pasadas las primeras cortesías y cumplimientos, en que excediéron los indios y Cortes procuró templar la severidad con el agrado, los llevó consigo á la barraca mayor, que tenia veces de templo, por ser ya hora de los divinos oficios; haciendo que Aguilar y doña Marina les dijesen, que antes de proponerles el fin de su jornada queria cumplir con su religion, y encomendar al dios de sus dioses el acierto de sa proposicíon.

Celebróse luego la misa con toda la solemnidad que fué posible: Cantóla fray bartolomé de Olmedo, y la oficiáron el licenciado juan Diaz, gerónimo de Aguilar, y algunos soldados que entendian el canto de la Iglesia; asistiendo á todo aquellos indios con un género de asombro, que siendo efecto de la novedad, imitaba la devocion. Volviéron luego á la barraca de Cortes, y comiéron con él los dos gobernadores, poniendoso igual cuidado en el regalo y en la ostentacion.

Acabado el banquete llamó Hernan Cortes á sus intérpretes, y no sin alguna entereza dijo *que su venida era á tratar*

con el emperador Motezuma de parte de don carlos de Austria, monarca del oriente, materias de gran consideracion convenientes no solo á su persona y estados sino al bien de todos sus vasallos: para cuya introduccion necesitaba de llegar á su real presencia, y esperaba ser admitido della con toda la benignidad y atencion que se debia á la misma grandeza del rey que le enviaba. Torciéron el semblante ambos gobernadoros á esta proposicion, oyéndola al parecer con desagrado; y antes de responder á ella mandó Teutile que trajesen á la barraca un regalo que tenia prevenido, y fuéron entrando en ella hasta veinte ó treinta indios cargados de bastimentos, ropas sutiles de algodon, plumas de varios colores, y una caja grande, en que venian diferentes piezas de oro primorosamente labradas. Hizo su presente con despejo y urbanidad; y despues de verle admitido y celebrado, se volvió á Cortes, y por medio de los mismos intérpretes le dijo *que recibiese aquella pequeña demonstracion con que le agasajaban dos esclavos de Motezuma, que tenian órden para regalar á los extrangeros que llegasen á sus costas: pero que*

tratase luego de proseguir su viage, llevando entendido que el hablar á su príncipe era negocio muy arduo; y que no andaban menos liberales en darle de presente aquel desengaño, antes que experimentase la dificultad de su pretension.

Replicóle Cortes con algun enfado, *que los reyes nunca negaban los oidos á las embajadas de otros reyes, ni sus ministros podian sin consulta suya tomar sobre sí tan atrevida resolucion que lo que en este caso les tocaba era avisar á Motezuma de su venida, para cuya diligencia les daria tiempo; pero que le avisasen tambien de que venia resuelto á verle, y con ánimo determinado de no salir de su tierra, llevando desairada la representacion de su rey.* Puso en tanto cuidado á los indios esta animosa determinacion de Cortes, que no se atreviéron á replicarle, antes le pidiéron encarecidamente que no se moviese de aquel alojamiento hasta que llegase la respuesta de Motezuma, ofreciendo asistirle con todo lo que hubiese menester para el sustento de sus soldados.

Andaban á este tiempo algunos pintores mejicanos, que viniéron entre el acompañamiento de los dos gobernadores, copiando con gran diligencia sobre

lienzos de algodon, que traian prevenidos y emprimados para este ministerio, las naves, los soldados, las armas, la artillería y los caballos, con todo lo demas que se hacia reparable á sus ojos, de cuya variedad de objetos formaban diferentes paises de no despreciable dibujo y colorido.

Nuestro Bernal Diaz se alarga demasiado en la habilidad de estos pintores, pues dice que retratáron á todos los capitanes, y que iban muy parecidos los retratos. Pase por encarecimiento menos parecido á la verdad; porque dado que poseyeren con fundamento el arte de la pintura, tuviéron poco tiempo para detenerse á las prolijidades ó primores de la imitacion.

Hacíanse estas pinturas de órden de Teutile, para avisar con ellas á Motezuma de aquella novedad; y á fin de facilitar su inteligencia, iban poniendo á trechos algunos caracteres, con que al parecer explicaban y daban significacion á lo pintado. Era este su modo de escribir, porque no alcanzáron el uso de las letras, ni supiéron fingir aquellas señales ó elementos que inventáron otras naciones para retratar las sílabas, y

hacer visibles las palabras; pero se daban á entender con los pinceles, significando las cosas materiales con sus propias imágenes, y lo demas con números y señales significativas; en tal disposicion, que el número, la letra y la figura formaban concepto, y daban entera la razon: primoroso artificio, de que se infiere su capacidad, semejante á los geroglíficos que practicáron los egipcios siendo en ellos ostentacion del ingenio lo que en estos indios estilo familiar, de que usáron con tanta destreza y felicidad los mejicanos, que tenian libros enteros de este género de caracteres y figuras legibles, en que conservaban la memoria de sus antigüedades, y daban à la posteridad los anales de sus reyes.

Llegó á noticia de Cortes la obra en que se ocupaban estos pintores, y salió á verlos no sin alguna admiracion de su habilidad; pero advertido de que se iba dibujando en aquellos lienzos la consulta que Teutile formaba, para que supiese Motezuma su proposicion, y las fuerzas con que se hallaba para mantenerla, reparó con la viveza de su ingenio en que estaban con poca accion y movimiento aquellas imágenes mudas,

para que se entendiese por ellas el valor de sus soldados; y así resolvió ponerlos en ejercicio, para dar mayor actividad ó representacion à la pintura.

Mandó con este fin que se tomasen las armas, puso en escuadron toda su gente, hizo que se previniese la artillería; y diciendo á Teutile y á Pilpatoe que los quería festejar á la usanza de su tierra, montó á caballo con sus capitanes. Corriéronse primero algunas parejas, y despues se formó una escaramuza con sus ademanes de guerra, en cuya novedad estuviéron los indios como embelesados, y fuera de sí: porque reparando en la ferocidad obediente de aquellos brutos, pasaban á considerar algo mas que natural en los hombres que los manejaban. Respondiéron luego á una seña de Cortes los arcabuces y poco despues la artillería, creciendo, al paso que se repetia y se aumentaba el estruendo, la turbacion y el asombro de aquella gente, con tan varios efectos, que unos se dejáron caer en tierra; otros empezáron á huir y los mas advertidos afectaban la admiracion para disimular el miedo.

Asegurólos Hernan Cortes, dándoles á entender que entre los españoles eran

asi las fiestas militares, como quien deseaba hacer formidables las veras con el horror de los entretenimientos: y se reconoció luego que los pintores andaban inventando nuevas efigies y caracteres con que suplir lo que faltaba en sus lienzos. Dibujaban unos la gente armada y puesta en escuadron: otros los caballos en su ejercicio y movimiento: figuraban con la llama y el humo el oficio de la artilleria, y pintaban hasta el estruendo con la semejanza del rayo, sin omitir alguna de aquellas circunstancias espantosas, que hablaban mas derechamente con el cuidado de su rey.

Entretanto Cortes se volvió á su barraca con los gobernadores; y despues de agasajarlos con algunas joyuelas de Castilla, dispuso un presente de varias preseas, que remitiesen de su parte á Motezuma: para cuyo regalo se escogiéron diferentes curiosidades del vidrio menos valadí ó mas resplandeciente: á que se añadió una camisa de holanda, una gorra de terciopelo carmesí, adornada con una medalla de oro, en que estaba la imágen de san Jorge, y una silla labrada de taracea, en que debiéron de hacer tanto reparó los indios, que se

tuvo por alhaja de emperador. Con esta corta demonstracion de su liberalidad, que entre aquella gente pareció magnificencia, suavizó Hernan Cortes la dureza de su pretension, y despidió á los dos gobernadores, igualmente agradecidos y cuidadosos.

CAPÍTULO II.

Vuelve la respuesta de Motezuma con un presente de mucha riqueza; pero negada la licencia que se pedia para ir á Méjico.

Hiciéron alto los indios á poca distancia del cnartel, y entráron al parecer en consulta sobre lo que debian obrar; porque resultó de esta detencion el quedarse Pilpatoe á la mira de lo que obraban los españoles: para cuyo efecto, determinado el sitio, se formáron diferentes barracas, y en breves horas amaneció fundado un lugar en la campaña, de considerable poblacion. Previnose luego Pilpatoe contra el reparo que podia causar esta novedad, avisando á Hernan Cortes que se quedaba en aquel parage para cuidar de su regalo, y asistir mejor á las provisiones de su ejército: y aunque se

conoció el artificio de este mensage, porque su fin principal era estar á la vista del ejército, y velar sobre sus movimientos, se les dejó el uso de su disimulacion, sacando fruto del mismo pretexto porque acudian con todo lo necesario, y los trian mas puntuales y cuidadosos el rezelo de que se llegase á entender su desconfianza.

Teutile pasó al lugar de su alojamiento, y despachó á Motezuma el aviso de lo que pasaba en aquella costa, remitiéndole con toda diligencia los lienzos que se pintáron de su órden, y el regalo de Cortes. Tenian para este efecto los reyes de Méjico grande prevencion de correos distribuidos por todos los caminos principales del reino; á cuyo ministerio aplicaban los indios mas velóces, y los criaban cuidadosamente desde niños, señalando premios del erario público á favor de los que llegasen primero al sitio destinado: y el padre joseph de Acosta, fiel observador de las costumbres de aquella gente, dice que la escuela principal donde se agilitaban estos indios corredores era el primer adoratorio de Méjico, donde estaba el ídolo sobre ciento y veinte gradas de piedra, y ganaban el premio los que llegaban primero á sus pies. Notable ejer-



cicio para enseñarle en el templo; y seria esta la menor indecencia de aquella miserable palestra. Mudábanse estos correos de lugar en lugar, como los caballos de nuestras postas; y hacian mayor diligencia, porque se iban sucediendo unos á otros antes de fatigarse: con que duraba sin cesar el primer ímpetu de la carrera.

En la historia general hallamos referido que llevó sus despachos y pinturas el mismo Teutile, y que volvió en siete dias con la respuesta: sobrada ligereza para un general. No parece verisímil, habiendo sesenta leguas por el camino mas breve desde Méjico á san juan de Ulúa: ni se puede creer fácilmente que viniese á esta funcion el embajador mejicano, que nuestro Bernal Diaz llama Quintalbor, ó los cien indios nobles con que le acompaña el rector de Villahermosa; pero esto hace poco en la substancia. La respuesta llegó en siete dias, número en que concuerdan todos, y Teutile vino con ella al cuartel de los españoles. Traia delante de sí un presente de Motezuma, que ocupaba los ombros de cien indios de carga, y antes de dar su embajada hizo que se tendiesen sobre la tierra unas esteras de palma, que llamaban petates, y que sobre ellas se fuesen aco-

modando y poniendo como en aparador las alhajas de que se componia el presente

Venian diferentes ropas de algodon tan delgadas y bien tejidas, que necesitaban del tacto para diferenciarse de la seda; cantidad de penachos, y otras curiosidades de pluma, cuya hermosa y natural variedad de colores, buscados en las aves exquisitas que produce aquella tierra, sobreponian y mezclaban con admirable prolijidad, distribuyendo los matices, y sirviéndose del claro y obscuro tan acertadamente, que sin necesitar de los colores artificiales, ni valerse del pincel, llegaban á formar pintura, y se atrevian á la imitacion del natural. Sacáron despues muchas armas, arcos, flechas y rodelas de maderas extraordinarias. Dos láminas muy grandes de hechura circular, la una de oro, que mostraba entre sus relieves la imágen del sol, y la otra de plata, en que venia figurada la luna: y últimamente cantidad considerable de joyas y piezas de oro con alguna pedrería, collares, sortijas y pendientes á su modo, y otros adornos de mayor peso en figuras de aves y animales tan primorosamente labrados, que á vista del precio se dejaba reparar el artificio.

Luego que Teutile tuvo á la vista de los españoles toda ésta riqueza, se volvió á Cortes y haciendo seña á los intérpretes, le dijo: *que el grande emperador Motezuma le enviaba aquellas alhajas en agradecimiento de su regalo, y en fe de lo que estimaba amistad de su rey; la pero que no tenia por conveniente, ni entonces era posible segun el estado presente de sus cosas, el conceder su beneplácito á la permision que pedia para pasar á su corte.* Cuya repulsa procuró Teutile honestar, fingiendo asperezas en el camino, indios indómitos, que tomarian las armas para embarazar el paso, y otras dificultades que traian muy descubierta la intencion, y daban á entender con algun misterio que habia razon particular, y era esta la que veremos despues, para que Motezuma no se dejase ver de los españoles.

Agradeció Cortes el presente con palabras de toda veneracion, y respondió á Teutile, *que no era su intento faltar á la obediencia de Motezuma; pero que tampoco le seria posible retroceder contra el decoro de su rey, ni dejar de persistir en su demanda, con todo el empeño á que obligaba la re-*

putacion de una corona venerada y atendida entre los mayores príncipes de la tierra. Discurriendo en este punto con tanta viveza y resolucion, que los indios no se atreviéron á replicarle; antes le ofreciéron hacer segunda instancia á Motezuma, y él los despidió con otro regalo como el primero, dándoles á entender que esperaria sin moverse de aquel lugar la respuesta de su rey; pero que sentiria mucho que tardase, y hallarse obligado á solicitarla desde mas cerca.

Admiró á todos los españoles el presente de Motezuma; pero no todos hiciéron igual concepto de aquellas opulencias: antes discurrian con variedad, y porfiaban entre sí, no sin presuncion de lo que discurrian. Unos entraban en esperanzas de mejor fortuna, prometiéndose grandes progresos de tan favorables principios: otros ponderaban la grandeza del presente, para colegir de ella el poder de Motezuma, y pasar con el discurso á la dificultad de la empresa; muchos acusaban absolutamente como temeridad el intentar con tan poca gente obra tan grande; y los mas defendian el valor y la constancia de su capitan, dando por hecha la con-

quista, y entendiendo cada uno aquella prosperidad, segun el afecto que predominaba en su ánimo: porfías y corrillos de soldados, donde se conoce mejor que en otras partes lo que puede el corazon con el entendimiento. Pero Hernan Cortes los dejaba discurrir sin manifestar su dictámen, hasta aconsejarse con el tiempo; y para no tener ociosa la gente, que es el mejor camino de tenerla menos discursiva, ordenó que saliesen dos bajeles á reconocer la costa, y á buscar algun puerto ó ensenada de mejor abrigo para la armada, que en aquel parage estaba con poco resguardo contra los vientos septentrionales; y algun pedazo de tierra menos estéril donde acomodar el alojamiento, entretanto que llegase la respuesta de Motezuma; tomando pretexto de lo que padecia la gente en aquellos arenales, donde heria y reverberaba el sol con doblada fuerza; y habia otra persecucion de mosquitos, que hacian menos tolerables las horas del descanso. Nombró por Cabo de esta jornada al capitan Francisco de Montejo y eligió los soldados que le habian de acompañar, entresacando los que se inclinaban menos á su opinion. Ordenóle que se alargase cuan-

to pudiese por el mismo rumbo que llevó el año antes en compañía de Grijalva, y que trajese observadas las poblaciones que se descubriesen desde la costa, sin salir á reconocerlas, señalándole diez dias de término para la vuelta. por cuyo medio dispuso lo que parecia conveniente: dió que hacer á los inquietos, y entretuvo á los demas con la esperanza del alivio, quedando cuidadoso y desvelado entre la grandeza del intento y la cortedad de los medios; pero resuelto á mantenerse hasta ver todo el fondo á la dificultad, y tan dueño de sí, que desmentia la batalla interior con el sosiego y alegría del semblante.

CAPÍTULO III.

Dase cuenta de lo mal que se recibió en Méjico la porfía de Cortes, de quien era Motezuma, la grandeza de su imperio, y el estado en que se hallaba su monarquía cuando llegáron los españoles.

Causó grande turbacion en Méjico la segunda instancia de Cortes. Enojóse Motezuma, y propuso con el primer ímpetu acabar de una vez con aquellos extrangeros que se atrevian á porfiar contra su resolucion; pero entrando despues en

mayor consideracion, se cayó de ánimo, y ocupó el lugar de la ira la tristeza y la confusion. Llamó luego á sus ministros y parientes, hiciéronse misteriosas juntas, acudióse á los templos con públicos sacrificios, y el pueblo empezó á desconsolarse de ver tan cuidadoso á su rey, y tan asustados á los que tenian por su cuenta el gobierno: de que resultó el hablarse con poca reserva en la ruina de aquel imperio; y en las señales y presagios de que estaba, segun sus tradiciones, amenazado. Pero ya parece necesario que averigüemos quien era Motezuma, que estado tenia en esta sazon su monarquía, y por qué razon se asustáron tanto él y sus vasallos con la venida de los españoles.

Hallábase entonces en su mayor aumento el imperio de Méjico, cuyo dominio reconocian casi todas las provincias y regiones que se habian descubierto en la América septentrional, gobernadas entonces por él, y por otros régulos ó caciques tributarios suyos. Corria su longitud de oriente á poniente mas de quinientas leguas, y su latitud de norte á sur llegaba por algunas partes á doscientas: tierra poblada, rica y abundante. Por el oriente partia sus límites con el mar

atlantico, que hoy se llama del norte, y discurria sobre sus aguas aquel largo espacio que hay desde Panuco á Yucatan. Por el occidente tocaba con el otro mar; registrando el océano asiático, ó sea el golfo de Anian, desde el cabo Mendocino hasta los extremos de la Nueva Galicia. Por la parte del mediodia se dilataba mas, corriendo sobre el mar del sur, desde Acapulco á Guatemala, y llegaba á introducirse por Nicaragua en aquel istmo ó estrecho de tierra, que divide y engaza las dos Américas. Por la banda del norte se alargaba hácia la parte de Panuco, hasta comprehender aquella provincia; pero se dejaba estrechar considerablemente de los montes ó serranías que ocupaban los Chichimecas y Otomíes, gente bárbara, sin república, ni policía, que habitaba en las cavernas de la tierra, ó en las quiebras de los peñascos, sustentándose de la caza y frutas de árboles silvestres; pero tan diestros en el uso de sus flechas, y en servirse de las asperezas y ventajas de la montaña, que resistiéron varias veces á todo el poder mejicano; enemigos de la sujecion, que se contentaban con no dejarse vencer, y aspiraban solo á conservar entre las fieras su libertad.

Creció este imperio de humildes principios á tan desmesurada grandeza en poco mas de ciento y treinta años; porque los mejicanos, nacion belicosa por naturaleza, se fuéron haciendo lugar con las armas entre las demas naciones que poblaban aquella parte del mundo. Obedeciéron primero á un capitan valeroso que los hizo soldados, y les dió á conocer la gloria militar: despues eligiéron rey, dando el supremo dominio al que tenia mayor crédito de valiente, porque no conocian otra virtud que la fortaleza; y si conocian otras, eran inferiores en su estimacion. Observáron siempre esta costumbre de elegir por su rey al mayor soldado sin atender á la sucesion, aunque en igualdad de hazañas preferian la sangre real; y la guerra, que hacian los reyes, iba poco á poco ensanchando la monarquía. Tuviéron al principio de su parte la justicia de las armas; porque la opresion de sus confinantes los puso en términos de inculpable defensa; y el cielo favoreció su causa con los primeros sucesos; pero creciendo despues el poder, perdió la razon, y se hizo tiranía.

Verémos los progresos de esta nacion, y sus grandes conquistas, cuando habla-

rémos de la serie de sus reyes, y esté menos pendiente la narracion principal. Fué el undécimo de ellos, segun lo pintaban sus anales, Motezuma, segundo de este nombre, varon señalado y venerable entre los mejicanos, aun antes de reinar.

Era de la sangre real, y en su juventud siguió la guerra, donde se acreditó de valeroso y esforzado capitan con diferentes hazañas que le diéron grande opinion. Volvió á la corte algo elevado con estas lisonjas de la fama; y viéndose aplaudido y estimado como el primero de su nacion, entró en esperanzas de empuñar el cetro en la primera eleccion, tratándose en lo interior de su ánimo como quien empezaba á coronarse con los pensamientos de la corona.

Paso luego toda su felicidad en ir ganando voluntades, á cuyo fin se sirvió de algunas artes de la política: ciencia que no todas veces se desdeña de andar entre los bárbaros, y que antes suele hacerlos, cuando la razon que llaman de estado se apodera de la razon natural. Afectaba grande obediencia y veneracion á su rey, y extraordinaria modestia y compostura en sus acciones y palábras: cuidando tanto de la gravedad y entereza

del semblante, que solian decir los indios, que le venia bien el nombre de Motezuma, que en su lengua significa *príncipe sañudo*, aunque procuraba templar esta severidad forzando el agrado con la liberalidad.

Acreditábase tambien de muy observante en el culto de su religion: poderoso medio para cautivar á los que se gobiernan por lo exterior, y con este fin labró en el templo mas frecuentado un apartamiento á manera de tribuna, donde, se recogia muy á la vista de todos, y se estaba muchas horas entregado à la devocion del aura popular, ó colocando entre sus dioses el ídolo de su ambicion.

Hízose tan venarable con este género de exterioridades, que cuando llegó el caso de morir el rey su antecesor, le diéron su voto sin controversia todos los electores, y la admitió el pueblo con grande aclamacion. Tuvo sus ademanes de resistencia, dejándose buscar para lo que deseaba; y dió su aceptacion con especies de repugnancia; pero apenas ocupó la silla imperial cuando cesó aquel artificio en que traia violentado su natural, y se fuéron conociendo los vicios que andaban encubiertos con nombre de virtudes.

La primera accion en que manifestó su altivez fué despedir toda la familia real, que hasta él se componia de gente mediana y plebeya : y con pretexto de mayor decencia, se hizo servir de los nobles hasta en los ministerios menos decentes de su casa. Dejábase ver pocas veces de sus vasallos, y solamente lo muy necesario de sus ministros y criados, tomando el retiro y la melancolía como parte de la magestad. Para los que conseguian el llegar á su presencia inventó nuevas reverencias y ceremonias, extendiendo el respeto hasta los confines de la adoracion. Persuadióse à que podia mandar en la libertad y en la vida de sus vasallos, y ejecutó grandes crueldades para persuadirlo á los demas.

Impuso nuevos tributos sin pública necesidad, que se repartian por cabezas entre aquella inmensidad de súbditos; y con tanto rigor, que hasta los pobres mendigos reconocian miserablemente el vasallage, trayendo á sus erarios algunas cosas viles, que se recibian, y se arrojaban en su presencia.

Consiguió con estas violencias que le temiesen sus pueblos; pero como suelen andar juntos el temor y el aborrecimien-

to, se le rebeláron algunas provincias, á cuya sujecion salió personalmente, por ser tan zeloso de su autoridad, que se ajustaba mal á que mandase otro en sus ejércitos; aunque no se le puede negar que tenia inclinacion y espíritu militar. Solo resistiéron á su poder y se mantuviéron en su rebeldía las provincias de Mechoacan, Thascala y Tepeaca; y solia decir él, que no las sojuzgaba porque habia menester aquellos enemigos para proveerse de cautivos que aplicar á los sacrificios de sus dioses: tirano hasta en lo que sufria, ó en lo que dejaba de castigar.

Habia reinado catorce años cuando llegó á sus costas Hernan Cortes, y el último de ellos fué todo presagios y portentos de grande horror y admiracion, ordenados ó permitidos por el cielo, para quebrantar aquellos ánimos feroces, y hacer menos imposible á los españoles aquella grande obra, que con medios tan desiguales iba disponiendo y encaminando su providencia.

CAPÍTULO IV.

Refiérense diferentes prodigios y señales que se viéron en Méjico antes que llegase Cortes, de que aprendiéron los indios que se acercaba la ruina de aquel imperio.

Sabido quien era Motezuma, y el estado y grandeza de su imperio, resta inquirir los motivos en que se fundáron este príncipe y sus ministros para resistir porfiadamente á la instancia de Hernan Cortes: primera diligencia del demonio, y primera dificultad de la empresa. Luego que se tuvo en Méjico noticia de los españoles, cuando el año antes arribó á sus costas juan de Grijalva, empezáron á verse en aquella tierra diferentes prodigios y señales de grande asombro, que pusiéron à Motezuma en una como certidumbre de que se acercaba la ruina de su imperio, y á todos sus vasallos en igual confusion y desaliento.

Duró muchos dias un cometa espantoso, de forma piramidal, que descubriéndose á la media noche, caminaba lentamente hasta lo mas alto del cielo, donde se deshacia con la presencia del sol.

Vióse despues en medio del dia salir

por el poniente otro cometa ó exhalacion á manera de una serpiente de fuego con tres cabezas, que corria velocísimamente, hasta desaparecer por el orizonte contrapuesto, arrojando infinidad de centellas que se desvanecian en el aire.

La gran laguua de Méjico rompió sus márgenes, y salió impetuosamente á inundar la tierra, llevándose tras sí algunos edificios, con un género de ondas que parecian hervores, sin que hubiese avenida ó temporal á que atribuir este movimiento de las aguas. Encendióse de sí mismo uno de sus templos; y sin que se hallase el origen ó la causa del incendio, ni medio conque apagarle, se viéron arder hasta las piedras, y quedó todo reducido á poco mas que ceniza. Oyéronse en el aire por diferentes partes voces lastimosas, que pronosticaban el fin de aquella monarquía; y sonaba repetidamente el mismo vaticinio en las respuestas de los ídolos, pronunciando en ellos el demonio lo que pudo conjeturar de las causas naturales que andaban movidas; ó lo que entenderia, quiza del autor de la naturaleza, que algunas veces le atormenta con hacerle instrumento de la verdad. Trajéronse á la presencia del rey diferentes monstruos de

horrible y nunca vista deformidad, que á su parecer contenian significacion, y denotaban grandes infortunios; y si se llamáron monstruos de lo que demuestran, como lo creyó la antigüedad, que les puso este nombre, no era mucho que se tuviesen por presagios entre aquella gente bárbara, donde andaban juntas la ignorancia y la superstición.

Dos casos muy notables refieren las historias, que acabáron de turbar el ánimo de Motezuma; y no son para omitidos; puesto que no los desestiman el padre joseph de Acosta, juan Botero y otros escritores de juicio y autoridad. Cogiéron unos pescadores cerca de la laguna de Méjico un pájaro monstruoso de extraordinaria hechura y tamaño; y dando estimacion á la novedad, se le presentáron al rey. Era horrible su deformidad, y tenia sobre la cabeza una lámina resplandeciente á manera de espejo, donde reverberaba el sol, con un género de luz maligna y melancólica. Reparó en ella Motezuma; y acercándose á reconocerla mejor, vió dentro una representacion de la noche, entre cuya obscuridad se descubrian algunos espacios de cielo estrellado, tan distintamente figurados, que

volvió los ojos al sol como quien no acababa de creer el dia; y al ponerlos segunda vez en el espejo, halló en lugar de la noche otro mayor asombro, porque se le ofreció á la vista un ejército de gente armada, que venia de la parte del oriente haciendo grande estrago en los de su nacion. Llamó á sus agoreros y sacerdotes para consultarles este prodigio, y el ave estuvo inmóvil hasta que muchos de ellos hiciéron la misma experiencia; pero luego se les fué, ó se les deshizo entre las manos, dejándoles otro agüero en el asombro de la fuga.

Pocos dias despues vino al palacio un labrador, tenido en opinion de hombre sencillo, que solicitó con porfiadas y misteriosas instancias la audiencia del rey. Fué introducido á su presencia despues de varias consultas: y hechas sus humillaciones, sin género de turbacion ni encogimiento, le dijo en su idioma rústico, pero con un género de libertad y elocuencia, que daba á entender algun furor mas que natural, ó que no eran suyas sus palabras: *Ayer tarde, señor, estando en mi heredad ocupado en el beneficio de la tierra, vi un águila de extraordi-*

naria grandeza, que se abatió ímpetuosamente sobre mí, y arrebantándome entre sus garras, me llevó largo trecho por el aire, hasta ponerme cerca de una gruta espaciosa, donde estaba un hombre con vestiduras reales durmiendo entre diversas flores y perfumes, con un pebete encendido en la mano. Acerquéme algo mas, y vi una imágen tuya, ó fuese tu misma persona, que no sabré afirmarlo, aunque á mi parecer tenia libres los sentidos. Quise retirarme atemorizado y respetivo, pero una voz imperiosa me detuvo; y me sobresaltó de nuevo mandándome que te quitase el pebete de la mano, y le aplicase á una parte del muslo que tenias descubierta: rehusé cuanto pude el cometer semejante maldad; pero la misma voz, con horrible superioridad, me violentó á que obedeciese. Yo mismo, señor, sin poder resistir, hecho entonces del temor el atrevimiento, te apliqué el pebete encendido sobre el muslo, y tú sufriste el cauterio sin despertar ni hacer movimiento. Creyera que estabas muerto, si no se diera á conocer la vida en la misma quietud de tu respiracion, de-

clanrándose el sosiego en la falta de sentido; y luego me dijo aquella voz, que al parecer se formaba en el viento: asi duerme tu rey, entregado á sus delicias y vanidades cuando tiene sobre sí el enojo de los dioses, y tantos enemigos que vienen de la otra parte del mundo á destruir su monarquía y su religion. Dirásle que despierte á remediar si puede las miserias y calamidades que le amenazan: y apenas pronunció esta razon que traigo impresa en la memoria, cuando me prendió el águila entre sus garras, y me puso en mi heredad sin ofenderme. Yo cumplo asi lo que me ordenan los dioses: despierta, Señor, que los tiene irritados tu soberbia y tu crueldad. Despierta, digo otra vez, ó mira como duermes, pues no te recuerdan los cauterios de tu conciencia, ni ya puedes ignorar que los clamores de tus pueblos llegáron al cielo primero que á tus oidos.

Estas ó semejantes palabras dijo el villano, ó el espíritu que hablaba en él; y volvió las espaldas con tanto denuedo, que nadie se atrevió à detenerle. Iba Motezuma con el primer movimiento de su ferocidad á mandar que le matasen,

y le detuvo un nuevo dolor que sintió en el muslo, donde, halló y reconocié ron todos estampada la señal del fuego, cuya pavorosa demonstracion dejó atemorizado y discursivo, pero con resolucion de castigar al villano, sacrificándole á la aplacacion de sus dioses: avisos ó amonestaciones motivadas por el demonio, quetraian consigo el vicio de su orígen, sirviendo mas á la ira y á la obstinacion, que al conocimiento de la culpa.

En ambos acontecimientos pudo tener alguna parte la credulidad de aquellos bárbaros, de cuya relacion le entendiéron así los españoles. Dejamos su recurso á la verdad; pero no tenemos por inverisímil, que el demonio se valiese de semejantes artíficios para irrritar á Motezuma contra los españoles, y poner estorbos á la introduccion del evangelio: pues es cierto que pudo (suponiendo la permision divina en el uso de su ciencia) fingir ó fabricar estos fantasmas y apariciones monstruosas ó bien formase aquellos cuerpos visibles, condensando el aire con la mezcla de otros elementos, ó lo que mas veces sucede, viciando los sentidos y enga-ñando la imaginacion, de que tenemos algunos ejemplos en las sagradas letras que

hacen creibles los que se hallan del mismo género en las historias profanas.

Estas y otras señales portentosas que se viéron en Méjico, y en diferentes partes de aquel imperio, tenian tan abatido el ánimo de Motezuma, y tan asustados á los prudentes de su consejo, que cuando llegó la segunda embajada de Cortes, creyéron que tenian sobre sí toda la calamidad y ruina de que estaban amenazados.

Fuéron largas las conferencias, y varios los pareceres. Unos se inclinaban á que viniendo aquella gente armada y forastera en tiempo de tantos prodigios, debia ser tratada como enemiga; porque admitirla ó el fiarse de ella, seria oponerse á la voluntad de sus dioses, que enviaban, delante del golpe aquellos avisos, para que pocurasen evitarle. Otros andaban mas detenidos ó temerosos, y procuraban excusar el rompimiento, encareciendo el valor de los extrangeros, el rigor de sus armas, y la ferocidad de los caballos; y trayendo á la memoria el estrago y mortandad que hiciéron en Tabasco, de cuya guerra tuviéron luego noticia; y aunque no se persuadian á que fuesen inmortales, co-

mo lo publicaba el temor de aquellos vencidos, no acertaban á considerralos como animales de su especie, ni dejaban de hallar en ellos alguna semejanza de sus dioses, por el manejo de los rayos con que á su parecer peleaban, y por el predominio con que se hacian obedecer de aquellos brutos, que entendian sus órdenes, y militaban de su parte.

Oyólos Motezuma, y mediando entre ambas opiniones, determinó que se negase á Cortes con toda resolucion la licencia que pedia para venir á su corte, mandándole que desembarazase luego aquellas costas, y enviándole otro regalo como el antecedente para obligarle á obedarer. Pero que si esto no bastase à detenerle, se discurriria en los medios violentos, juntando un ejército poderoso, de tal calidad que no se pudiese temer otro suceso como el de Tabasco; pues no se debia desestimar el corto número de aquellos extrangeros, en cuyas armas prodigiosas y valor extraordinario se conocian tantas ventajas, particularmente cuando llegaban á sus costas en tiempo tan calamitoso, y de tantas señales espantosas, qne al parecer encarecian sus fuerzas, pues llegaban à merecer el cuidado y la prevencion de sus dioses.

CAPÍTULO V.

Vuelve francisco de Montejo con noticia del lugar de Quiabislan: llegan los embajadores de Motezuma, y se despiden con desabrimiento; muéveuse algunos rumores entre los soldados, y Hernan Cortes usa de artificio para sosegarlos.

Mientras duraban en la corte de Motezuma estos discursos melancólicos, trataba Hernan Cortes de adquirir noticias de la tierra, de ganar las voluntades de los indios que acudian al cuartel, y de animar á sus soldados, procurando infundir en ellos aquellas grandes esperanzas que le anunciaba su corazon. Volvió de su viage francisco de Montejo, habiendo seguido la costa por espacio de algunas leguas la vuelta del norte y descubierto una poblacion que se llamaba Quiabislan, situada en tierra fértil y cultivada, cerca de un parage ó ensenada bastantemente capaz, donde al parecer de los pilotos podian seguir los navíos, y mantenerse al abrigo de unos grandes peñascos, en que desarmaba la fuerza de los vientos. Distaba este lugar de san Juan de Ulúa como doce leguas; Hernan Cortes em-

pezó á mirarle como sitio acomodado para mudar á él su alojamiento; pero antes que lo resolviese llegó la respuesta de Motezuma.

Viniéron Teutile y los cabos principales de sus tropas con aquellos braserillos de copal, y despues de andar un rato envueltas en humo las cortesías, hizo demonstracion del presente, que fué algo menor; pero del mismo género de alhajas y piezas de oro que viniéron con la primera embajada: solo traia de particular cuatro piedras verdes, al modo de esmeraldas, que llamaban chalcuites; y dijo Teutile á Cortes con gran ponderacion, que las enviaba Motezuma señaladamente para el rey de los españoles, por ser joyas de inestimable valor: encarecimiento de que se pudo hacer poco aprecio donde tenia el vidrio tanta estimacion.

La embajada fué resuelta y desabrida, y el fin de ella despedir á los huéspedes, sin dejarles arbitrio para replicar. Era cerca de la noche; y al empezar su respuesta Hernan Cortes, hiciéron en la barraca que servia de iglesia la señal del Ave María. Púsose de rodíllas á rezarla, y á su imitacion todos los que le asistian, de cuyo silencio y devocion quedáron admi-

rados los indios ; y Teutile preguntó á doña Marina la significacion de aquella ceremonia. Entendiólo Cortes, y tuvo por conveniente que con ocasion de satisfacer á su curiosidad, se les hablase algo en la religion. Tomó la mano el padre fray Bartolomé de Olmedo, y procuró ajustarse á su ceguedad, dándoles alguna escasa luz de los misterios de nuestra fe. Hizo lo que pudo su elocuencia para que entendiesen que solo habia un Dios, principio y fin de todas las cosas, y que en sus ídolos adoraban al demonio, enemigo mortal del género humano, vistiendo esta proposicion con algunas razones fáciles de comprehender, que escuchaban los indios con un género de atencion, como que sentian la fuerza de la verdad. Y Hernan Cortes se valió de este principio para volver á su respuesta, diciendo á Teutile, *que uno de los puntos de su embajada, y el principal motivo que tenia su rey para proponer su amistad á Motezuma, era la obligacion con que deben los principes cristianos oponerse á los errores de la idolatria, y lo que deseaba instruirle paraque conociese la verdad, y ayudarle á salir de aquella esclavitud del demonio, tirano invisi-*

ble de todos sus reinos, que en lo esencial le tenia sujeto y avasallado, aunque en lo exterior fuese tan poderoso monarca. Y que viniendo él de tierras tan distantes á negocios de semejante calidad, y en nombre de otro rey mas poderoso, no podria dejar de hacer nuevos esfuerzos, y perseverar en sus instancias hasta conseguir que se le oyese, pues venia de paz, como lo daba á entender el corto número de su gente, de cuya limitada prevencion no se podian rezelar mayores intentos.

Apenas oyó Teutile esta resolucion de Cortes, cuando se levantó apresuradamente: y con un género de impaciencia, entre cólera y turbacion, le dijo, *que el gran Motezuma habia usado hasta entonces de su benignidad, tratándole como á huésped; pero que determinándose á replicarle, seria suya la culpa, si se hallase tratado como enemigo.* Y sin esperar otra razon, ni despedirse, volvió las espaldas, y partió de su presencia con paso acelerado, siguiéndole Pilpatoe y los demas que le acompañaban. Quedó Hernan Cortes algo embarazado al ver semejante resolucion; pero tan en sí, que volviendose á los suyos, mas inclinado

á la risa que á la suspension, les dijo: *Verémos en qué para este desafío, que ya sabemos como pelean sus ejércitos, y las mas veces son diligencias del temor las amenazas.* Y entretanto que se recogia el psesente prosiguió, dando á entender *que no conseguirian aquellos bárbaros el comprar á tan corto pre oci la retirada de un ejército español, porque aquellas riquezas se debian mirar como dádivas fuera de tiempo, que traian mas de flaqueza que de liberalidad.* Asi procuraba lograr las ocasiones de alentar á los suyos; y aquella noche, aunque no parecia verisímil que los mejicanos tuviesen prevenido ejército con que asaltar el cuartel, se dobláron las guardias, y se miró como contingente lo posible: que nunca sobra el cuidado en los capitanes, y muchas veces suele parecer ocioso, y salir necesario.

Luego que llegó el dia se ofreció novedad considerable, que ocasionó alguna turbacion, porque se habian retirado la tierra adentro los indios que poblaban las barracas de Pilpatoe, y no parecia un hombre por toda la campaña. Faltáron tambien los que solian acudir con bastimentos de las poblaciones comarcanas; y

estos principios de necesidad, temida mas que tolerada, bastáron para que se empezasen á desazonar algunos soldados, mirando como desacierto el detenerse á poblar en aquella tierra; de cuya murmuracion se valiéron para levantar la voz algunos parciales de diego Velazquez, diciendo con menos recato en las conversaciones: *Que Hernan Cortes queria perderlos, y pasar con su ambicion adonde no alcanzaban sus fuerzas: que nadie podria excusar de temeridad del intento de mantenerse con tan poca gente en los dominios de un principe tan poderoso; y que ya era necesario que clamasen todos sobre volver á la isla de Cuba, para que se rehiciesen la armada y el ejército, y se tomase aquella empresa con mayor fundamento.*

Entendiólo Hernan Cortes, y valiéndose de sus amigos y confidentes, procuró examinar de qué opinion estaba el resto principal de su gente, y halló que tenia de su parte á los mas, y á los mejores, sobre cuya seguridad se dejó hablar de los mal contentos. Hablóle en nombre de todos diego de Ordaz; y no sin alguna destemplanza, en que se dejaba

conocer su pasion, le dijo *que la gente del ejército estaba sumamente desconsolada, y en términos de romper el freno de la obediencia, porque habia llegado á entender que se trataba de proseguir aquella empresa; y que no se le podia negar la razon, porque ni el número de los soldados, ni el estado de los bajeles, ni los bastimentos de reserva, ni las demas prevenciones tenian proporcion con el intento de conquistar imperio tan dilatado y tan poderoso; que nadie estaba tan mal consigo, que se quisiese perder por capricho ageno, y que ya era menester que se tratase de dar la vuelta á la isla de Cuba, para que diego Velazquez reforzase su armada, y tomase aquel empeño con mejor acuerdo, y con mayores fuerzas.*

Oyóle Hernan Cortes sin darse por ofendido, como pudiera, de la proposicion y del estilo de ella; antes le respondió, sosegada la voz y el semblante, *que estimaba su advertencia, porque no sabia la desazon de los soldados, antes creia que estaban contentos y animosos, porque en aquella jornada no se podian quejar de la fortuna, si no los tenia can-*

sados la felicidad ; pues un viage tan sin zozobras, lisonjeado del mar y de los vientos : unos sucesos como los pudo fingir el deseo ; tan conocidos favores del cielo en Cozumel : una victoria en Tabasco , y en aquella tierra tanto regalo y prosperidad , no eran antecedentes de que se debia inferir semejante desaliento, ni era de mucho garbo el desistir antes de ver la cara del peligro ; particularmente cuando las dificultades solian parecer mayores desde lejos, y deshacerse luego en las manos los encarecimientos de la imaginacion ; pero que si la gente estaba ya tan desconfiada y temerosa , como decia , seria locura fiarse de ella para una empresa tan dificultosa , y que asi trataria luego de tomar la vuelta de la isla de Cuba, como se lo proponian ; confesando que no le hacia tanta fuerza el ver esta opinion en el vulgo de los soldados , como el hallarla asegurada en el consejo de sus amigos. Con estas y otras palabras de este género desarmó por entonces la intencion de aquellos parciales inquietos sin dejarles que desear hasta que llegase el tiempo de su desengaño; y con esta disimula-

cion artificiosa, primor algunas veces permitido á la prudencia, dió á entender que cedia para dar mayores fuerzas á su resolucion.

CAPÍTULO VI.

Publícase la jornada para la isla de Cuba: claman los soldados que tenia prevenidos Cortes: solicita su amistad el cacique de Zempoala; y últimamente hace la poblacion.

Poco rato despues que se apartáron de Hernan Cortes diego de Ordaz y los demas de su séquito, hizo que se publicase la jornada para la isla de Cuba, distribuyendo las órdenes para que se embarcasen los capitanes con sus compañías en los mismos bajeles de su cargo, y estuviesen á punto de partir el dia siguiente al amanecer; pero no se divulgó bien entre los soldados esta resolucion, cuando se conmoviéron los que estaban prevenidos, diciendo á voces *que Hernan Cortes los habia llevado engañados, dándoles á entender que iban á poblar en aquella tierra, y que no querian salir de ella, ni volver á la isla de Cuba,*

á que añadian, que si él estaba en dictámen de retirarse, podria ejecutarlo con los que se ajustasen á seguirle; que á ellos no les faltaria alguno de aquellos caballeros que se encargase de su gobierno. Creció tanto y tan bien adornado este clamor, que se llevó tras sí á muchos de los que entráron violentos ó persuadidos en la contraria faccion; y fué menester que los mismos amigos de Cortes que moviéron á los unos, apaciguasen á los otros. Alabáron su determinacion; ofreciéron que hablarian á Cortes para que suspendiese la ejecucion del viage: y antes que se entibiase aquel reciente fervor de los ánimos, partiéron á buscarle asistidos de mucha gente, en cuya presencia le dijéron, levantando la voz, «que el ejército estaba
» en términos de amotinarse sobre aque-
» lla novedad: quejáronse, ó hiciéron
» que se quejaban, de que hubiese to-
» mado semejante resolucion sin el
» consejo de sus capitanes: ponderá-
» banle, como desaire indigno de espa-
» ñoles, el dejar aquella empresa en los
» primeros rumores de la dificultad, y
» el volver las espaldas antes de sacar la
» espada. Traíanle á la memoria lo que

» sucedió á juan de Grijalva; pues todo
» el enojo de diego Velazquez fué porque
» no hizo alguna poblacion en la tierra
» que descubrió, y se mantuvo en ella,
» por cuya resolucion le trató de pusi-
» lánime, y le quitó el gobierno de la
» armada.» Y últimamente le dijéron lo que él mismo habia dictado; y el lo escuchó como noticia en que hallaba novedad; y dejándose rogar y persuadir, hizo lo que deseaba, y dió á entender que se reducia. Respondióles « que estaba
» mal informado, porque algunos de los
» mas interesados en el acierto de aquella
» faccion (y no los nombró por dar
» mayor misterio á su razon) le habian
» asegurado que toda la gente clamaba
» desconsoladamente sobre dejar aque-
» lla tierra, y volverse á la isla de Cuba;
» y que de la misma suerte que tomó
» aquella resolucion, contra su dictá-
» men, por complacer á sus soldados,
» se quedaria con mayor satisfaccion
» suya, cuando los hallaba en opinion
» mas conveniente al servicio de su rey,
» y á la obligacion de buenos españoles;
» pero que tuviesen entendido que no
» queria soldados sin voluntad, ni era
» la guerra ejercicio de forzados: que

» cualquiera que tuviese por bien el re-
» tirarse á la isla de Cuba, podria eje-
» cutarlo sin embarazo; y que desde
» luego mandaria prevenir embarcacion
» y bastimentos para el viage de todos
» los que no se ajustasen á seguir volun-
» tariamente su fortuna. » Tuvo grande aplauso esta resolucion : oyóse aclamado el nombre de Cortes : llenóse el aire de voces y de sombreros, al modo que suelen explicar su contento los soldados, unos se alegraban porque lo sentian asi; y otros por no diferenciarse de los que sentian lo mejor. Ninguno se atrevió por entonces á contradecir la poblacion; ni los mismos que tomáron la voz de los malcontentos, acertaban á volver por sí; pero Hernan Cortes oyó sus disculpas sin apurarlas, y guardó su queja para mejor ocasion.

Sucedió á este tiempo, que estando de centinela en una de las avenidas Bernal Diaz del Castillo y otro soldado, viéron asomar por el parage mas vecino á la playa cinco indios, que venian caminando hácia el cuartel; y pareciéndoles poco número para poner en arma al ejército, los dejáron acercar. Detuviéronse á poca distancia, y diéron á entender con

las señas, que venian de paz, y que traian embajada para el general de aquel ejército. Llevóles consigo Bernal Diaz, dejando á su compañero en el mismo sitio, para que cuidase de observar si los seguian algunas tropas. Recibiólos Hernan Cortes con toda gratitud; y mandando que los regalasen antes de oirlos, reparó en que parecian de otra nacion, porque se diferenciaban de los mejicanos en el trage, aunque traian como ellos penetradas las orejas y el labio inferior de gruesos zarcillos y pendientes, que aun siendo de oro los afeaban. La lengua tambien sonaba con otro género de pronunciacion, hasta que viniendo Aguilar y doña Marina, se conoció que hablaban en idioma diferente, y se tuvo á dicha que uno de ellos entendiese y pronunciase dificultosamente la lengua mejicana, por cuyo medio, no sin algun embarazo, se averiguó que los enviaba el señor de Zempoala, provincia poco distante, para que visitasen de su parte al caudillo de aquella gente valerosa; porque habian llegado á sus oidos las maravillas que obráron sus armas en la provincia de Tabasco: y por ser príncipe guerrero y

amigo de hombres valerosos, deseaba su amistad, ponderando mucho la estimacion que hacia su dueño de los grandes soldados, como quien procuraba que no se atribuyese al miedo lo que tenia mejor sonido en la inclinacion.

Admitió Hernan Cortes con toda estimacion la buena correspondencia y amistad que le proponian de parte de su cacique teniendo á favor del cielo el recibir esta embajada en tiempo que estaba despedido y rezeloso de los mejicanos: celebrándola mas, cuando entendió que la provincia de Zempoala estaba en el paso de aquel lugar que descubrió desde la costa francisco de Montejo, donde pensaba entonces mudar su alojamiento. Hizo algunas preguntas á los indios para informarse de la intencion y fuerzas de aquel cacique; y una de ellas fué; como estando tan vecinos, habian tardado tanto en venir con aquella proposicion? A que respondiéron, que no podian concurrir los de Zempoala donde asistian los mejicanos, cuyas crueldades se sufrian mal entre los de su nacion.

No le sonó mal esta noticia á Hernan Cortes; y apurándola con alguna curio-

sidad, vino á entender que Motezuma era príncipe violento, y aborrecible por su soberbia y tiranías, que tenia muchos de sus pueblos mas atemorizados que sujetos, y que habia por aquel parage algunas provincias, que deseaban sacudir el yugo de su dominio; con que se le hizo menos formidable su poder y ocurriéron á su imaginacion varias especies de ardides y caminos de aumentar su ejército, que le animaban confusamente. Lo primero que se le ofreció fué ponerse de parte de aquellos afligidos; y que no seria dificultoso ni fuera de razon el formar partido contra un tirano entre sus mismos rebeldes. Asi lo discurrió entonces, y asi le sucedio despues, verificándose con otro ejemplo en la ruina de aquel imperio tan poderoso, que la mayor fuerza de los reyes consiste en el amor de sus vasallos. Despachó luego á los indios con algunas dádivas en señal de benevolencia, y les ofreció que iria brevemente á visitar á su dueño para establecer su amistad, y estar á su lado en cuanto necesitase de su asistencia.

Era su intento pasar por aquella provincia, y reconocer á Quiabislan, donde

pensaba fundar su primera poblacion, por los buenos informes que tenia de su fertilidad; pero le importaba para otros fines quo iba madurando, adelantar la formacion de su república en aquellas mismas barracas, suponiendo que se habia de mudar la situacion del pueblo á parte menos desacomoda. Comunicó su resolucion á los capitanes de su confidencia, y suavizada por este medio la proposicion, se convocó la gente para nombrar los ministros del gobierno, en cuya breve conferencia prevaleciéron los que sabian el ánimo de Cortes, y saliéron por alcaldes alonso Hernandez Portocarrero y francisco de Montejo: por regidores alonso Dávila, pedro y alonso de Alvarado, y gonzalo de Sandoval; y por aguacil mayor y procurador general juan de Escalante, y francisco Alvarez Chico. Nombróse tambien el escribano del ayuntamiento, con otros ministros inferiores; y hecho el juramento ordinario de guardar razon y justicia segun su obligacion, al mayor servicio de dios y del rey, tomáron su posesion con la solemnidad, que se acostumbra, y comenzáron á ejercer sus oficios, dando á

la nueva poblacion el nombre de la *Villa Rica de la Vera Cruz*, cuyo título conservó despues en la parte donde quedó situada, llamándose *Villa Rica*, en memoria del oro que se vió en aquella tierra; y de la *Vera Cruz*, en reconocimiento de haber saltado en ella el viérnes de la Cruz.

Asistió Hernan Cortes á estas funciones como uno de aquella república, haciendo por entonces persona particular entre los demas vecinos; y aunque no podia fácilmente apartar de sí aquel género de superioridad, que suele consistir en la veneracion agena, procuraba autorizar con su respeto aquellos nuevos ministros, para introducir la obediencia en los demas; cuya modestia tenia en el fondo alguna razon de estado; porque le importaba la autoridad de aquel ayuntamiento, y la dependencia de aquellos súbditos, para que el brazo de la justicia y la voz del pueblo llenasen los vacíos de la jurisdiccion militar, que residia en él por delegacion de diego Velazquez: y á la verdad estaba revocada, y se mantenia sobre flacos cimientos, para entrar con ellá en una empresa tan dificultosa:

defecto que le traia cuidadoso, porque audaba disimulado entre los que le obedecian, y le embarazaba en su misma resolucion para hacerse obedecer.

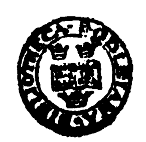
ÍNDICE

DE LOS CAPÍTULOS

QUE CONTIENE ESTE PRIMER TOMO.

LIBRO PRIMERO.

LIBRO SEGUNDO.



Lyon, imprenta de C. COQUE, calle del palacio del Arzopisbo.

reuses (1). Le précepte de cette cérémonie étoit fondé sur trois principales raisons. Elle devoit être, 1.° le sceau de l'alliance que le Seigneur avoit contractée avec Abraham; 2.° un signe qui distinguât des autres peuples de la terre les descendans du saint patriarche; 3.° un gage des bénédictions promises dans la personne d'Abraham à tous ceux qui observeroient fidélement les ordonnances du Seigneur.

La circoncision tenoit un rang distingué parmi les sacremens de la loi ancienne; c'étoit la première observance requise pour appartenir au peuple choisi : par elle on étoit initié dans le service du vrai Dieu, suivant l'alliance faite avec Abraham ; par elle on s'obligeoit d'une manière solennelle, non-seulement à croire les vérités qu'il avoit révélées, mais encore à vivre conformément aux règles de morale qu'il avoit tracées; par el[illegible]


la promulgation de la loi mosaïque,

